

La Bruja de Arena

Ana E. Sáenz



Capítulo 1

Prólogo

1988

El proceso de amasado brinda fortaleza y estructura a un buen pan. El movimiento del torso de quien amasa y sumerge sus manos en las entrañas de la masa es una danza en el arte de la panadería; el ritmo, la fuerza y la delicadeza se unen en armonía para crear un producto final que despierta los sentidos de quien está alrededor en ese instante. En esta danza, pequeñas burbujas de aire se incorporan y quedan atrapadas en los enlaces formados por la proteína del gluten, lo cual resulta en un pan esponjoso y suave al tacto. Pero cuando se amasa en exceso y se aplica más presión de la cuenta a la tersa masa, estos enlaces se rompen, dejan escapar el aire y se produce un pan denso y pesado, sin vida.

Para que esto ocurra, se ha debido trabajar la masa en exceso con una acción mecánica –hasta que se da por vencida la persona que amasa, abatida por el agotamiento.

Algo así pasó el día que Nela salió de su casa para no volver. Con su cuerpo adolorido y ensangrentado tomó el primer bus fuera de la ciudad. Vio como las luces de San José al alejarse poco a poco de ellas se iban apagando. Solitaria en el asiento trasero del autobús, entendió que su alma no volvería a ser esponjosa ni suave como el pan que tan bien aprendió a amasar. Sin embargo, tenía la determinación de rehacer su vida – lo poco que arrastraba de ella en su pequeño bolso de tela.

Capítulo 2

1.

Pancitos rellenos de queso

2018

Nadie amasaba como Nela; con sus delicadas manos lograba crear los más deliciosos panes de todo el Pacífico Central. La conocí una tarde vendiendo bollitos de pan rellenos de queso a los turistas que salían de su día en la playa, en el Parque Nacional Manuel Antonio. Cruzaban la Quebrada Camaronera en marea baja con sus espaldas insoladas y maravillados de salir airosos de la batalla librada con los audaces mapaches y estafadores monos capuchinos, los cuales día a día ensayaban su pantomima para entretener a sus espectadores que les tomaban fotos incesantes, mientras los animalitos hábilmente se adueñaban de las hieleras y bolsas de playa de los bañistas.

Cuando Nela me ofreció una de sus bolsas con cuatro bollitos de pan suavcito, no me pude negar. ¡Se veían irresistibles! Recibió mi dinero y sin más siguió su camino y se perdió entre la gente. Guardé el pancito en mi cartera pero tan solo su aroma provocó en mí una nostalgia y no pude evitar dejar escapar un par de lágrimas que con el peso de – en aquel entonces – sesenta años, bajaron con fuerza por mis mejillas para desaparecer en la húmeda arena bajo mis pies.

Tomé entonces la bolsita de pan y la acerqué a mi nariz. Inhalé profundo y recordé los cafecitos en la terraza de mi abuela Flora en Puntarenas; aquellas tardes de verano cuando la brisa del mar acariciaba las palmeras anunciando su llegada a tierra firme.

¡Cómo gozábamos cuando éramos chiquillos! Al mudarnos a Limón porque papá había conseguido un trabajo en la United Fruit Company, todas las temporadas de vacaciones nos mandaban a la casa de abuela en Puntarenas mientras papá se quedaba trabajando. Así que mis recuerdos de chiquita se desplazan entre Puntarenas y Limón. Por ahí de los años cuarenta, Puntarenas se había convertido en el balneario nacional y en vacaciones se ponía lindísimo lleno de gente por todas las calles. En las tardes me iba con mis primos y mi hermano al Paseo León Cortés – ahora conocido como el Paseo de los Turistas –, a comernos un delicioso Churchill – un nuevo postre que don Quinico se había inventado y volvía locos a todos quienes lo probábamos –, y volvíamos a la casa ya entrada

la noche. ¡Cómo se ponía de brava la abuela Flora al vernos llegar! El que pagaba los platos rotos era mi hermano Rigo, quien recibía el primer fajazo de entrada a la casa. ¡Pero no importaba! En esas tardes deambulando por el puerto sentíamos que nada ni nadie nos podía parar. ¡Éramos los reyes de la isla!

- Pero Puntarenas no es una isla, tía Eva - me interrumpió Sofía sin levantar la mirada de la pantalla de su celular y quien, a pesar de sus dieciocho años y su afán por vivir la vida en forma precoz, a veces se sienta a escuchar mis historias desinteresadamente. Su mamá, entre ojos cruzados y rechine de muelas, le había ordenado que me hiciera compañía mientras salía a hacer unos mandados en el este de San José.

- Son unas horitas, Sofi - le dijo -, aunque con este condenado tráfico uno nunca sabe.

Con eso cerró la puerta de la cochera y se escuchó el ligero ronroneo del motor, antes de que Sofía pudiera tan siquiera musitar una sílaba de reclamo.

- No, claro que no es una isla - le dije - , pero era precisamente el escenario que idealizábamos en nuestro juego de chiquillos. Cuando estábamos todos juntos en casa de abuela nuestra mayor ilusión era jugar en la piscina El Rey de la Isla. ¡Vieras qué piscina más linda, Sofi! Tenía una forma medio extraña pero en el centro había una isla con una palmera imponente y solitaria. Se podía llegar nadando o cruzando el puente que la conectaba con el borde de la piscina. Entonces podés imaginarte que en los días largos de vacaciones nos perdíamos en nuestra fantasía, la cual nos acompañaba incluso en nuestros paseos por el puerto.

- Ah... - contestó monosilábica mientras digitaba rápidamente con sus pulgares y se escuchaba el rápido ritmo de las teclas de su aparato hipnotizador.

Abrí la bolsa aquella vez en Manuel Antonio y tomé un bollito entre mis dedos; se sentía suave al tacto y todavía estaba calentito. Lo acerqué a mis labios y tomé el primer mordisco. Aún saliva mi boca al recordar la sensación: el queso estaba cremoso y saladito y la miga del pan era ligera, como la espuma al reventar las olas del mar. Al masticar, esa

nostalgia que me invadió con su aroma se convirtió en preocupación. No entendía claramente la ambigüedad de mis sentimientos evocados de repente con ese pan, pero sabía que tenía que encontrar a la persona responsable de su confección ya que, a pesar de todo, era el mejor pan que había probado.

Pregunté por la muchacha que vendía los bollitos a todo aquel que andaba por la playa esa tarde. Incluso masticando mi mal inglés logré ofrecer una descripción de la muchacha a los turistas que solo sonreían y me contestaban "pura vida" sin tener mayor noción de cómo aplicar nuestra célebre frase.

Mis horas de búsqueda no brindaron frutos. Al caer los últimos rayos de sol en el horizonte y con cuatro bollos de pancito relleno de más en mis ya voluptuosas carnes, me di por vencida. Nadie la había visto. Empecé a pensar que todo había sido producto de mi imaginación. Como si se hubiera desvanecido en la arena y sus deliciosos pancitos fueran tan solo un espejismo provocado por el calor de la tarde.

Llegué desamparada y con dolor de pies al Café la Reina del Carnaval – en honor a mi reinado por tres gloriosos años (de 1949 a 1951) en los carnavales de Limón –, legado de mi querido difunto esposo Efraín, quien quiso combinar sus dos grandes pasiones en una sola: la comida y por supuesto yo, su mujer.

Efraín se mudó a Quepos con sus papás cuando empezó a funcionar la Pirris Farm and Trading Company y requería mano de obra para trabajar en las plantaciones de banano. Siempre le provocaba un gran orgullo relatar cómo su familia fue de las primeras en poblar Quepos a principio de la década de 1920, y se le humedecían los ojos al recordar el primer cargamento de banano enviado al puerto de Puntarenas en 1927. Al cumplir la mayoría de edad – después de pasar años rogándole a su mamá para que lo dejara hacerse útil –, Efraín cumplió su sueño de incorporarse al trabajo en la bananera. Trabajó varios años en las plantaciones, pero cuando llegó la Compañía Bananera de Costa Rica – una filial de la United Fruit Company –, se sumó a la construcción del ferrocarril. Fue entonces cuando Efraín y su familia se mudaron a unas pequeñas casitas en Boca Vieja – consumidas entre los manglares que poblaban la zona y conectadas a tierra firme por una serie de puentecitos que daban a la calle. Te podrás imaginar, Sofía, cómo hablaban papá y Efraín largo y tendido sobre sus años trabajando para la United Fruit Company – desde la época donde la industria se encontraba en su mejor apogeo, la inauguración del muelle de Quepos en 1939, luego cuando bajó la producción en el Pacífico Central, producto de una enfermedad en las

plantaciones y el bajo rendimiento de sus tierras, la baja en el mercado por las repercusiones de la segunda guerra mundial, hasta cuando todas las posesiones de la compañía pasaron a manos del estado y se dio la revolución de 1948.

Cómo podrás ver, Efraín me llevaba sus años; yo para ese entonces todavía era una chiquilla y mi cabeza la tenía en otra cosa. Nos conocimos en los carnavales de Limón de 1951 – el último en el que me coronaron reina. Se armó una gran fiesta en el salón del Black Star Line para mi coronación y el muy vivo, aprovechándose de mi juventud e inocencia, se presentó de inmediato y puso mi mundo de cabeza. Yo tenía veintiuno y él treinta y seis. Bailamos toda la noche y conversamos hasta el amanecer. Disfrutaba de sus vacaciones y aprovechó presenciar en carne propia los relatos que por muchos años escuchó sobre el folclor caribeño y sus mujeres.

- Pues no quiero decepcionarlo - recuerdo decirle - pero en mis venas no encontrará más que sangre de Puntarenas.

Con esa frase nuestros destinos se unieron para siempre. A los pocos meses ya nos habíamos casado. Y después de pasar una luna de miel cargada de pasión en el puerto que me vio nacer, nos mudamos a Quepos, a una pieza que sus papás acondicionaron en la casita de Boca Vieja.

Efraín vio con sus propios ojos a Quepos transformarse. Sus años mozos los vivió a punta de trabajo, y con el sudor de su frente fue parte de la transformación productiva del cantón de Aguirre. A mediados de los años cincuenta, las inundaciones en la zona devastaron las plantaciones de banano en el Pacífico Central y la crisis económica, sumada a una serie de huelgas laborales, obligó a la compañía a buscar nuevos horizontes con la producción de palma africana.

Al pensionarse a finales de la década de 1960 – ya cansado de recibir palo bajo el ardiente sol en el campo –, decidió invertir sus ahorros en un pequeño restaurante sobre la carretera principal de entrada a Quepos, con vista al malecón, justo en la convergencia de aguas de Playa Quepos y el Estero Boca Vieja. Cuando abrió sus puertas no cabía de la emoción al haber realizado su sueño. Café La Reina del Carnaval era una realidad y los vecinos nos visitaban con frecuencia; pero poco a poco, con el auge del turismo en la zona en los años setentas y ochentas, fuimos perdiendo clientela – puesto que resultaba más atractivo subir la montaña para llegar a los pintorescos restaurantes con vista a las cálidas aguas de Manuel Antonio. En más de una ocasión tuvimos dificultades para pagarles a los proveedores y cada vez más sentíamos la presión de los incansables cobradores del banco, sus letales llamadas nos recordaban el inminente cobro de la garantía que respaldaba el préstamo si no cumplíamos con el

plazo de pago.

- ¡No vamos a perder la casa! - me respondía Efraín enfurecido ante mis súplicas por tomar una decisión entre vender la casa o el restaurante.

- ¡Yo crecí en esa casa! Todos mis recuerdos de juventud están entre sus cuatro paredes. ¡Y tampoco me perturbés con vender el café, Evangelina! Vamos a salir de estas, ¡ya verás! - decía antes de apagar la luz y acostarse enfurruñado, sintiendo la presión de sus angustias estrujarle el corazón. Pero esas angustias terminaron no solo estrujando su débil corazón, sino a él mismo.

A la mañana siguiente, mientras veía cómo la camilla de la ambulancia se lo llevaba bajo una blanca sábana, me vi enfrentada a tomar una decisión.

Así que tomé fuerzas y empaqué las maletas. Vendí la casa, incluyendo el cuadro de mi suegra que me atormentaba todos los días con su mirada reprochadora por carecer de las dotes culinarias de una buena ama de casa, y me mudé a una modesta pero agradable pieza en un viejo edificio contiguo al Café. Decidí conservar el sueño de Efraín y seguir brindando trabajo a aquellos que en las buenas y en las malas dieron vida y calidez al Café La Reina del Carnaval.

Era un martes – recuerdo perfectamente porque los martes el comercio se mueve al son de una tortuga en la arena. Me senté en una de las mesas cerca de la entrada para recuperar mi aliento. Coloqué mi cartera sobre la mesa y observé el ligero brillo de una bolsa vacía en su interior. La tomé en mis manos y la observé con curiosidad. Unas solitarias migajas en su fondo delataban la fugaz existencia de los pancitos. ¿Qué clase de momentánea manía habían provocado en mí cuatro míseros bollitos de pan que me hicieron buscar a una perfecta desconocida por toda la playa? ¿Algo en mí avvicinaba la temida senilidad?, pero rápidamente sacudí esos pensamientos de mi mente. No obstante, al observar esa bolsa vacía reposando débilmente entre mis manos, sentí un gran anhelo de buscar a la muchacha de nuevo.

Suspiré profundamente y tomé los bordes de la mesa como apoyo para ayudarme a levantar mi abatido cuerpo. Una vez recuperado el balance, escuché la puerta abrirse pero no le di importancia pensando que se trataba de Fernando, mi poco entusiasta cocinero principal.

- ¿Aún está la plaza disponible?

Sorprendida voltee y me encontré frente a frente con la misma joven que me ofreció los pancitos rellenos esa misma tarde. Su rostro se miraba tan cansado como el mío, pero con cuarenta años menos a cuestas; calculo que en ese momento si acaso alcanzaba la mayoría de edad. Era el rostro de alguien en busca de una pequeña ventana que dejara pasar al menos un destello de luz en la oscuridad de su vida. Observé con detenimiento lo desaliñada que andaba, sus pies descalzos en el frío piso del café y su pelo recogido en un débil moño. Portaba una pequeña bolsa de tela donde no había evidencia de pancitos sobrantes después de la venta del día, lo cual me alegró y a la vez me decepcionó al no poder probar otra vez esos bocados de cielo.

- Supongo que el anuncio es viejo - prosiguió la muchacha, mientras se devolvía hacia la puerta.

- ¡No! - respondí rápidamente.

Me había quedado muda al encontrarme con ella luego de buscarla como una loca toda la tarde. No podía dejar que se fuera así no más.

- El puesto de pilera aún está disponible.

La muchacha se detuvo y se volteó cuidadosamente hacia mí. Una ligera sonrisa se le dibujó en los labios.

- La paga no es mucha - proseguí - pero es trabajo honesto.

Su mirada cayó al suelo e inmediatamente me arrepentí de mi última frase.

- Disculpe, no pretendía ofenderla.

- No se preocupe, sé que mi aspecto no es nada acorde a una muchacha de bien, pero le aseguro que soy una persona honesta, soy muy trabajadora y realmente necesito el trabajo.

- ¿Cómo te llamas? - cambié mi entonación y me acerqué a ella lentamente, como cuando se acerca uno a un animal herido y asustado.

- Manuela, pero me dicen Nela - respondió ella levantando nuevamente la mirada y observándome esta vez con curiosidad.

- ¿Tenés dónde quedarte?

- No, acabo de llegar al pueblo y no conozco a nadie.

Nunca me imaginé que aquella noche sería la primera de muchas en compañía de Nela. La muerte de Efraín había dejado un gran vacío en mi vida y aunque pasaba día y noche trabajando en el Café para sacar a flote el sueño de mi ser más amado, no lograba llenar ese vacío que a mi avanzada edad resentía.

Nela empezó como pilera del café, pero rápidamente Fernando tiró la toalla para marcharse a uno de esos lujosos hoteles boutique en la cima de la montaña, y Nela se convirtió en mi cocinera estrella. Mi ignorancia en la cocina le permitió darse rienda suelta para crear cuantos platillos quisiera, pero su especialidad eran los panes. Todo tipo de panes se amasaban al alba en la cocina del Café y se horneaban con la primera gota de sol del amanecer. El aroma que emanaban despertaba a los vecinos que poco a poco fueron desfilando obedientemente hacia las puertas del local; primero de forma esporádica como los monos curiosos del parque, luego religiosos, como las devotas señoras de velo tapado que no faltaban al rezo del rosario madrugador, inundando de plegarias al santísimo para que sus seres queridos que habían perdido el camino fueran perdonados.

De la gran variedad de panes que empezamos a vender nacieron los sándwiches. Con cada receta, Nela llenaba de vida y de luz a la Reina del Carnaval. Los años pasaron y las ventas crecían como la espuma. Era como si sus creaciones hechizaran a quien pusiera pie en la cuadra de nuestra pequeña mina de oro. Al entrar al Café, nuestros clientes parecían en éxtasis con los aromas, colores y texturas de nuestros platillos.

Tuvimos mucho éxito, y las olas de turistas en temporada alta inundaron el pequeño local hasta que no dábamos abasto. Pero lamento decir que no todo fue color de rosa para Nela a su llegada a Quepos. Algunos miembros conservadores de la comunidad no comulgaron con la idea de que yo le brindara trabajo a Nela. Cuestionaron si se trataba de una muchacha de bien, puesto que no conocían nada sobre su pasado ni de dónde venía. La miraban con recelo cuando me acompañaba a misa, hasta el punto de que Nela tuvo que dejar de asistir a la santa eucaristía con tal de no alimentar el repudio de toda esa gente. En un esfuerzo por ganarme el afecto de ellos hacia Nela, acostumbraba llevarles al rezo una canasta de pancitos recién horneados por ella. Los muy hipócritas se aturuzaban y entre mordisco y mordisco, bajo una lluvia de migajas disparadas desde sus bocas llenas, no cesaban de hostigarme con sus comentarios santurriones sobre cómo debía administrar mi negocio y al personal.

Nela me convenció de no darles importancia a las habladurías de la gente. No tuve más remedio que aceptar la realidad: simplemente algunas personas no cuentan ni con dos dedos de frente. En vez, concentramos nuestros esfuerzos en el Cafecito. Invertimos en brindarle un ambiente

más vivaz pintando sus paredes de un color morado y acentuando ciertos detalles con un verde turquesa. Colocamos cuadros en las paredes con fotos viejas de mi reinado y de cuando Efraín y yo éramos tan solo un par de tortolitos. Empeñamos alma y corazón por crear ambientes acogedores para que nuestros clientes se sintieran como en casa; el Café se había convertido en mi hogar y en el de Nela también.

Una noche, al cierre de un largo pero gratificante día, el dolor de mis caderas y la hinchazón de mis pies me tumbaron al suelo. Nela y un muchachillo nuevo de la cocina, que no recuerdo su nombre, corrieron a asistirme. Mi cuerpo ya no era el mismo de los gloriosos tiempos de mi reinado cuando Efraín se enamoró de mis curvas, piel morena y ojos verdes llenos de vida y energía porteña. Entendí entonces que había llegado la hora de que la reina dejara su reinado, y fue así como nació La Bruja de Arena.

Capítulo 3

2.

El Tejano

1998

El proceso de ahumado de la carne se debe realizar en forma lenta, a fuego indirecto, permitiendo que el sabor de la madera penetre en los tejidos del corte. Requiere de cuidado y paciencia para obtener un corte jugoso y de sabor indulgente. Antiguamente, el ahumado de productos como carnes y pescados era una forma muy eficiente de preservarlos. Hoy en día, ahumar los alimentos responde al simple placer que producen los sabores creados, y el dulce color caramelo que se induce en su corteza.

Recuerdo el día en que Nela cocinó el pecho ahumado en el Café. A las brasas del carbón de la hoguera, el corte se cocinó toda la noche. Nela pasó en vela cuidando el fuego, alimentándolo de carbón y trocitos de madera, asegurando un hilo constante de humo azulado. En la mañana todo el Café olía a gloria.

Luego de dejar reposar el corte de carne, mi boca empezó a salivar al ver las finas lonjas, rosaditas y jugosas, caer sobre la tabla de cortar. Una a una se apilaban tras el ágil corte que Nela ejecutaba.

Lo tengo plasmado vivamente en mi memoria porque ese es el día en que Gabriel conoció a Nela.

Las filas de palma africana como soldados delineaban perfectamente la carretera de Parrita hacia Quepos, dándole la bienvenida a Gabriel a su tierra natal de la cual se había distanciado tanto. El carro de alquiler – que con cada cambio de marcha y opresión del acelerador emitía un rugido dubitativo sobre los próximos kilómetros a recorrer – le ponía a Gabriel los nervios de punta conforme avanzaba. Con cada kilómetro crecían sus deseos de encontrarse de vuelta en la comodidad de su apartamento en Houston, donde el orden establecido por su paisaje urbano – homogéneo, plano y de carreteras perfectas, transitadas por carros modernos que apenas emiten un susurro al acelerar –, era el reflejo del confort y

seguridad que había caracterizado su vida allá.

Lo último en su lista de prioridades en ese momento era transitar por la carretera Pacífica Fernández, viva imagen del subdesarrollo de un país que había tratado de enterrar en lo más profundo de su memoria. Hacía apenas dos días había recibido una llamada que lo sacó de su rutina y sacudiría el orden de su vida.

Se encontraba en medio de una decisiva junta, cerrando un largo proceso de negociación de compra de una importante empresa extractora de gas natural en el Golfo de México. A pesar de ser un caso relativamente sencillo de adquisición de capitales, se había complicado por la inexperiencia de su cliente, un joven heredero. Las garras coercitivas de su mayor competidor intentaban cegar el buen juicio del joven. Fue en el proceso de las declaraciones finales de la contraparte cuando Linda, su asistente, entró por tercera vez a la sala de reunión insistiendo en que debía tomar una llamada. Irritado por la constante interrupción, se excusó y salió de la sala.

- Es de Costa Rica - indicó Linda consternada -, insisten que es importante, don Gabriel.

Algo dentro de sí sabía de qué se trataba y no quería enfrentarlo. Tomaría la llamada rápidamente y despacharía a su emisor con la misma frialdad con que lo había hecho en su último intento por contactarlo.

Pero la voz al otro lado de la línea no era la que esperaba.

- ¿Don Gabriel Casas?

- Gabriel Ward - lo corrigió de inmediato.

- Disculpe, lo tengo anotado aquí bajo el apellido Casas. Mi nombre es Juan Jiménez, abogado y notario de don Gustavo Casas; temo que lo llamo con malas noticias.

- Estoy en medio de una importante junta - le indicó Gabriel exasperado -. ¿Podría llamar más tarde?

- Me temo que es importante. Su padre falleció anoche y usted es el único beneficiario de sus bienes. Es urgente que nos reunamos a la mayor brevedad para hacer efectivos sus últimos deseos.

Gabriel tomó asiento con el peso de las palabras del tal Juan Jiménez anudándole el estómago. Dieciséis años habían transcurrido desde la última vez que vio a su padre. Con tan solo catorce años tomó sus maletas en medio de la peor noche de su vida y se enrumbó hacia San José para reunirse con su madre – quien se encontraba entonces

disfrutando de las vísperas de sus segundas nupcias. Fue entonces cuando juró no volver a dirigirle la palabra a su padre, salvo durante el último año, pues un centenar de sus llamadas lo forzaron a atenderle, para simplemente tirarle el teléfono a la primera mención de aquella noche.

- Don Gabriel, ¿sigue ahí? - se escuchaba la voz de Juan Jiménez al otro lado de la línea.

- Sí, aquí estoy.

- Como le comentaba - continuó -, es de suma importancia que nos reunamos para discutir el contenido del testamento de su padre.

- No pretendo ser grosero, señor Jiménez, pero no me interesa nada que tenga que ver con ese señor. Él murió para mí hace dieciséis años. ¿Por qué querría yo algo de él ahora?

- Entiendo, señor Casas.

- ¡Ward!

- Señor Ward, disculpe. Pero fue su última petición. Es urgente que venga. Solo así podremos arreglar este tema y podrá usted definir qué desea hacer con sus bienes y la propiedad en Manuel Antonio.

Y sin más que decir, Gabriel terminó montado en un avión unas cuantas horas más tarde. No soportaba las palabras reconfortantes de su jefe al comentarle las razones de su repentino viaje. Su jefe – un robusto tejano de bota y sombrero – aún no superaba el fallecimiento de su propio padre, el cual había muerto dos años atrás, y le estrechaba la mano deseándole la mayor de las fortalezas. Las miradas afectivas y condolencias de sus compañeros de trabajo lo irritaban. ¡No había perdido a un ser querido! Tan solo era su padre...

El aire acondicionado del carro de alquiler dio su último suspiro al pasar por el puente de rieles sobre el Estero La Bomba, luego de una interminable presa donde cada carro esperaba obedientemente su turno para pasar sobre el frágil puente. Abrió la ventana y sintió como los brazos de la humedad lo abrazaron hasta asfixiarlo. No era un día muy soleado, nubes grises recubrían el cielo anunciando las lluvias de la tarde pero el calor se sentía recalcitrante.

Terminaba de cruzar por el puente que atravesaba sobre el Estero Boca Vieja, justo frente a nuestro Cafecito, cuando escuchamos el fuerte sonido del motor y una densa nube de humo envolvió amenazante a todo aquel que se encontraba a tan solo cien metros del occiso vehículo. El

humarascal ahuyentó a la clientela y tuvimos que encender los ventiladores a su mayor potencia hasta que la nube se disipó del lugar un rato después.

Al aclarar los nublados de aquella escena, pudimos ver cómo Gabriel madreaba y pateaba fuertemente la carcacha que lo había traído a tropiezos hasta su destino final. Los muchachos en el Café corrieron a ayudarlo a mover el carro, que para entonces ocasionaba una kilométrica fila de carros que esperaban entre insultos y bocinas exasperadas a que liberaran el paso por el puente.

Luego de encontrar un lugar para parquear por un buen tiempo su vehículo, ahumado, sudoroso y con el ceño fruncido, entró Gabriel a La Bruja de Arena. No lo reconocí al instante. Hacía más de una década que no lo veía y ya no era el niño aventurero que correteaba por las playas atrapando caricacos y buscando piedras para su colección. Pero cuando se me acercó a pedirme prestado el teléfono, reconocí en su mirada los ojos de ese niño.

- ¡Gabo! ¡¿Ese sos vos?! - no pude resistir preguntarle.

- Gabriel. Ya nadie me dice así - contestó, su rostro serio y rígido.

- ¿Es que no me reconocés? Ay, cómo siento lo de tu papá... ¡Qué falta nos va a hacer! Era de mis más preciados amigos, además de ser de mis mejores clientes, ¿sabías eso?. Cómo disfrutábamos con él cuando venía... Solo Nela lograba darle de comer sin que le afectara su enfermedad.

- Necesito el teléfono para llamar a la agencia de alquiler de carros y que me traigan un carro de repuesto - indicó Gabriel, ignorando por completo mis relatos sobre Gustavo.

- ¡Sí claro! Al fondo a la derecha hay una oficinita, podés hablar allí tranquilo.

Sin perder más tiempo siguió hasta el fondo del local para ubicar el teléfono. Oí cómo vociferaba, sin dejar hablar al pobre cristiano que se encontraba al otro lado de la línea. Solo le faltó decirle de qué se iba a morir él, el dueño del alquiler de carros y hasta el presidente de la Datsun - casa matriz de la carcacha que en paz descansaba en las aceras del malecón.

Salió con paso firme de la oficina y se dirigía hacia la puerta cuando Nela se cruzó en su camino. La bandeja con los platos sucios que recién retiraba de una mesa salieron volando y se quebraron en mil

pedazos al caer.

- ¿No podría ser peor este día? - exclamó Gabriel entre dientes.

- No sé su día, pero el mío ha estado de maravilla hasta que se llenó de humo este lugar - le contestó Nela mientras se levantaba y tomaba una escoba. En un abrir y cerrar de ojos, con un simple movimiento, recogió lo que quedaba de la vajilla en el piso, tan rápido que no quedó rastro alguno del incidente, solo Gabriel y su furia.

- ¿Por qué no come algo?... Le sentaría muy bien..., ¿no cree?

Tanto tiempo había pasado desde su última comida que el estómago le daba brincos y vueltas. Entre su enojo y su frustración con la carcacha de alquiler, no se había percatado de los aromas que bailaban de mesa en mesa en el Café, abriendo de forma instantánea su apetito. Bajó la cabeza y asintió, estaba agotado y hambriento. Tomó asiento en una pequeña mesa junto a la ventana y dejó que Nela le tomara la orden.

- ¿Qué me recomienda?

- El Tejano, es nuestra especialidad del día - contestó Nela con franqueza.

Gabriel soltó una sutil sonrisa - la primera en cuarenta y ocho horas -, y volteó a mirar a Nela estudiándola de pies a cabeza, intrigado por la ironía. El pañuelo que cubría su cabeza y su delantal - espolvoreados de harina -, la hacían ver ligeramente infantil; pero estaba seguro de que debía superar al menos los veinticinco años. Su tez blanca le indicaba que no era autóctona de la zona, o al menos su ascendencia no había nacido cerca de las aguas del Pacífico Central. Miró a sus ojos y pudo ver que Nela no se andaba con rodeos, sostenía su mirada exigiendo - en silencio - una contestación.

- Si gusta le puedo traer el menú por si desea algo diferente - lo instó Nela luego de esperar un rato.

- El Tejano suena bien - le dijo finalmente. Nela desapareció en la cocina mientras Gabriel se reclinaba en su silla mirando detalladamente a su alrededor. Por primera vez en el día tomaba un instante para relajarse. Aproveché entonces para enviarle una cerveza bien fría a su mesa. Tomó la botella y fijó su mirada en mí. Levanté mi vaso y brindé a su salud. Me sonrió cálidamente, esa sonrisa que tanto recordaba, y supe que él también reconocía en mí esos momentos tan lindos que vivió junto a nosotros en su pasado.

El Tejano no tardó en llegar a su mesa. Finas lonjas de pecho ahumado, cebolla caramelizada y queso provolone bañados ligeramente en una salsa casera de barbacoa, entre dos gruesas y esponjosas tajadas de pan de maíz con queso cheddar y chile jalapeño, provocaron en Gabriel ansias por comer. Dio el primer mordisco al suntuoso sándwich e inmediatamente se sintió como en casa. El sentimiento de ira ante el infortunio de su atropellado viaje y la inquietud que le provocaba su reunión de esa noche con Juan Jiménez, fueron reemplazados por la calidez y el dulce abrazo del entorno de su padre. Remontó su memoria a cuando tenía tan solo siete años y lo había picado un enojado cangrejo, dejándole incrustada su filosa tenaza entre el índice y el pulgar de su mano derecha. Trazó con su dedo índice izquierdo la cicatriz que le había quedado. "Son heridas de guerra", lo solía reconfortar Gustavo.

Lo sacudió rápidamente de su mente, no podía permitir que su juicio se nublara. Esos recuerdos no eran en realidad su padre, aquella persona que hizo que huyera lejos de allí. No debía permitir que su regreso invocara memorias que tardó mucho tiempo y esfuerzo en enterrar.

Con cada bocado trató entonces de imaginar lo que ahora era su hogar: Texas. El sabor ahumado del pecho y la especiada salsa de barbacoa le recordaron a Rudy's BBQ con su música country sonando en el fondo, sus porciones gigantescas, las canastas de pan cuadrado blanco y sus mesas largas de punta a punta dentro de un gran salón. ¡Qué diferente era su vida a la de estas personas! Volteó a mirar a su alrededor y observó a los turistas y locales que llenaban de risas y conversaciones el pequeño Café.

- ¿Le trae recuerdos de casa? - lo sorprendió Nela mientras le entregaba la cuenta.

- ¿Qué sabe usted de mi casa? - le contestó extrañado.

Nela no se miró perturbada por la insolencia de Gabriel.

- Doña Eva me cuenta que es allí donde usted vive ahora, en Texas. ¿Qué le pareció el Tejano?

- Ya veo..., doña Eva. ¿Y qué más le ha dicho de mí, si se puede saber?

- Eso no importa - contestó -, lo que importa es qué viene usted a hacer aquí. Mañana estaremos esparciendo sus cenizas al atardecer.

Partiremos del muelle. Espero que nos pueda acompañar.

Nela tomó el efectivo que Gabriel colocó sobre la bandeja y se retiró sin decir más. Perturbado por la información se retiró del Café sin despedirse. Cruzó la calle y se enrumbó hacia el malecón. Subió las gradas que llevaban hacia la explanada de concreto frente a la playa y la brisa del mar alborotó su pelo castaño. No estaba en sus planes asistir a actos fúnebres y mucho menos interactuar con los allegados de su padre. Las palmas de sus manos sudaban frío al tener que enfrentar lo inevitable. Sabía que Juan Jiménez no era la única persona con la que debía saldar cuentas. Se tomó de la baranda del malecón que daba hacia la desembocadura del estero y, sin previo aviso, expulsó los restos de su almuerzo al agua.

Capítulo 4

3.

El Gallo Pinto

Juan Jiménez llegó puntual a las siete de la noche a la habitación de Gabriel – en el Best Western Kamuk del centro de Quepos, a pesar de que su mujer y sus dos hijos lo esperaban ansiosos en casa luego de un largo día de trabajo, pero acordó verse con Gabriel en su hotel, ya que este se rehusaba a reunirse en otro lado.

La habitación tenía una terraza con vista a la montaña que delimita el pueblo con la ruta hacia Manuel Antonio. Aunque estaba muy oscuro para poder verla, en el cuarto se sentía la frescura de su abundancia vegetal. Gabriel le ofreció amablemente un trago para que lo acompañase mientras él disfrutaba de su ron con coca en la terraza, pero Juan Jiménez se negó – llevaba cinco años sobrio y no permitiría ningún desliz.

- Gracias por reunirse conmigo aquí - indicó Gabriel conforme se acomodaba en su silla -. Por favor, tome asiento.

Juan Jiménez abrió su portafolio de forma apresurada y sacó un sobre antes de tomar asiento frente a Gabriel.

- ¡Excelente! - exclamó Gabriel -. Veo que no pierde el tiempo, tal como me gusta. Iremos directo al grano.

- No es tan sencillo - respondió Juan Jiménez un tanto nervioso -. Primero debo entregarle esto. Después podemos entrar en detalles.

Gabriel tomó de sus manos el sobre y lo abrió. Se trataba de una carta de Gustavo, su padre. Estaba dirigida a él y tan solo la había escrito unos días atrás.

Querido Gabo,

Espero que estas palabras hayan podido llegar diligentemente a tus manos. Como bien sabés, he estado tratando de localizarte y sé que no ha sido fácil para vos poder perdonarme aún. No me queda mucho tiempo, eso lo sé. El dolor muchas veces me deja inconsciente y lo que queda de

mi abatido cuerpo son tan solo huesos. Me hubiera encantado poder abrazarte una última vez y decirte lo mucho que siento que hayamos perdido tanto el tiempo. Sé que es difícil perdonar, más ante una situación que ni vos mismo terminás de comprender y asimilar. Pero lo que pasó, pasó. No hay nada que pueda hacer en el ocaso de mi vida que nos pueda devolver estos últimos dieciséis años. No me arrepiento de muchas cosas, pero esta es una de esas que me llevaré conmigo y supongo que tendré que aprender a vivir eternamente con este dolor – el haber perdido a mi querido hijo.

Ya me puedo imaginar cómo has crecido y el hombre en el que te has convertido. Lo sé porque tu mamá me envió fotos tuyas hace unos meses. Me dio mucho gusto poder ponerme en contacto con ella este último año. Sus palabras reconfortantes y su perdón me han dado mucha paz. No le reprochés su acercamiento conmigo; tu mamá es toda una dama – siempre lo fue – y siempre le tuve el máspreciado de mis afectos.

Si estás leyendo estas palabras es porque la batalla con este desgraciado cáncer terminó y finalmente he alcanzado el descanso eterno. No son muchos los bienes físicos que dejo detrás, como te podrás imaginar. No más que una rústica casa en la propiedad que me heredó papá hace tantos años y que llegamos a disfrutar tanto. ¿Te acordás cómo gozabas en la playa? En la casa quedaron no más que dos o tres cositas. Juan Jiménez quedará a cargo de desplegarle una lista detallada de todo eso. Los cuadros de mamá es lo único de lo que me pertenecía que decidí donar a la galería de arte 'Luna Sol', en Manuel Antonio. Son verdaderas obras de arte y me pareció que merecían ser exhibidas. Ojalá podás darte una vuelta para verlas. Además de la casa, también está la propiedad que la alberga. Son tan solo once hectáreas, las cuales en su gran mayoría fungen como zona de protección silvestre. Hace unos años me di a la tarea de hacer un avalúo sobre el valor de la propiedad y casi me voy de espaldas con el dato que me entregaron. Por su excelente ubicación, su abundante flora y por contar con el único acceso por tierra a playa Playitas, la propiedad está valorada en cinco millones de dólares. No me parecía correcto dejarla en manos de extraños inversionistas, hambrientos por lucrar con tan majestuoso retiro. Si en vida no te pude ofrecer mucho, en mi lecho de muerte deseo entregarte esto. Me comenta tu mamá que te has convertido en un exitoso abogado en competencia; estoy seguro de que sabrás qué hacer con la propiedad una vez que quede en tus manos.

Habiendo dicho esto, aún la propiedad no está en tus manos. Hay una serie de requisitos ineludibles que debés cumplir para poder hacer el traspaso efectivo. Lo que te voy a pedir no es inalcanzable, estoy seguro de ello; pero requerirá más tiempo del que estimabas pasar aquí.

En mis últimos días, el cáncer ha tenido la dicha de brindarme más sabiduría de la que pude haber adquirido en toda mi vida si hubiera vivido

cien años. He llegado a valorar los pequeños detalles que hacen de la vida más bonita, fuera de las cosas materiales que solo preocupaciones nos generan. ¡Yo quiero eso para vos! No quiero que vivás toda tu vida antes de entender algo tan sencillo.

Y aquí va mi primer requisito: quiero que correteés caricacos en la playa. Que volvés a explorar con aquella curiosidad incesante que tenías cuando eras chiquito y querías convertirte en biólogo marino.

Dos: No hay nada más liberador que nadar desnudo en el mar a la luz de la luna llena. ¡Hacelo!

Tres: Volvé a cultivar una vieja amistad. La complicidad de un viejo amigo te devolverá la juventud de los años; te llenará de energía recorrer los senderos del pasado acompañado de una persona que conoce las raíces de tu vida.

Cuatro: hacé un nuevo amigo y aceptá tanto sus diferencias como sus similitudes. Salite de tu zona de confort y dale la bienvenida a nuevas personas en tu vida. El crecimiento personal no solo depende de nosotros y qué tanto interiorizamos nuestras virtudes y defectos; debemos aprender a ver el mundo desde la perspectiva de otros.

Cinco: Permitite ser sorprendido. No agregaré nada más al respecto. ¡Solo hacelo!

Seis: Nutrite de amor. El amor nos transforma para bien – siempre. No hay amor malo, si lo hay – ieso no es amor, carajo! El amor viene en diferentes formas, tenés que aprender a verlas, a distinguirlas. Rodeate siempre de gente que te brinde solo amor y te reconforte en momentos de dolor.

Son solo seis requisitos por cumplir y la propiedad quedará en tus manos. Sí lograrás cumplir con esto, podrás ver cómo las heridas del pasado empiezan a sanar.

Sin más me despido de vos, queridísimo Gabo. No es un hasta luego, es un hasta siempre.

Con todo mi amor,

Papá

Gabriel cerró la carta rápidamente y la colocó en el sobre. Se levantó de su silla y sujetó la baranda de la terraza. Fijó la mirada en la calle transitada y llena de vida a sus pies y sintió cómo se le escapaba una pequeña lágrima. Rápidamente la limpió y apretó su mandíbula con fuerza para tratar de suprimir todos esos sentimientos que la carta evocó en él. Sentía mucha rabia en ese momento. Apretaba el riel de la baranda cada vez con más fuerza, tornando sus nudillos blancos.

- ¡Esto es ridículo! ¿De estas estupideces depende que reciba la propiedad que tenía mi papá? - dijo finalmente, volteando a ver fijamente a Juan Jiménez.

- Lo dejó muy claramente estipulado en su testamento - respondió este.

- Pero..., ini siquiera tiene sentido lo que dice! Además, ¿cómo diablos puede comprobar que cumplí con todo lo que pide?

- Hay una forma, pero eso no queda en mis manos.

- ¿Y de quién entonces?

- Solo sé que se me estará comunicando una vez que usted haya cumplido su parte del compromiso.

Sin más que agregar, Juan Jiménez tomó su portafolio y extendió su mano para despedirse. Gabriel la tomó con recelo y lo acompañó hasta la puerta.

Esa noche Gabriel no pudo dormir. Cada vez que cerraba los ojos, las palabras plasmadas en esa carta daban vueltas en su cabeza.

Luego de varias horas intentando conciliar el sueño, tomó sus zapatillas de correr, en un impulso colocó la carta en el bolsillo de su pantaloneta, salió de su cuarto, del hotel, y se dirigió hacia el malecón. Sobre el agua del mar veía el débil reflejo de las luces titilantes del pueblo, pero más allá de eso, la oscuridad envolvía el horizonte.

Comenzó a trotar a lo largo de la acera. Su respiración rítmica inhalaba el aire salino y exhalaba fuertemente para liberar la frustración engranada en lo más profundo de su ser. Poco a poco, conforme su cuerpo entraba en calor y asimilaba sus alrededores, empezó a acelerar el paso. Sentía como sus pies lo impulsaban con fuerza hacia delante, cada paso más determinado que el anterior. El reventar de las olas lo

acompañó desde la desembocadura del Estero Boca Vieja bordeando todo el malecón de Quepos hasta llegar al muelle.

Al ver que su camino había terminado, comenzó su retorno hacia el pueblo, pero el sonido de canto y risotadas a lo lejos lo incitó a desviarse. Se acercó con cautela al ver a un grupo de borrachos cantando desafinadas melodías para cerrar la noche, rindiendo las últimas gotas que escurrían por la boca de sus botellas.

Había llegado a Paradero Nahomi – un centro de baile donde hasta el diablo salía de fiesta. Se conocía como la sede de reunión de aquellos pescadores que se rehusaban llegar a su casa después de un día de mala pesca en el mar. Era un lugar donde, tanto hombres como mujeres, salían a consumirse en alcohol barato y a cerrar contratos de noches de lujuria.

El sol comenzaba a asomar sus primeros rayos, tiñendo el celaje del amanecer de un ligero color grisáceo. Haciendo un intento por evitar a los borrachos, Gabriel bordeó la entrada del paradero y se dirigió hacia unas grandes rocas que amurallaban la costa. Bahía Nahomi reposaba silenciosa a sus pies. Poco a poco los últimos fiesteros partieron arrastrando sus pies y tambaleándose hacia sus casas, resignados a enfrentar la realidad que los esperaba de brazos cruzados.

A lo lejos, Gabriel divisó la figura de una mujer en la playa. Los bucles de su cabello largo jugueteaban con la brisa del mar mientras ella pateaba la arena suavemente con la punta de sus pies. Su piel blanca brillaba en la penumbra de la madrugada y le daba un aura angelical en medio de tanta oscuridad. Sin percatarse de la presencia de Gabriel al otro lado de la pequeña bahía, la mujer se despojó del ondeante vestido blanco que llevaba y corrió hacia el mar. Al zambullirse en el agua, esta se tornó de un color azul cristalino revelando un imperio rocoso lleno de vida marina en el fondo del mar. Era como si su mera presencia le diera vida a aquel lugar y el océano se regocijara con cada movimiento de su cuerpo.

Gabriel sostuvo en su mirada la imagen de aquella mujer sumergida en el agua. Envidiaba la libertad con la que se quitó sus prendas e ingresó al agua para revelar toda la belleza que escondía lo profundo de la bahía. Escuelas de peces juguetearon con la corriente y tres majestuosas mantarrayas aletearon con fuerza hacia mar abierto. Corales multicolores alojaban entre sus poros las más diminutas criaturas, mientras aguardaban expectantes a que se filtraran los primeros rayos del sol en las cristalinas aguas. Gabriel esperaba con ansias a que esta mujer saliera nuevamente a la superficie a tomar aire, pero su capacidad de aguantar la respiración lo dejó sin aliento.

- ¿Gabo? - lo sorprendió una voz por detrás. Volteó para descubrir de quién provenía y se topó con una gran sonrisa perlada sobre una tez negra como el carbón y una cabellera con vida propia donde las rastas

brotaban como resortes.

- ¡Sí, sos vos! - continuó aquel -. El famosísimo Gabo Casas; los rumores eran ciertos entonces. Las malas y las buenas lenguas dijeron que andabas por estos rumbos. ¡Soy yo! Rata... ¿Te acordás de mí? Ratiica - se tambaleaba.

- ¿Jorgito "La Rata" Marín?

- El mismísimo.

- ¡No puede ser! ¡Claro que me acuerdo de vos! - le extendió la mano y Rata lo envolvió en un fuerte abrazo. El olor a ron destilaba por sus poros -. Es Ward ahora - agregó - . Gabriel Ward. Ya nadie me dice 'Gabo'.

- ¡Señor Ward, mirá vos! ¡No has cambiado nada, viejo! Te reconocí apenas te vi pasar con tus zapatos último modelo y tu ropa fina de trotarsh. ¿Qué te has hecho todos estos años? Vení, vení, tenés que contarme todo... Pero antes acompañame a comprar el pan, si no llego a la casa con el pan esta vez la doña sí no me la perdona - le dijo entre carcajadas, con la misma complicidad de cuando eran carajillos y se habían jalado alguna torta.

Gabriel volteó hacia la bahía esperando ver a la mujer que había capturado su atención tan solo unos segundos antes, pero descubrió que no había rastro alguno de ella.

- Es muy temprano, no quiero imponerme...

- ¡Para nada mi hermano! - Rata insistió -. ¿Qué es con la desconfianza? ¿Acaso no nos conocemos de toda una vida?

Gabriel no tuvo más remedio que irse en compañía de su viejo amigo, a quien ahora veía como un completo desconocido. Recién amanecía y poco a poco se sentía el despertar en las calles. Rata balbuceaba sin cesar, como esperando disminuir los resabios del alcohol con cada palabra.

Pasaron a comprar un bollo de pan a la primera panadería que encontraron en su camino de donde recién salían los primeros panes del horno de la mañana. Rata era cliente frecuente en el turno matutino; entre saludos y apretón de manos les vendieron una mano de pan y siguieron su rumbo.

Llegaron a una pequeña casa en el centro de Quepos, cerquita de la iglesia y de la plaza de futbol. Las gallinas en el patio anunciaron su llegada con su cacareo ensordecedor mientras el gallo aleteaba sus

fuertes alas, reclamando la atención de las gallinas. Plantada en el marco de la puerta se encontraba Marbella, una mulata de amplias caderas y cintura de avispón. Bajo su brazo traía un cartón de huevos mientras su otro brazo descansaba sobre su cadera en reclamo. Sin determinar a Gabriel e ignorando los piropos de su ebrio marido, le arrebató el pan de las manos y le entregó los huevos.

- ¡Andá a llevarle estos huevos a doña Eva al Café! - le ordenó -. ¡Y te venís de inmediato! ¡O esta vez sí te dejo de patitas en la calle, Jorge Arturo! - Dio media vuelta y volvió a entrar a la casa donde tomó a su bebé en brazos, quien para entonces se desgalillaba de hambre.

Muy apenado por la escena, Rata le pidió a Gabriel que lo acompañara al Café. Con la caja de huevos bajo el brazo fueron a cumplir con la diligencia. Las campanas de la iglesia repicaban rimbombantes anunciando la primera misa del día. Con cada campanada Rata apretaba más el paso, forzando a Gabriel a seguirlo al trote.

- ¡Apurate huevón! ¿No ves que doña Eva es la primera en llegar a misa?

- ¿Y qué con eso?

- Diay, que si no se los entrego antes de que se vaya, lo primero que va a hacer es ir a decirle a Marbella que no le llegaron los huevos de la mañana, y ¡ahí sí que los próximos huevos revueltos van a ser los míos!

Gabriel soltó una carcajada ante la situación tan peculiar de su amigo y le siguió el paso diligentemente.

En un dos por tres llegaron a la puerta del Café. Se podía sentir el rico olor de la mañana brotar de la cocina del pequeño local: pancito fresco y café recién chorreado. Para ese momento yo ya estaba terminando de emperifollarme para ir a misa; ya me había agarrado un poco tarde y tenía que irme ligero. Pero al verlos llegar agitados nada me transportó más al pasado que ver a ese par de malandrines haciendo de las suyas otra vez. ¡Qué gusto me dio verlos! Era como si el tiempo se hubiera detenido y frente a mí tuviera a Gabo y a Rata con tan solo - ¿qué será? - ¡unos doce o trece añitos!

- Muchachos, ¿por qué tan agitados? Todavía es temprano y tenemos todo el día por delante como para andar en carreras a estas horas - les dije.

- Doña Eva, buenos días. Aquí le manda Marbellita los huevitos frescos de la mañana. Aquí se los dejo y me voy volado, que me espera mi señora en casa -. Se volteó y le dijo a Gabriel: - Gabo, ¡qué gustazo verte hoy! No te perdás, huevón. ¡Nos vemos después! - sin más salió corriendo, en un abrir y cerrar de ojos ya había dado vuelta en la esquina y desapareció.

- Yo también ya me voy - le dije a Gabo -. ¡Estás en tu casa! Pasá y desayunás algo... Y no voy a aceptar un 'no' por respuesta.

Le di unas palmaditas en la mano que reposaba sobre el mostrador con vista a la cocina y lo dejé en manos de Nela, quien para entonces salía de la cocina a atender la nutrida clientela en el salón.

- ¿Mesa para uno? - le preguntó ella.

- Mesa para uno, por favor.

Nela lo dirigió a la misma mesa en la que había tomado su almuerzo el día anterior.

- ¡Está pintado ese hombre! - exclamó ella sonriendo, tratando de hacer conversa.

- ¿Quién? ¿Rata?

- ¡Pues claro!, Rata. ¿Quién más? - le dijo -. Tiene un gran corazón, pero esas noches clandestinas en Paradero Nahomi no le traerán nada bueno.

- ¿Eso qué quiere decir?

- 'Cuando el gallo canta y después bebe, pronto truena o llueve'... No aplica solo para el clima...

Gabriel la miró, analizando con cuidado su expresión. Lo asombraba la manera cómo decía las cosas: directas pero teñidas de un velo de ironía. Debía escoger muy bien sus siguientes palabras ya que no quería poner en evidencia las andanzas de Rata. Decidió evadir el comentario y cambió de tema.

- ¿Cuál es la recomendación de esta mañana?

- El Gallo Pinto.

- ¿El gallopinto? O sea, ¿arroz y frijoles? - preguntó escéptico.

- No. El Gallo. Pinto. Nuestra especialidad esta mañana.

Gabriel no comprendía muy bien la diferencia con el tradicional platillo de los desayunos ticos. Sintiendo caer por fin el cansancio de una noche en vela, asintió a la recomendación de Nela, quien desapareció fluidamente por las puertas de la cocina.

Poco a poco su cuerpo le reclamaba el descanso y cabeceaba de forma involuntaria cuando el aroma de café recién chorreado lo despertó. Nela se encontraba sentada frente a él sosteniendo una humeante taza de café negro bien cargado. Gabriel la tomó de sus manos agradecido. Inhaló y sintió cómo sus extremidades reaccionaban con la anticipación de su bien merecida dosis de cafeína. Tomó el primer sorbo. El líquido caliente bajó sutilmente por su garganta. Luego de unos dos o tres sorbos, sintió cómo su cuerpo tomaba un segundo aire. Nunca había sentido los efectos del café actuar de forma tan inmediata. Había olvidado lo delicioso que era saborear uno bueno.

Nela se retiró satisfecha de su cometido y volvió rápidamente con la orden de Gabriel. El Gallo Pinto lucía muy diferente a la conocida combinación de arroz con frijoles negros. En su lugar, un delicioso pan trenzado a base de harina de trigo y harina de arroz había sido entretejido cuidadosamente con una pasta de frijoles molidos que combinaba armoniosamente con la miga del pan, ligeramente teñida por el oscuro frijol. En su relleno, se encontraban dos finas tajadas de queso fresco y huevo frito; la yema estaba tan suavcita que se derramaba con el primer bocado, humedeciendo el delicioso pan. Para acompañar, habían preparado esa mañana una dulce mantequilla de plátano maduro y miel. Al probarla con el resto de los ingredientes sobresalía en el paladar y, por más extraña que Gabriel encontrara la combinación, no podía imaginar mejor maridaje de sabores.

Con cada mordisco, Gabriel salía de su estado noctámbulo. Incluso podía ver desde la ventana de La Bruja de Arena cómo el día comenzaba a brillar con fuerza. Los sonidos callejeros se permeaban dentro del Café con mayor determinación conforme despertaban las olas de turistas que se alistaban para pasar un día de aventura en las playas o en la selva tropical.

Se reclinó en su silla, satisfecho al terminar su último bocado. Respiró profundo y sintió entonces el peso de la carta que reposaba en su bolsillo. Recordó las delirantes estipulaciones de su padre que le habían robado el sueño, y nuevamente se sintió invadido por la rabia – ¡incluso en su lecho de muerte había encontrado la forma de fastidiarlo!.

- ¿Ya instalado? - le preguntó Nela al retirar su plato.

- No pienso quedarme mucho.
- Recuerde, zarpamos a las cuatro. Espero verlo ahí - le dijo ella.
- Esta tarde me entregan el carro de alquiler de repuesto. Hoy mismo salgo para San José y así poder tomar mi vuelo de regreso a Houston.

Gabriel se levantó, evitando la penetrante mirada de Nela quien lo observaba con reproche.

- Déjese el cambio - puso el efectivo sobre la mesa y se retiró en dirección a su hotel.

Capítulo 5

4.

La Rata Marina

La Rata Marina se llamaba el barco de Jorge Arturo Marín, el famoso Ratica. Todos los días salía temprano en busca del mejor dorado y no volvía hasta el atardecer. La embarcación había sido un regalo de su padre, quien decidió retirarse de la pesca para instalar una venta de cachivaches a la entrada del Parque Nacional Manuel Antonio. Rata amaba su vida en el mar. Disfrutaba la soledad sobre las olas y el olor fresco de cada pesca.

Marbella, su esposa, era una mujer muy tenaz. Ella se encargaba de negociar con los dueños de los restaurantes para colocar su producto al mejor precio del mercado. Era dura para negociar pero te podías asegurar de que te ofrecía el mejor pescado. ¡Pobre Marbellita, cómo sufría con Rata!, pero lo amaba hasta el infinito. Se conocieron en el colegio cuando sus papás se mudaron de Limón para trabajar en Palma Tica. Desde entonces fueron inseparables y se casaron recién terminados sus estudios. Se convirtieron en papás a los pocos meses y finalmente engendraron una marimba de cuatro carajillos. ¡Divinos los mocosos! Pero tremendos como su papá.

Nela había preparado unos deliciosos sándwiches con el dorado de Marbella para compartir esa tarde. Había sazonado los filetes con una pizca de paprika y comino y los cocinó a la plancha. Para acompañarlos preparó un riquísimo encurtido de pepino con cebolla morada, chile dulce bien picadito y eneldo. La frescura del encurtido era la receta perfecta para una tarde de calor como la de ese día. Esparció una dosis generosa de nuestra mayonesa de chipotle en adobo sobre un bollo de pan recién horneado – el pancito tenía un rico sabor a mantequilla que hacía difícil decidir si lo querías comer con algo dulce o salado. Colocó el filete de dorado sobre el pan, unas hojitas de lechuga fresca, el encurtido de pepino y ¡listo!. Armamos unas canastas con los sándwiches, unos refrescos y cerramos las puertas de La Bruja de Arena por el resto del día.

Cuando llegamos al barco, Rata brincó de la emoción al ver su sándwich favorito a bordo; le tuve que dar un manotazo para evitar que se infiltrara en la canasta y se robara alguno.

La tarde se preparaba para un gran atardecer. Había una leve brisa pero el mar estaba relativamente calmo; en el cielo, unas cuantas

nubes tiznaban de blanco su azul radiante.

Divisé a Samuel inclinado y pensativo en la proa del barco. Vestía completamente de blanco – símbolo de la paz interior que sentíamos todos al ver a Gustavo finalmente descansar. Me acerqué a él y le di un fuerte abrazo. En silencio compartíamos el dolor por su ausencia.

- ¿Cómo has estado? - le pregunté.

- Bien... Tan absorto en el trabajo de la galería estos días que no me he permitido pensar -. Se quitó sus anteojos de lentes circulares y se limpió el sudor de su calva y su brillante frente con un pañuelo.

- Todos pecamos de hacer lo mismo. Pero tomarse un tiempo para pensar no está de más - le dije.

Sus labios se partieron en una sonrisa y me plantó un delicado beso en la mejilla.

- Envidio tu fortaleza, Eva. No sabés cuánto agradezco que hayás venido.

Caminamos brazo con brazo a reunirnos con el resto del grupo. Ya eran sobre las cuatro de la tarde y debíamos partir si queríamos ver el atardecer en el mar. Todos los que teníamos que estar esperábamos con ansias el encendido del motor y poder sentir la brisa del mar aumentar su jugueteo con nuestras cabelleras... Todos, excepto uno.

Gabriel regresó a su hotel luego de desayunar para descansar un poco y bañarse. Al llegar a la recepción una joven empleada lo detuvo en su camino y le entregó un mensaje. Era de la agencia de alquiler de carros: 'Por la alta demanda de nuestros vehículos, no podremos entregar un vehículo de repuesto hasta finales de la próxima semana. Lamentamos el inconveniente, y deseamos realizarle un reembolso por el cincuenta por ciento del valor del alquiler del auto. Ante cualquier ...' Gabriel arrugó el papel sin siquiera terminar de leer y lo tiró a la basura.

Estaba harto de que nada en su viaje saliera de acuerdo con lo que había planeado. Cada vez veía más lejano su regreso a Houston y a su vida. Podía contactar a otra agencia de alquiler de carros y dejar la carcacha tirada, pero eso luego le traería más complicaciones. Podía tomar un bus de vuelta a San José, pero imaginarse sentado en aquellos asientos incómodos al lado de un desconocido comiéndose un sándwich de huevo duro, sería como el acabose de su atropellado viaje. Además, debía

tomar una decisión sobre la herencia de su padre. No podía dejar a la deriva la sucesión de la propiedad, aunque tampoco entendía cómo hacer para convertirse en su representante legal. Sabía que no podría solucionar nada en ese momento y a pesar de que el día apenas comenzaba, ya le resultaba un desperdicio de tiempo.

Entró a su cuarto, cerró las cortinas y se tiró sobre la cama. Recurrió al sueño para no pensar. Quería poner su mente en blanco. Cerró los ojos y sin mucho esfuerzo se quedó dormido.

Durante el lapso en que durmió, soñó con la mujer en Bahía Nahomi. Estaba cautivado por el misterio que la envolvía. Soñó que la mujer finalmente salía del agua. Él se encontraba en la playa esperándola. No lograba definir sus facciones, solo podía ver su silueta conforme se iba acercando a él. Con su mano mojada le acarició el mentón. Luego, sus largos dedos recorrieron el marco de su cara produciéndole un cosquilleo. Las gotas de agua que se desprendían de su mano caían en sus labios y se sentían dulces, como terrones de azúcar. Los rayos del sol del amanecer poco a poco iban poniendo al descubierto sus facciones. Sus largos bucles iban obteniendo un color rojizo, bronceados por la luz del sol.

Justo cuando estaba a punto de descifrar la identidad de la misteriosa mujer, el sonido de un teléfono interrumpió su sueño y se despertó.

- Aló - contestó adormecido.

- Don Gabriel, es Juan Jiménez. ¿Cómo le va?

- Bien, gracias. Espero que me esté llamando con buenas noticias.

- No sé si serán buenas o malas - le respondió Juan un tanto apenado -. Tengo entendido que sabe que van a esparcir las cenizas de su papá esta tarde. Llamo para instarlo a que asista.

- ¿Y eso por qué? ¿Está estipulado en el testamento también? - le dijo irritado.

- Así es, don Gabriel. Simplemente soy un mensajero. Es lo que su padre quería.

- ¿Y qué con lo que quiero yo? No me conteste...

Gabriel colgó el teléfono y se metió a bañar. Al salir eligió una simple camisa negra de botones, pantalón y zapatos negros. Detestaba

los funerales y repudiaba aún más tener que asistir a este.

Faltaba un cuarto para las cuatro de la tarde y aún debía llegar al muelle. En el malecón se topó con un grupo de adolescentes que hacían malabares con sus bicicletas. Ofreció a uno de ellos un billete de diez dólares por alquilar su bicicleta con la promesa de regresarla esa misma noche en la entrada de su hotel. El joven aceptó gustoso y le entregó el vehículo.

Gabriel partió pedaleando a toda velocidad, primero por el malecón – a costa de los peatones –, luego por la calle en dirección hacia el muelle. Divisó a lo lejos un barco que arrancaba motores. Pedaleó con más fuerza hasta alcanzar la entrada del puerto donde pudo oír el sonido de las conversaciones de la tripulación embarcada en la pequeña nave.

- ¡Mirá quién viene ahí! - escuchó la voz de Rata distinguirse entre la charla animada de la gente -. ¡Apurate huevón, que ya nos vamos! - lo instó.

Gabriel soltó la bicicleta sin detenerse y salió corriendo hacia el barco.

- ¡Bienvenido a bordo! - Nela, quien se encontraba en el embarque, le extendió la mano para ayudarlo a abordar.

Sin aliento accedió y subió a bordo. Su mano sudorosa entró en contacto con la de ella. Al verla, quedó sorprendido de lo diferente que lucía sin el pañuelo y el delantal enharinado del Café. Los bucles rojizos de su cabello caían como una cascada hasta reposar en su espalda baja y en lugar del rostro empolvado de harina, un sutil maquillaje resaltaba las facciones finas de su rostro. Frente a él se encontraba la viva imagen de aquella figura en Bahía Nahomi. Nunca pudo ver su cara en lo oscuro de la madrugada, pero estaba seguro de tener frente a él a aquella misteriosa mujer.

Nela soltó su mano y le sonrió. - Más vale tarde que nunca - le dijo.

Una vez recuperada su respiración, Gabriel observó a su alrededor. Las miradas curiosas de los demás a bordo lo contemplaban. Para él, todos eran desconocidos, pero entendía por sus expresiones que sabían perfectamente quién era él.

- ¡Mi hermano! - Rata se abrió paso entre la gente para recibirlo con un fuerte abrazo -. ¡Bienvenido a La Rata Marina!

- Me alegra verte, muchacho - le dije. Honestamente estaba muy sorprendida de verlo ahí. Conociendo lo testarudo que podía ser, llegué a

creer en verdad que no asistiría. ¡Qué guapo se veía! Estaba muy formal todo vestido de negro mientras todos nosotros resaltábamos por los colores vivos en nuestras prendas, una forma de celebrar la alegría que Gustavo irradió en su paso por nuestras vidas.

Samuel se acercó y le extendió la mano para saludarlo. Pero en el momento en que Gabriel fijó su mirada en él, se rehusó a aceptarle el gesto. Se quedó mirando fijamente a sus ojos y pude ver cómo tensaba los músculos de su mandíbula. Tratando de evitar una escena desagradable, tomé a Gabriel por el brazo y lo dirigí en otra dirección mientras le pedía ayuda con la comida.

Samuel, cuan alto y sofisticado era, mantuvo la compostura como un caballero y no se vio afectado por la reacción de Gabriel. Supongo que esperaba que las cosas se dieran así. Sabía que tomaría tiempo ganar su confianza nuevamente.

Gabriel no logró distraerse mucho tiempo con mi pretexto de ayudar con los sandwichitos y las cosas de tomar. Nos acercábamos a bordear Punta Quepos con su relieve rocoso y descubrir a lo lejos Playa Playitas – tomada de la mano de su hermana mayor, la extensa Playa Espadilla –, cuando lo vi a babor encendiendo un cigarrillo. Llevaba meses tratando de dejar el vicio pero se sentía abrumado por la situación y se rindió ante el bienestar que la nicotina le inyectaba a sus pulmones.

Nela y Samuel se encontraban en la proa, ella lo abrazaba cálidamente mientras contemplaban el paisaje. Un grupo de pelícanos se zambullía en el agua y capturaban gustosos su cena. Repetían la misma coreografía una y otra vez revoloteando sobre las olas y precipitándose en un majestuoso clavado, hasta que se encontraran satisfechos por su pesca del día.

Diez años habían transcurrido desde la llegada de Nela a Quepos. En ese barco que flotaba a paso lento buscando el atardecer estaban las personas que le habían tendido una mano amiga cuando ella más lo necesitaba; sin hacer preguntas le brindaron su confianza. Nela encontraba en Samuel – y sus sabios consejos – al padre que siempre quiso tener, y Samuel a cambio la trataba como una hija. Constantemente preocupado por su bienestar y que no le faltara nada, se ofrecía para ayudarla económicamente – a lo que ella se negaba rotundamente. Con su sueldito en el Café le alcanzaba y le sobraba para vivir cómodamente y el único lujo que se permitía era compartir tiempo con las personas que más quería. El personal del Café se había convertido en su familia extendida y con eso se sentía plenamente satisfecha, esta abuelita necia y testaruda incluida como compañera de cuarto y todo.

Nela conversaba animadamente con Samuel recordando a Gustavo y las anécdotas del pasado. Con su sentido del humor, Gustavo cautivó a Nela

desde el momento en que se la presenté a los días de haberse instalado conmigo. Aunque al principio Nela se mostraba distante y cortés, podíamos escuchar cuando soltaba una risilla ante las irreverencias que se le ocurrían a Gustavo. Poco a poco le fue tomando confianza al encontrar en él a su más exigente pero agradecido cliente. Mientras Nela se hallaba amasando en las mañanas, Gustavo llegaba a desayunar y se infiltraba en la cocina para samuelear lo que Nela había preparado para el día. Muchas veces no estaba de acuerdo con algún platillo que ella confeccionaba y podía escucharlos discutir animadamente hasta que por fin acordaban cocrear la especialidad del día. Recuerdo cómo subió de peso Gustavo una temporada cuando se auto-proclamó cocinero asistente – o como le gustaba alardear a él, ‘sous-chef’ – de nuestra humilde cocina. Todo lo que creaba terminaba comiéndolo por goloso, al punto de que un día no logró entrar por la puerta de la cocina, lo que resultó en su renuncia inmediata de su puesto ad honórem. Sintióse en parte responsable por la gordura de Gustavo, rapidito Nela lo puso en línea preparándole ensaladas y buscándolo con el primer canto del gallo para correr por el montañoso relieve de Manuel Antonio.

Nela fue quien alzó las alarmas el día en que Gustavo perdió el apetito. Testarudo como él solo, se rehusaba a ir al doctor y fue ella quien finalmente lo convenció para al menos hacerse unos exámenes de rutina. Al conocer su diagnóstico, su salud se fue en picada; ya no quería comer y los síntomas cada vez lo debilitaban más y más. La angustia nos carcomía a todos ante la impotencia de poder ayudar a Gustavo, pero Nela se dio a la tarea de crear platillos exclusivos para él que no le causaran malestar alguno y lograra recuperar las fuerzas que había perdido. Fue gracias a la cuchara curativa de Nela que Gustavo sobrellevó su enfermedad y superó los obstáculos de tratamientos agresivos y operaciones invasivas, hasta que su cuerpo no resistió más. Incluso la noche antes de morir, no negó a Nela su último bocado.

Desde su puesto, Gabriel los observaba con detenimiento, fijando su mirada en ella. Estudiaba con curiosidad las líneas de su espalda y su delicado perfil. Al hablar, los gestos de Nela emanaban cierta ternura y nobleza que seducían a Gabriel. Nela se volteó y lo pescó observándola. Gabriel rápidamente le quitó la mirada, tomó un último jalón de su cigarrillo antes de apagarlo y se retiró a la popa, donde la fiesta empezaba a calentar motores.

Marbella servía los shots de ron con los que daríamos nuestro último adiós a Gustavo. En mis manos sostenía la urna con las cenizas de mi querido amigo. Rata había apagado el motor y procedía a bajar el ancla que nos detendría justo frente a Playa Playitas, unos tres kilómetros mar adentro, con vista a Isla Olocuita y a la panorámica Playa Espadilla en el fondo.

Todos nos acercamos y cada uno tomó un shot de ron. Samuel cogió la bolsita con las cenizas de la urna. Juntos nos aproximamos al

borde del barco y tiramos las cenizas a favor del viento. En dos o tres puñados esparcimos el polvo, que revoloteó travieso con la brisa antes de reposar en las cálidas aguas del mar.

- ¡Por Gustavo! - exclamó Samuel alzando su vasito y vaciando rápidamente su contenido de un solo trago.

Todos brindamos y guardamos un minuto de silencio. Gabriel procuró mantenerse al margen del grupo, ocultando las lágrimas que dejó correr por sus mejillas antes de tomarse el líquido ardiente del ron que las apaciguaría.

Con el atardecer llegó rápidamente la noche. Se sirvieron más rondas de licor y con ellas Rata no dudó en sacar su guitarra y los bombos de Gabelito, su hijo mayor. La música se impuso y poco después comenzó el baile. Aquella cosa se convirtió en un jolgorio que nos llevó hasta altas horas de la noche. ¡Qué gozadera! Me recordó a aquellos tiempos cuando bailábamos hasta el amanecer – Efraín y yo, llenos de juventud – en los carnavales de Limón.

Con unos tragos de más y logrando por fin relajarse un poco, Gabriel se animó a sacar a Nela a bailar. Nela dudó al principio pero él con su sonrisa seductora y una labia para conquistar que no le conocía, terminó convenciéndola. ¡Nunca olvidaré ese momento! Fue la primera vez que la oí soltar una carcajada – de esas que hace que te duela el estómago – con la que el mismo Gabriel sucumbió en respuesta. Los torpes pasos de Gabriel y los humos del alcohol los hacían reír a carcajadas. El tiempo en Texas le había herrumbrado un poco sus dotes para el baile pero luego de un par de piezas, lo que bien se aprende no se olvida.

Podía ver cómo les brillaban los ojos a ambos cada vez que sus cuerpos se acercaban con el baile. La corriente que corría entre sus extremidades cuando se tocaban la podías sentir; cada vez que nuestros coloridos pareos pasaban cerca de ellos salían chispazos de estática.

Todo iba muy bien hasta que comenzó el zapateo. Las copas de licor fluían libremente de mano en mano y los brindis no cesaban. Brindamos por la vida, por la muerte, por el tío, por el primo y por la bendita suerte de estar allí. Primero zapateó Marbella con su ritmo caribeño contagioso, seguida de Rata, quien no soltaba ni un segundo su guitarra. Poco a poco nos fuimos uniendo, zapateando contra el piso del pequeño barquito al son de la música. Pero el zapatazo final vino acompañado de un gran chorro que penetró la base del barco,

empapándonos enseguida. El agua marina nos bajó de inmediato los efectos del alcohol pero la recibimos con brazos abiertos dejando que nos mojara de pies a cabeza, refrescándonos. Minutos más tarde, otro inmenso chorro de agua acaparó el piso de baile, obligándonos a acudir a la lanchita que colgaba solitaria a estribor. Uno a uno nos apretujamos en la mísera lanchita, rezando por que encendiera el enclenque motor que nos llevaría sanos y salvos a tierra.

Enrumbados de vuelta hacia el muelle en la lancha que avanzaba lento mas con paso firme por las olas con su motorcito a toda marcha, vimos cómo el barco se hundía lentamente en el mar. Rata – quien abrazaba su guitarra – observó con tristeza cómo se destruía su sustento familiar. Marbella por su lado mantenía la calma y reconfortaba a sus pequeños, mientras direccionaba con destreza el motor de la lancha.

Y así fue como, entre zapateada y zapateada, murió La Rata Marina aplastada.

Capítulo 6

5.

El Mediterráneo

Samuel Luna pasó su juventud viajando por Europa, impregnándose de su arte, su cultura y sus bellos paisajes. Financiado por la fortuna de sus padres – convencidos de alejarlo del escrutinio de la alta sociedad tica debido a sus intereses poco convencionales –, se embarcó en una aventura que trascendió más de diez años al otro lado del Atlántico.

Vivió en una fiesta eterna en su paso por España; ganó más de veinte kilos comiendo en los cafés de París para luego bajarlos en bicicleta por los jardines de Holanda. Así pasó, de un lugar a otro, conociendo la riqueza que el viejo continente tenía que ofrecerle.

Fueron muchos los lugares que lo cautivaron, pero su corazón se quedó en el Mediterráneo. Partió de Barcelona a Palma de Mallorca, cursó por Cerdeña, luego saltó a Malta y terminó su recorrido por las Islas Griegas. Fue en el azul panorama de Mykonos donde entregó su corazón a Nicos. Juntos compartieron su amor por el arte y fue él quien le enseñó a jugar con la luz para plasmar en su lienzo los más vivaces y mágicos paisajes. Samuel sintió que podía sentar raíces y llamar 'hogar' a esa pequeña isla. Luego de pasar tres años de nómada – con una mochila de hostel en hostel – Samuel ansiaba encontrar un lugar donde formar un vínculo duradero y colgar definitivamente su mochila. Con Nicos, en una pequeña pieza con vista al mar, no solo evolucionó su talento sino que encontró a alguien con quien compartir sus sueños. Pero la relación no fue nada fácil y poco a poco se fracturaron los cimientos que brindaban a Samuel su tan buscada estabilidad. Con frecuencia, Nicos ignoraba su presencia al toparse caras conocidas por las calles y en más de una ocasión, desaparecía sin previo aviso por semanas enteras durante las visitas de sus padres a la isla. La tensión entre ellos crecía con cada reclamo por parte de Samuel cada vez que Nicos insistía en ocultar su relación y negarse a enfrentar la realidad.

Pasaron unos años cuando la olla de presión de su relación no aguantó más. Samuel conservaba vivamente en su memoria esa última pelea y el sonido estridente de la puerta de su pieza cerrándose detrás de Nicos, quien no regresó. Por varios meses todas las noches lo torturaba la angustia al esperar en vela a que Nicos regresara y lo abrazara fuertemente. Añoraba despertar juntos al amanecer en su cama, sintiendo

la seguridad que su hogar les brindaba.

Al resignarse a que Nicos no volvería, Samuel tomó sus maletas y se marchó a Florencia. En su paso por Italia había conocido a un grupo de artistas que en ese entonces buscaban un socio para abrir una galería de arte en la ciudad del Renacimiento. Samuel accedió sin pensarlo.

Tiempo después, por medio de un amigo en común, descubrió que Nicos estaba casado y había formado una familia. Sus padres lo habían obligado a contraer matrimonio con una muchacha de su agrado y no tuvo más remedio que aceptar su destino.

La noticia no le sentó bien a Samuel y así decidió que era tiempo de volver a casa. Regresó a Costa Rica con el peso que embargaba su corazón y una pequeña fortuna que había amasado con la venta de sus acciones de la galería en Florencia – la cual había alcanzado un elevado reconocimiento en el gremio artístico internacional.

A pesar del sentimiento agrisado que le provocaban los recuerdos de su vida en Mykonos, Samuel sabía que debía rehacer su vida cerca del mar. Sus mejores obras las había hecho pintando las costas del Mediterráneo y entendió que jamás lograría encontrar nuevamente la felicidad si no era cerca del océano. Para él, el mar representaba tanto el cierre de etapas como poder emprender nuevos horizontes. Marcaba el fin de un territorio para iniciar la gran expansión de agua que comprendía el setenta por ciento del planeta tierra. Significaba un sinfín de posibilidades que evocaban en él la esperanza de un futuro prometedor.

Fue así como llegó a Manuel Antonio. Se adueñó de una pequeña parcela de tierra donde montó un taller de arte y su propia galería contigua. En ella exhibía sus obras e impulsaba el talento local, haciendo énfasis en creaciones que resaltarán el vivir y sentir de nuestro país y nuestra comunidad.

Lo conocí al poco tiempo de su llegada, exactamente para mi cumpleaños cuarenta, cuando Efraín me sorprendió con clases de pintura como regalo. Samuel había conseguido reunir a un grupo de seis artistas aspirantes e inició un curso de pintura dos veces por semana en su taller. Siempre había soñado con pintar. Supongo que llevaba la vena artística por dentro, pero con el trabajo en el restaurante no me sobraba tiempo para experimentar.

- Yo ya cumplí con mi sueño, Eva - me dijo Efraín mientras yo miraba atónita el papel que me había entregado, envuelto con un lazo, con el detalle de la inscripción al taller -. Ahora quiero que cumplás el tuyo. No podría estar más agradecido con vos por todo el apoyo y el empeño que le has metido al Cafecito, pero es hora de que te enfoqués en lo tuyo... No creás, itodavía te necesito! Pero un par de días por semana

no hacen daño. Vos te merecés hacer lo que más te gusta.

Me sentí profundamente conmovida con el gesto de mi marido. ¡Cómo disfrutaba de mis clases! Dos veces por semana me perdía en los trazos de pintura sobre mi lienzo. Disfrutaba enormemente ver cómo las técnicas que Samuel nos enseñaba poco a poco se tornaban en obras de arte que cobraban vida, logrando una enorme sonrisa en sus creadores y un gran sentimiento de satisfacción. Con su delicada mano prodigio, Samuel iba pelando las capas que contenían al artista en cada uno de nosotros.

El grupo se fue consolidando y con el paso del tiempo nos convertimos en grandes amigos. Al concluir cada taller, no tardaba en servirse el vino y sacar los quesitos para picar. Nos quedábamos conversando largo y tendido hasta altas horas de la noche. El mismo Efraín se nos unía después de cerrar el Café por el día. Cuando llegaba, sabíamos que era hora de sacar el whisky o un buen ron.

Una tarde, me tomé el atrevimiento de invitar a Gustavo y a Leonor a nuestras tertulias. Para ese entonces, Gabo apenas estaba en brazos de su mamá. Ambos conectaron instantáneamente con el resto del grupo y se convirtieron en personajes regulares cada vez que nos visitaban de San José en temporada de vacaciones. Nosotros vimos crecer a Gabo en nuestras noches artísticas. Al cabo de dar sus primeros pasitos, en un abrir y cerrar de ojos lo estábamos correteando entre los caballetes – cautivado por los colores de las pinturas, siempre tentado a tomarlas y esparcirlas por las paredes.

Cuando Gustavo y Leonor se divorciaron, Gabo tenía solo diez añitos. Gustavo decidió trasladarse permanentemente a su casa en Manuel Antonio y viajaba a San José solo cuando tenía que atender una reunión del negocio de su familia. Gabriel visitaba a su papá con frecuencia, pero al cumplir trece años convenció a su mamá de dejarlo vivir con Gustavo. Extrañaba enormemente a su papá y Leonor no tuvo más remedio que acceder. ¡Qué momentos más bonitos los vimos compartir! Gabo se estaba convirtiendo en un hombrecito y al lado de su papá no podía ser más feliz. Todo iba de maravilla hasta esa noche cuando Gabriel salió huyendo de la casa. Esa noche que marcó al joven Gabriel de por vida.

Cuando Samuel nos acompañaba en el Café, Nela disfrutaba escuchar sus relatos sobre Europa mientras amasaba. Las tardes que tenía libre, ella lo visitaba en su taller y conversaban por horas; reflexionaban sobre la vida, analizaban los trazos de pintura en las obras de la galería y discutían

sobre los acontecimientos de nuestra pequeña y vibrante comunidad.

Esa tarde le había preparado a Samuel una deliciosa merienda que lo transportara de vuelta al sentir del mar Mediterráneo y sus placeres. El aroma a romero escapaba por los poros de la bolsa de papel que Nela llevaba cuando entró al taller, despertando inmediatamente el apetito de Samuel. Había horneado esa mañana un delicioso pan focaccia con carnosas aceitunas kalamatas engranadas en su miga. Entre las tajadas del pan una pincelada de vinagre balsámico retocaba una variedad de vegetales rostizados al carbón; finas lonjas de berenjena y zucchini, acompañadas de largas tiras de pimientos morrones y hongos portobello, conformaban una combinación riquísima de la mano de una dosis generosa de alioli de ajos rostizados y hojitas frescas de arúgula – recién cosechada de la huertita que habíamos empezado con mucho cariño y esmero unos meses atrás en el jardincito de Marbella.

Mientras Samuel saboreaba su merienda, escucharon la campanita que anunciaba la entrada de algún visitante a la galería.

- Dejame que yo lo atiende - le indicó Nela.

Se levantó de su silla y fue a atender.

En ese instante Gabriel recién llegado observaba detenidamente un cuadro panorámico del cráter del volcán Poás. En la esquina inferior derecha miraba las finas líneas trazadas por la firma de su abuela. Recordaba cuando el mismo cuadro descansaba majestuoso en la entrada al comedor en la casa de su abuelita en San José, para luego pasar a decorar la sala de la casa de su padre.

El sonido de pasos sobre el piso de madera hizo que volteara y se encontró frente a él con Nela, portando un largo vestido color turquesa.

- Es hermoso ese cuadro - le dijo ella acercándose a la pintura y delineando con sus dedos el contorno del marco.

- Sí... - contestó Gabriel pensativo, perdiendo su mirada nuevamente en lo profundo del cráter -. Era de mi abuela, ¿sabías?

- Sí. Tu papá no hacía más que alardear de sus obras, y de verdad que ameritaban ser apreciadas. ¿No te parece?

- Supongo que sí - volteó y le sonrió. No esperaba encontrarse con ella, su presencia resultaba una grata sorpresa -. No me digás que también vendés cuadros. Parece que nos topamos en todo lado al que voy - le dijo conforme avanzaba a estudiar la siguiente obra exhibida en la

pared.

- No. Solo ayudo a un buen amigo - le respondió.

Samuel salió entonces de su taller. Con paso cauteloso se aproximó a Gabriel. El crujido de la madera bajo sus pies previno a Gabriel de su presencia. Levantó su mirada de las pinceladas de un paisaje en el ocaso de un atardecer e inmediatamente tensó el torso de su cuerpo. Volteó y enfrentó a Samuel, pero no le dirigió ni una sola palabra. Miró a Nela, y con su mirada le expresó sus disculpas antes de salir atormentado por donde había entrado. El timbre de la campanita a la entrada interrumpió el silencio cortante en la galería, seguido por el rugido de la madera al cerrarse la puerta detrás de él.

Sus pies golpearon con fuerza el lastre del parqueo conforme se alejaba de allí.

- ¡Gabriel! - escuchó a Nela llamarlo, pero no quería escucharla.

- ¡Pará, por favor! - le insistió.

Gabriel se detuvo al llegar a su bicicleta pero se rehusó a mirarla. No permitiría ser obligado a hablar con ese hombre. Sacó un cigarrillo, lo colocó en su boca y lo encendió con ferocidad. Volteó lentamente, mientras inhalaba profundo los compuestos volátiles del tabaco en un intento por calmarse. Nela lo tomó por el brazo y en ese momento él sintió una corriente eléctrica con su tacto que lo calmó de forma instantánea, pero ella rápidamente lo soltó al sentir su mirada penetrante.

- No te vayás así. Por lo menos dejame acompañarte. La soledad a veces puede ser el mayor alimento de nuestros demonios - le dijo.

Gabriel exhaló una gran nube de humo blanco mientras evaluaba sus alternativas. Tomó la manivela de su bicicleta y comenzó a caminar por el costado de la calle.

- ¿Vamos? - le dijo a Nela al ver que no lo seguía.

- Veo que te adueñaste de la bici - le dijo Nela señalando la bicicleta que rodaba sigilosa entre los dos.

- Su antiguo dueño me hizo una atractiva oferta cuando se la iba a devolver... - le contestó más relajado -, no podía negarme. Además, en vista de que no cuento con otro medio de transporte resultó muy conveniente el trato...

Caminaron en silencio, bordeando la congestionada carretera en dirección a la playa. Al llegar a la cima de la montaña, Gabriel montó sobre la bicicleta y alentó a Nela a subir y tomar asiento en la barra. No estaba seguro en ese momento de que fuera una buena idea, pero le pareció la mejor alternativa si querían llegar rápido a las concurridas playas que aguardaban abajo.

Durante los primeros metros, la bicicleta se tambaleó insegura. Gabriel pedaleó con más fuerza, buscando mayor estabilidad hasta lograr que las llantas rodaran convincentes cuesta abajo.

Tomaron velocidad y el viento los despeinaba en su trayecto. En más de dieciséis años no había puesto un dedo sobre una bicicleta y el sentimiento que despertaba en él era realmente liberador. Confiando en las hábiles manos de su copiloto, soltó la manivela y extendió los brazos mientras Nela dirigía su camino. Cerró los ojos y escuchó las olas del mar reventar en la playa conforme se iban acercando.

Había pasado varios días de intensa frustración por todo lo que este viaje representaba para él. Por primera vez, podían verse trazos del Gabriel de antes que todos recordábamos en nuestra pequeña comunidad costera – el joven Gabo, dispuesto a asumir cualquier aventura que se cruzara en su camino. Inhaló profundamente la humedad que la selva tropical le ofrecía.

Los frenos sutiles que Nela ejerció en el vehículo provocaron que Gabriel abriera nuevamente los ojos y tomara control de la manivela. Habían llegado a la playa y los ríos de gente y de carros los forzaron a desacelerar.

Avanzaron entre la gente, los vendedores ambulantes y los buses cargados de turistas. Los locales los observaban con curiosidad, se adivinaba el cuchicheo al ver a Nela con el hijo de Gustavo, las malas lenguas no tardaron en cuestionar en qué andanzas estarían – ‘porque una muchacha como ella era capaz de cualquier cosa para enredar a un hombre’. Después de diez años muchos se negaban aún a conocer realmente su esencia. Con la sabiduría que me han brindado los años, llegué a comprender más adelante que lo que le tenían era envidia. El misterio que la rodeaba por la falta de información sobre su vida antes de llegar a Quepos, torturaba al montón de zopilotes que se alimentaban día a día con los jugosos chismes sobre los demás. Nela era reservada, y a la gente le molestaba no poder airear los trapos sucios de su vida a diestra y siniestra. Sin embargo, eso la convertía aún más en una persona de sumo interés; con su forma despampanante de caminar y su cabello largo color cobre, hacía voltear la mirada a cualquiera – ¡claro! cuando no estaba cubierta de pies a cabeza de harina en la cocinita del Café.

Llegaron hasta el final del camino y se dirigieron a estacionar la bicicleta cerca de una palmera en un lote que fungía como parqueo. Gabriel le ofreció unas monedas al custodio para que velara por su único medio de transporte y se adentraron en la explanada de arena de Playa Espadilla.

- ¿Ahora qué hacemos? - preguntó Gabriel sintiéndose regocijado.

Nela señaló la entrada al Parque Nacional. Ya era avanzada la tarde y pronto cerrarían sus puertas, pero ella conocía cada rincón del parque y sabía cómo lograr filtrarse incluso después de su hora de cierre. Debían apurarse si querían aprovechar los últimos rayos del sol antes del crepúsculo. Gabriel – quien ahora acostumbraba a jugar bajo las reglas – dudó en continuar, pero Nela ya estaba cien metros adelante determinada a ingresar, así que no le quedó más remedio que seguirla sin chistar.

Capítulo 7

6.

El Caricaco

Gabriel siguió a Nela hasta un sendero al norte del ingreso al parque. Dos fornidos guardaparques conversaban animadamente sobre el resultado del partido entre la Liga y Saprissa y parecían no ponerse de acuerdo sobre cuál equipo era el más 'teta'. Al ver a Nela, ambos sonrieron de forma instantánea; sabían que había llegado su preciada hora del café. A pesar del rechazo por parte de muchos en el pueblo, los guardaparques de Manuel Antonio le habían tomado especial afecto. Nela les preparaba a menudo surtidos de bollitos de pan de diferentes sabores y tamaños y se los dejaba en su puesto de trabajo cerca de las cuatro de la tarde – hora precisa en que aruñaban las paredes del hambre y la larga jornada laboral tornaba pesados sus párpados. Mientras ellos humedecían el pancito en su taza de café y comían dichosos de la contentera, Nela aprovechaba cruzar el límite del parque para disfrutar de su calma pasada la hora del cierre.

La entrega de pancitos se volvió costumbre hasta el punto de que Nela entraba al parque como Pedro por su casa el día y la hora en que le apeteciera. Ese día no fue la excepción. Tal como lo esperaban los guardaparques, Nela extrajo de su pequeño bolso de tela cuatro bollitos frescos de pan de canela con glaseado de azúcar y queso crema. Al sacarlos, el olor a canela los trastornó al punto de que bailaron de la emoción. El glaseado goteaba por los bordes y las hendiduras del pan humedeciendo su pegajosa superficie, pero la mejor parte era el corazón chicloso del rollo, donde confluían la canela, el azúcar y la mantequilla para darle su esencia al dulce bollito. El sabor de los bollitos era como ningún otro y a pesar de rogarle a Nela divulgar su ingrediente secreto, era algo que se llevaría hasta la tumba.

Mientras los dos custodios del parque disfrutaban su merienda, Nela y Gabriel se adentraron en el sendero Perezoso sin contratiempos. Había pasado mucho tiempo desde su última visita y era la primera vez que Gabriel transitaba por esa área de la selva tropical de uno de los parques nacionales más bonitos del mundo. Conforme se adentraban en el bosque, podían apreciar cómo la vegetación se tornaba más densa. El café y el verde en todas sus tonalidades predominaban en la gama de colores de ese espectáculo natural. Diferentes tipos de árboles como el guapinol, el ceibo y el surá protegían como gigantes la vida silvestre que habitaba bajo sus sombras. Era normal escuchar el crujido de una rama o el alboroto de un grupo de congos al trasladarse de árbol en árbol; todo era parte de los sonidos propios del bosque tropical. Sin embargo, cuando

escucharon el despavorido retumbar de algo corriendo hacia ellos, Nela y Gabriel se quedaron fríos. Gabriel, en una fracción de segundos, se vislumbró corriendo por su vida lejos de un hambriento jaguar. Nela, por su lado, se mantuvo serena, esperando descubrir lo que se avecinaba.

Los pasos se detuvieron repentinamente. La sinfonía final de las aves al atardecer continuó con su repertorio, conscientes de la presencia de su público desalojando las playas.

- ¿Qué tal si nos devolvemos? - susurró Gabriel, no muy convencido de seguir con el trayecto.

- Shhh... ¿Escuchaste eso? - le dijo Nela, atenta a percibir más ruidos a su alrededor.

A lo lejos escucharon el filoso enfrentamiento de un machete con la liana de un árbol, seguido de leves gemidos de furia. Ante tal altercado contrario a la calma de la selva, el animal asustado retomó sus pasos veloces contundentemente hacia ellos. Gabriel no tuvo más remedio que sostener la respiración a la expectativa y, al ver aparecer las tiernas facciones de un venadito cola blanca, soltó un gran suspiro de alivio.

Al encararlos frente a frente, el pobre animal se detuvo. Sus ojos negros y alertas sostuvieron la mirada de Nela con sigilo mientras ella se acercaba con cautela. El pobre venado no logró apaciguar su respiración agitada antes de volver al trote que lo llevó trillo abajo, lejos de ellos y del estridente sonido.

- Tenemos que ir a ver qué es eso - dijo Nela decidida -. Es prohibido talar un árbol o llevarse cualquier tipo de vegetación del parque.

- ¿No creés que sería mejor avisarles a los guardaparques y dejar que ellos se encarguen? Mejor no nos metamos en problemas, es lo último que necesito en este viajecito.

Nela ignoró el comentario de Gabriel y continuó selva adentro en dirección de los machetazos.

Batallando con las aprisionantes lianas que envolvían el tallo de un robusto árbol de guanacaste, se encontraba Gabelito – el hijo mayor de Rata –, quien tan solo la noche anterior tocaba los bongos alegremente junto a su papá. Con cada golpe que daba, el filo de su machete se traía abajo metros de bejucos entretejidos que formaban una jaula natural en la libertad de la selva. Al escucharlos acercarse se volteó defensivo con su machete firme en mano. Lágrimas de rabia corrían por sus mejillas y estaba dispuesto a atacar hasta que reconoció la dulce mirada de Nela y

bajó la guardia.

- Gabelo, ¿qué te hizo ese pobre árbol para que lo ataques sin el mayor chance de defenderse? - le preguntó Nela tranquilamente.

Con el ceño fruncido Gabelo trataba de escoger bien sus palabras para responderle, pero al no encontrarlas, simplemente se encogió de hombros y agachó su mirada.

- ¿Qué te parece si me das el machete para que no sufra más ese arbolito?

- No le estaba dando al árbol. Quería quitarle las lianas que se aprovechan de que es alto para ellas poder trepar hacia la luz - contestó finalmente Gabelo.

- Tenés razón, pero no podés interferir de esa manera con la naturaleza.

- ¿Por qué no? Si tengo un machete lo puedo hacer - la desafió.

- ¡Está bien! Pero con furia no. Dame el machete y cuando tengás la cabeza fría pensás en una mejor forma de ayudar al árbol... Si era eso lo que intentabas hacer... - respondió Nela con un rastro de ironía.

Gabelo le entregó resignado el machete.

- ¿Nos querés contar qué te pasa? - le preguntó Nela.

- ¡No! - respondió rencoroso sin quitarle la mirada a Gabriel, quien observaba la escena sin involucrarse.

Nela convenció a Gabelito de acompañarlos a ver el atardecer en Playa Gemelas – una pequeña y reclusa playa resguardada del bullicio que caracterizaba a su vecina, la cotizada Playa Manuel Antonio. Por su relieve rocoso y la poca expansión de arena en su territorio, Playa Gemelas representaba un trozo de exclusividad para aquellos que decidían aventurarse por la red de trillos del Parque Nacional.

A pesar de sus once años, Gabelo caminaba tomado de la mano de Nela como si fuera un niño chiquito. En más de una ocasión, Nela cuidó a Gabelo y a sus hermanitos cuando Marbella necesitaba hacer una diligencia y Rata se encontraba mar adentro en su barco o simplemente llevaba días de juerga en la calle y tenía vetada la entrada a la casa. Nela tenía buena mano con los chiquitos y siempre se las arreglaba para idear actividades que les gustaran a las cuatro peculiares personalidades. Cuando normalmente eran como un torbellino y se negaban a comer los ayotitos tiernos que Marbella había cocinado, solo bastaba que Nela llegara y los fascinara con sus cuentos para que se sentaran calmaditos y

se comieran todo sin chistar. Gabelo apreciaba muchísimo a Nela y disfrutaba montones de su compañía – desde que tiene memoria, Nela ha formado parte de su vida.

Al bajar a la playa, Gabelo soltó la mano de Nela y se adentró en la arena corriendo. Se dirigió hacia las rocas y se perdió en busca de vida marina en el escondite rocoso.

Nela pisó la suave arena y en sus huellas delineadas fueron apareciendo desde su refugio los ojos saltones de unos pequeños caricacos. Al principio, un poco tímidos, mantenían su distancia y rápidamente se escondían al sentirse amenazados por movimientos bruscos a su alrededor. Pero conforme ella avanzaba por la playa, se fueron formando las filas de un ejército de animalitos con sus conchas asimétricas a cuestas.

Gabriel los observó con fascinación. En sus aventuras por la playa en aquellos sus largos días de vacaciones, solía perseguir caricacos para atraparlos. Competía con Rata para ver quién lograba reunir mayor cantidad de caricacos, para luego ponerlos a enfrentarse en una mortal batalla por una única concha en el medio de un redondel de arena como centro de peleas. Ambos chiquillos portaban un pequeño machete de madera tallado por las hábiles manos de Jorge Marín padre, y sentían que eran los sumos generales de un gran ejército de soldados los cuales debían ganarse su campo en el batallón peleando a muerte por su armadura.

Gabriel siguió a Nela por la playa como un súbdito más de la congregación de caricacos. Cuando ella se detuvo frente a una formación rocosa que brillaba con los últimos rayos de un esplendoroso atardecer, Gabriel tomó a uno de los pequeños bichitos en sus manos. Ante la intrusión, el ejército de caricacos rompió filas y aquellos pequeños bichitos salieron corriendo en diferentes direcciones, chocando torpemente unos con otros. El caricaco prisionero buscaba desesperadamente la salida, mientras Gabriel hacía maromas con sus manos para prevenir que se le escapara y saltara al infinito mar de partículas rocosas a sus pies. Cuando el caricaco se rendía de luchar y buscaba refugio en su conchita, Gabriel soplabla fuertemente para obligarlo a salir de su escondite y repetir la tortuosa batalla por su libertad.

- Siempre me han fascinado estas criaturas, ¿sabías? - le comentó a Nela, quien lo observaba entretenida -. Conforme van creciendo ellos deben ir cambiando de casa para acomodar su cuerpo en una concha de mayor tamaño. Es algo de vida o muerte para ellos...

- De una u otra forma nos pasa a las personas, ¿no te parece? - le

contestó Nela.

- Me pasó a mí... - Gabriel soltó finalmente al pobre caricaco que corrió despavorido lejos de ellos para perderse entre la arena.

- Ahora que lo pienso, si hago un recuento de mi vida, pasé de casa en casa desde los diez años hasta los veinticinco - continuó Gabriel -. Cuando mis papás se divorciaron me fui a vivir con mi mamá. A los años, insistí en venir a vivir con mi papá - y ya sabemos el error garrafal que eso significó hasta el punto de que tuve que salir corriendo y volver a vivir con mi mamá, pero esta vez en una casa diferente a la anterior. En un país diferente.

- ¿Se volvió a casar tu mamá?

- Se volvió a casar mi mamá - contestó Gabriel -. A los años de divorciarse de mi papá, mi mamá conoció a un americano que vino a Costa Rica para la boda de uno de sus mejores amigos - supongo que les parecía un lugar exótico y mágico digno de una boda de ensueño.

- ¿Y no lo es? - preguntó Nela mientras señalaba a su alrededor.

- Supongo que lo es - contestó Gabriel con desinterés hacia el romántico atardecer que pintaba de dorado las cúpulas de los árboles del bosque tropical húmedo, mientras tres garzas sobrevolaban majestuosas sobre el espejo del mar.

- ¿Entonces se conocieron en la boda? ¿Tu mamá y su nuevo esposo? - le preguntó Nela alentándolo a seguir con la historia.

- No, mi mamá no estaba invitada a la boda. No me sé muy bien los detalles del cuento; el caso es que se conocieron en una tienda de ropa porque a Hugh le perdieron la maleta en su vuelo de llegada a Costa Rica. No tenía nada que ponerse, así que inevitablemente le tocó hacer la diligencia caótica de adentrarse en el centro de San José. Mi mamá estaba comprando... unas medias, creo, cuando lo vio sufriendo al tener que escoger entre dos horrorosas camisas floreadas. Se pusieron a conversar. Ella le escogió una simple guayabera color marfil, y una cosa llevó a la otra. Un par de citas y dos viajes después - porque no aguantaban la distancia que los separaba -, decidieron casarse en una boda relámpago que celebraron tan solo dos días después de haberme ido de la casa de mi papá. Lógicamente me tuve que quedar con mi abuela mientras disfrutaban de su luna de miel, pero al regresar empaqué mis maletas y me fui a vivir a Texas con ellos. Fin de la historia.

- Tres casas.

- ¿Perdón? - preguntó Gabriel, habiendo perdido un poco el hilo de la conversación.

- Pasaste por tres casas. Estoy segura de que yo supero esa estadística.

- No he terminado con el cuento - refutó Gabriel.

- Está bien. Proseguí por favor.

- ¡Gracias! En fin... Al llegar a Texas vivimos por un rato en el apartamento de Hugh de soltero, pero lógicamente al poco tiempo nos mudamos a una casa en las afueras de Katy. Eso es un pueblo. Colinda con Houston. En ese entonces Hugh tenía un par de agencias de carros, pero al cabo de unos años ganó la representación de la distribuidora de Toyota en el sur de Texas, y a punta de vender Toyota Camrys fue amasando una gran fortuna que nos trasladó primero a una casa más grande en Glen Clove, luego a una mansión en River Oaks, para terminar en un rancho de cien hectáreas de vuelta en Katy. A los dieciocho salí de la comodidad del rancho a un dormitorio en la Universidad de Rice, luego pasé a una modesta casa con desastrosos compañeros de cuarto donde logré sobrevivir tres años de platos sucios y pelos en la ducha. Con título en mano en administración de empresas cambié de ciudad al estilo bohemio de Austin para asistir a la escuela de derecho de la Universidad de Texas, me mudé de vuelta con Hugh y mi madre después de graduarme como abogado, hasta que finalmente encontré lo que ahora es mi adorado apartamento. ¿Qué te parece entonces trece lugares?

- En unos qué... ¿veinte años?. Nada mal. Además, cada lugar era más bonito que el anterior. No me parece tan terrible. Me gustaría estar contando tu historia en vez de haber tenido que vivir la mía - Nela comenzó a caminar de vuelta hacia la entrada de la playa, buscando a Gabelito quien seguía perdido en su juego entre las rocas.

- ¿Cuál es la tuya? ¿Tu historia? - le preguntó Gabriel mientras la alcanzaba -. ¿Mucha mudanza? ¿Ir de aquí para allá? ¿Algo así?

- No hablemos de mi historia.

- ¿Por qué no? Yo te conté la mía.

- No es tan interesante - contestó Nela encogiéndose de hombros.

Algo en la mirada de Nela hizo comprender a Gabriel que no debía insistir, así que no lo hizo.

Lo cierto es que Nela pasó por cuarenta viviendas hasta que llegó a la mía a la temprana edad de dieciséis años. Según la estadística, eso representa mudarse dos punto cinco veces en el transcurso de un corto año. Durante

ese tiempo, tuvo el infortunio de pasar una temporada en un albergue del PANI mientras su mamá se rehabilitaba de la bebida y ponía fin a la tóxica relación que tenía con su novio – o al menos así quedó en el reporte. Fuera de ser interesante, gran parte de la historia que Nela escondía venía cargada de una profunda tristeza.

Gabriel respetó su silencio mientras observaban al joven Gabelito extraer caricacos de los escondites más recónditos entre las rocas humedecidas por las olas en marea alta. El crepúsculo que ofrecía la esfera de fuego al esconderse en el horizonte dejaba asomar los últimos destellos de luz del día, mientras adquiría un colorido gris que acompañaba la noche y un gran nubarrón formado encima de la montaña.

Gabriel se contagió de la emoción que emanaba Gabelito al atrapar a los más grandes caricacos y no pudo evitar unírsele en su búsqueda. Juntos corretearon caricacos en la arena y entre las formaciones rocosas de Playa Gemelas. Con la sabiduría que le brindaban los años, Gabriel entendía la crueldad de sus juegos del pasado con la batalla entre caricacos. En vez de reclutar batallones de indefensos soldados, decidió darse a la tarea de buscar al caricaco más grande de la playa y junto a Gabelito al poco tiempo lo encontraron. Estudiaron el largo de sus tenazas y se maravillaron de ver cómo portaba la más grande de las conchas en toda la playa, al punto de que al esconderse en ella se perdía por completo dentro de su cavidad, el refugio perfecto.

Lo soltaron en la arena y el caricaco se alejó sin contratiempos para sumergirse en una ola que se estrelló contra una gran roca la cual amurallaba la costa del Parque Nacional. Gabriel y Gabelito chocaron sus palmas victoriosos y satisfechos de haber encontrado al 'Rey de los caricacos'.

Cuando Gabriel y Rata eran chiquillos – y nos íbamos todos a pasar el día en la playa –, mi marido Efraín preparaba los más deliciosos sándwiches de palmito y pejibaye. ¡Cómo costaba que ese par de condenados se comieran la comida! Eran tan mañosos que Efraín tuvo que ingeniárselas para hacerlos creer que el sándwich estaba hecho con carne de caricaco. ¡Imaginate vos la ocurrencia! Pero entre más descabellada sonaba la idea, más les llamaba la atención a los mocosos probar semejante preparación. Fue así como logró que los dos se enamoraran del palmito y el pejibaye – dos de los alimentos más queridos por los ticos, tanto por su nivel nutricional como por la identidad nacional que los caracteriza.

Desde entonces no había paseo a la playa donde faltara el famoso sándwich de caricaco: finas tiras de palmito se aderezaban con limón,

aceite de oliva, sal y pimienta, acompañadas de un rico ceviche de pejibaye picadito con cebollita morada y culantro. Efraín preparaba el sándwich con una buena dosis de roastbeef – su embutido favorito por excelencia –, y mayonesa de rábano picante le daba al platillo su toque final. Todos los ingredientes se conjugaban entre las tajadas de un crujiente pan baguette comprado fresco de la pulpería esa misma mañana.

El sonido de truenos ensordecía el rugir de los congos conforme Nela, Gabriel y Gabelo salían del parque. Gabriel y Nela caminaban lado a lado en silencio con sus hombros rozándose ligeramente mientras avanzaban en su trayecto. Gabelo, quien los observaba con recelo mientras les seguía el paso con su gran machete en mano, aceleró el paso y se interpuso entre los dos para tomarle la mano a Nela. Gabriel lo miró de reojo, divertido por la malicia del chiquillo. Aceptando la indirecta, Gabriel tomó un par de pasos hacia atrás y los dejó adelantarse. Nela lo volteó a mirar y con una gran sonrisa que se extendía hasta sus mejillas sonrojadas, lo invitó a no quedarse rezagado.

Llegaron al centro de Quepos bajo un aguacero cerrado. Gabriel maniobró la bicicleta con Nela y Gabelo a cuestas como si hubiera nacido pedaleando sobre dos ruedas. Esquivando los carros y los grandes charcos en media calle, lograron llegar a la casa de la familia Marín. Un viento huracanado se levantó en el momento en que saltaron de la bicicleta y corrieron a buscar refugio en el techito de la entrada de la casa; los truenos cada vez descargaban su retumbo más seguido ahogando el bullicio de la noche. Es por eso que no fue hasta que entraron por la puerta que escucharon el sonido de platos quebrándose en la cocina, seguido de una fuerte discusión entre Marbella y Rata. Al oírlos, Gabelo se encogió y se escondió detrás de Nela. La agarró con fuerzas de sus faldas mojadas y se protegió entre ella y la puerta de la casa.

Nela agarró a Gabelito y lo acompañó a un cuarto cercano a la entrada. Allí se encontró a sus hermanitos hechos un puño con la televisión a todo volumen para no escuchar la pelea que se libraba entre sus papás a unos metros de ellos. Marquitos – el más chiquito – lloraba desconsolado.

Gabelo se armó de valor y tomó entre sus brazos al bebé para calmarlo. Cuando lo logró, armó un pequeño fuerte con los colchones y las sábanas

de la cama y se metieron todos acurrucados en el refugio.

Al verlos más tranquilos, Nela cerró la puerta del cuartito detrás de ella y se dirigió hacia la cocina.

- ¡Me tenés harta! - gritaba Marbella al son de vidrios quebrándose contra la pared.

- ¡Dale! ¡Tírame otro!

Esta vez se escuchó el sonido de aluminio contra el piso.

- ¡Eso! ¡Desahogate! ¡A ver si acaso dejás de quejarte tanto!

Marbella lloraba descontrolada. - Ya no puedo más, Jorge. Ya no puedo más. Puedo aguantarme que no tengas trabajo – a mí no me da miedo salir a la calle a pedir plata si a eso llegamos –, me aguanto que salgás a tomar trago y llegués tarde a la casa cuando te esperan ansiosos tus hijos...io que ni siquiera llegués! He soportado miles de veces que llegués así, vuelto nada, hediondo a guaro. Me he aguantado incluso muchas de tus infidelidades, pero ya no aguanto más la humillación de que te vean de vago por la calle con esa mujer y su bebé mulato. Ya no voy a seguir haciéndome de la vista gorda. ¡Ya no más!

La Gringa llegó a Manuel Antonio cinco años atrás. Como muchos extranjeros, venía en busca de una vida más tranquila, para invertir su dinero y así echar raíces en el paraíso tropical. El turismo en la zona estaba en su mejor momento, y era normal ver nuevas caras por la calle convertirse en dueños de locales comerciales y tierras para desarrollar. La verdad es que Quepos siempre se caracterizó por ser un lugar de inmigrantes – desde la época en que llegó la familia de Efraín con la producción bananera –, y durante el apogeo del turismo no fue la excepción. Yo no me puedo quejar, mi negocito prosperó en gran parte gracias al turismo, pero fuimos cómplices del traspaso de tierra a manos extranjeras. Cada vez se inauguraban más hoteles y restaurantes por parte de franceses, españoles, alemanes, norteamericanos y cuanto otro cariblanco tuviera los medios para instalarse en Manuel Antonio, mientras los locales veíamos con asombro cómo perdíamos poco a poco nuestro patrimonio... y nuestros hombres.

Muchos de los extranjeros aportaron cosas buenas a la comunidad y hasta la fecha se caracterizan por ser personas respetables de la zona. Sin embargo, no todo aquel que venía a nuestras playas aportaba ese bienestar de cultura y valores. A la Gringa se la conocía por organizar fiestas de mala muerte donde las drogas y el alcohol abundaban y ocasionaban algarabías con los hoteles aledaños. Incluso, se rumoreaba que en esas fiestas era común que se organizaran orgías entre sus invitados, lo que escandalizaba a muchos en la comunidad por la amenaza

latente que representaban las enfermedades venéreas de las que tanto se escuchaba en los medios.

En una de sus tantas noches de parranda, Rata se enredó con la Gringa. Como muchos de sus amoríos, se pensaba que este no iba a durar. Pero la mujer lo perseguía hasta el cansancio y una y otra vez caía el pobre infeliz en su juego.

- Marbellita, mi vida es con vos, vos sos mi familia - le decía Rata mientras, de rodillas, le abrazaba sus prominentes caderas.

- No me toqués con esas manos asquerosas - Marbella lo empujaba para quitárselo de encima entre sollozos -. Te tenés que ir de aquí. No te puedo ni ver.

- Yo no me voy a ir de aquí. ¡Esta es mi casa!

- ¡No te quiero ver! ¡Salí! ¡Salí de aquí!

- ¡No me podés hacer esto!

- ¡Andate infeliz!

- ¡Callate Marbella!

- ¡Salí! ¡Salííííí! - le gritaba descontrolada.

- No, no, no, no. ¡No! - Rata se abalanzó hacia Marbella y la tomó por los hombros, presionándola con su cuerpo contra la pared.

Marbella comenzó a pegar alaridos mientras Rata buscaba con sus manos el largo cuello de su esposa para hacerla callar.

Gabriel y Nela entraron velozmente a la cocina para poner fin a tan desagradable escena. Gabriel tomó a Rata por la espalda y lo tumbó al piso. Marbella cayó de rodillas jadeando y tosiendo para recuperar la respiración. Nela la ayudó a ponerse de pie y le ofreció un vaso de agua. Rata permaneció en el piso. No valía ni un cinco entre su llanto y el hedor a vómito y licor barato. Los ojos tristes de Gabelo se asomaron por la puerta de la cocina y al ver a su mamá con los ojos hinchados de llorar corrió a abrazarla.

Gabriel se llevó a Rata al Café para bajarle los humos del alcohol. Nela se quedó ayudándole a Marbella con los chiquitos mientras se recuperaba de la impresión y sus manos temblorosas se sosegaban.

Bajo el gran aguacero, Gabriel caminó con paso firme mientras guiaba su bicicleta con un brazo y con el otro balanceaba a Rata, quien se

lamentaba a grito pelado y maldecía todas sus penas. Al cruzar por la cancha de futbol, Rata lo soltó y se quedó inmóvil en el medio de esta. Abrió los brazos y la boca para sentir las fuertes gotas de agua caer y humedecerle los labios, los ojos, la frente y las palmas de las manos, con la esperanza de que se lavaran todos sus males.

- ¿Qué hacés? - le preguntó Gabriel exasperado.

- Estoy esperando a que se abran los cielos y me caiga un rayo.

- ¿Te volviste loco?

- Puede ser - Rata soltó una gran carcajada. Pegaba brincos en la lluvia como trastornado -. No me queda nada si Marbella me deja, más vale me caiga un rayo y me mate.

- Dejá de decir idioteces, mae. ¡Vamos! Lo que vos necesitás es un buen café que te baje el guaro.

- Yo aquí me quedo, mi hermanito. ¡Yo aquí me quedo!

Gabriel se cuadró y le zampó un solo puñetazo en la cara a Rata que lo dejó noqueado en el barro de la cancha. Maldiciendo la necedad de su amigo, se lo echó al hombro y lo arrastró hasta la entrada del Café. Al verlos entrar me quedé atónita, pero Gabriel me pidió no hacerle preguntas y me quedé con las palabras en la boca. Le ayudé a preparar un café bien cargado y me despedí, dejándolos solos en la oficinita – puesto que todavía teníamos clientes a esas horas.

Un buen rato más tarde apareció Nela. Fue una pesadilla lograr apaciguar a las pobres criaturas ante el pleito de sus papás y no tuvo otra opción que quedarse hasta que cayeran rendidos. Para ese entonces, ya había escampado afuera y comenzaba a despejar el cielo, dando paso a una noche clara y serena. Los últimos clientes habían pagado sus cuentas y se dirigían hacia sus hoteles. Los muchachos de la cocina terminaban por el día y se encontraban sacando la basura y barriendo el salón. Nela encontró a Gabriel y a Rata en la oficina. Gabriel cabeceaba cuando la escuchó acercarse.

- ¿Cómo está Marbella? - le preguntó preocupado.

- Ya más tranquila, por dicha. Gracias por ayudar con Rata... ¿Qué diablos le pasó en la cara? - Nela se acercó a verle la ceja cortada y su ojo izquierdo con evidencia de haber recibido un fuerte golpe. Rata dormía plácidamente en la silla de la oficina, reposando su cabeza contra la pared y su boca abierta de par en par dejaba escapar una cascada de saliva que

le escurría sobre el hombro.

Gabriel levantó el puño y Nela pudo ver sus nudillos irritados. Lo guió hasta la cocina para poner hielo sobre su mano.

- Es cabeza dura ese Rata - le dijo Nela mientras le colocaba una bolsa de hielo sobre los nudillos.

- Literalmente... - contestó Gabriel y los dos se rieron.

Las manos frías de Nela se confundieron con el tacto helado del hielo que le brindaba gran alivio. Gabriel colocó su mano sobre la de ella. Nela se quedó fría, pero no rechazó el gesto. Disfrutaba sentir el calor de las manos fuertes de Gabriel. Él tomó su mano y suavemente delineó con sus dedos el contorno de las suaves manos de Nela. En silencio jugueteaba con sus dedos, mientras entrelazaba los suyos con los de ella. Acarició sus brazos pálidos – también estaban helados como sus manos. Sus suaves caricias poco a poco le devolvían el calor de vuelta al cuerpo. Nela sintió su corazón acelerarse con cada caricia, pero temía el camino por donde iba Gabriel y sus intenciones y se retiró de repente para ocuparse en otra cosa.

- ¿Estás bien? - le preguntó Gabriel.

- Sí, solo tengo que dejar todo recogido antes de cerrar...

Gabriel miró a su alrededor y vio una cocina rechinante de limpia. El acero inoxidable brillaba inmaculado y las paredes blancas de cerámica estaban impecables. Una pequeña sonrisa se le dibujó en los labios al ver a Nela ponerse nerviosa conforme él se le acercaba lentamente.

- Gracias por pasar la tarde conmigo - le dijo Gabriel.

Nela se recostó contra la pila de lavar y lo miró a los ojos. Sonrió y mordió el interior de su labio mientras observaba a Gabriel colocarse a tan solo centímetros de ella. Podía sentir su respiración pausada y el perfume de su piel con la cercanía. Su corazón palpitaba como loco, hasta sus mismos oídos cimbraban con el alboroto, y temió que Gabriel escuchara el escándalo que hacía. Gabriel tomó un mechón de pelo de ella entre sus dedos, sus suaves bucles habían desaparecido con el peso de la humedad. Poco a poco, mediante el jugueteo de sus manos, fue acercándose para acariciar su mejilla, pero Nela le quitó la cara abruptamente. ^¾ Ya es tarde ^¾ le dijo un tanto alterada.

Gabriel dejó caer su brazo y se alejó un poco. Lo tomó por sorpresa la reacción de ella. ^¾ ¿Está todo bien? ^¾ preguntó consternado.

- Sí. Todo bien - contestó Nela cortante.

- No era mi intención hacerte sentir incómoda.

Nela exhaló. Todo este tiempo parecía sostener la respiración mientras su corazón daba brincos y saltos. Inhaló profundamente y le dijo: - Yo... - esquivó su mirada -. Yo no soy lo que estás buscando - se encogió de hombros y fijó su mirada en el piso.

Nuevamente Gabriel dejó aparecer esa sonrisa cautivadora. Esa sonrisa que dejaba en evidencia que donde él ponía el ojo, ponía la bala. - ¿Cómo podés saber qué es lo que ando buscando?

- No lo sé. Pero no soy yo.

Gabriel se rascó la cabeza tratando de pensar y su cabellera quedó aún más despeinada.

- ¿Por qué no pasamos más tiempo juntos? ¿Qué vas a hacer mañana? - le dijo finalmente.

- No es buena idea. Mañana tengo que trabajar de todos modos.

- No me la vas a hacer fácil, ¿verdad?.

- Es mejor que se vayan. Rata necesita descansar... y vos también.

Rata se había levantado y se sostenía abrazado de una columna como mono en ventolero.

Desalentado, Gabriel tomó a Rata y colocó su pesado brazo alrededor de su cuello. Se despidió de Nela con un apretón de manos incómodo y salió del Café a la oscuridad de la noche con Rata a cuestas. Con dificultad llegaron al lobby del hotel. Rata arrastró sus pies descalzos hasta el elevador que los llevaría al cuarto. Con lo último que le quedaba de fuerzas, Gabriel tumbó a Rata sobre la cama - lo sorprendía lo pesado que era a pesar de su escuálida figura. Hizo un esfuerzo por arrojárselo pero Rata sacudió sus brazos y tornó imposible la misión, por lo que Gabriel lo dejó explayado sobre el colchón.

- ¿Te gusta, verdad? - susurró Rata entre despierto y dormido.

- ¿Qué me gusta? - preguntó Gabriel mientras ordenaba unos papeles sobre el escritorio.

- Nela.

- Dormite, huevón.

- ¡Te gusta!

- Otra vez andás diciendo idioteces. Mejor dormite.

- Es complicada la Nelita. Esconde una historia oscura, la pobre. Nadie sabe cuál es – solo doña Eva –, pero se le ve en lo profundo de su mirada. Es encantadora, eso sí... esa es su coraza -. Rata se quedó dormido.

Capítulo 8

7.

La Bruja de Arena

A la mañana siguiente, Gabriel se despertó con los ronquidos de Rata desde la cama de al lado, su pecho subía y bajaba al compás de los sonidos de sus fosas nasales y ni el mayor de los escándalos lograría despertarlo del hoyo negro de sus sueños.

Gabriel miró el resplandor de los dígitos de luz azulada en el reloj despertador de la mesa de noche y se percató de que apenas estaba amaneciendo, pero los ronquidos de su compañero y las últimas palabras que pronunció antes de caer rendido impidieron que Gabriel conciliara el sueño nuevamente.

Se bañó, se vistió y salió de su cuarto. Los hoteles conservan la maravillosa característica de ser lugares que nunca duermen – especialmente aquellos donde su gran atractivo reside en el vicio del juego y las máquinas tragamonedas de un casino. Al salir del ascensor, el vestíbulo parecía una calle congestionada en hora pico – la recepción semejava una oficina del gobierno, con filas de gente esperando gestionar su salida o su llegada tratando educadamente de sobrellevar la tramitología de la burocracia; un fuerte aroma a café ralo y fritura conducía a los comensales somnolientos hacia el comedor para empezar la mañana con un buen desayuno, antes de embarcarse en un tour hacia las playas más recónditas del Pacífico Sur; el sonido que emitían las rueditas de las maletas transitando por los pasillos donde el alto, el ceda y el pase mantenían la cordialidad de los huéspedes a esas tempranas horas, completaba el panorama del hotel por la mañana.

Salió por las puertas del vestíbulo y al dejar el ambiente seco y fresco gracias al aire acondicionado, lo golpeó una ola de humedad y calor propiciado por el vertiginoso aguacero de la noche anterior. El eco de las campanadas de la iglesia llamaba a Gabriel a la primera misa del día – no porque fuera religioso, sino porque sabía que allí encontraría las respuestas que andaba buscando. Siempre empecé mis mañanas con la primera misa del día, a las seis en punto. Desde que tengo memoria, he sido fiel a los sermones del padre Joaquín – supongo que al no ser religioso Efraín, yo asumía la responsabilidad de rezar por partida doble.

Por lo general, faltando cinco para las seis tomaba asiento en la primera fila de bancas. Me inclinaba en el reclinatorio y con el rosario en la mano, le pegaba una oracioncita a la Virgen de los Angeles, otra a San

José, a San Antonio, a San Miguel Arcángel y a la Santísima Trinidad. Estaba tan inmersa en mis plegarias que no vi cuando Gabriel entró y se me sentó al lado. Fue cuando nos tomamos de las manos para rezar el Padre Nuestro que me percaté de su presencia. El muy bandido recitaba obedientemente cada uno de los versos del salmo responsorial seguido de cada contestación que requería la liturgia – en ese momento estaba segura de que algo quería el condenado, ya que desde chiquito le huía a todo lo que tenía que ver con religión; en más de una ocasión se hacía el enfermo para no acompañar a su mamá a misa los domingos.

En el momento en que el padre Joaquín nos dio la bendición y exclamó 'podéis ir en paz', Gabriel se me pegó como una tachuela y me siguió hasta la entrada de la iglesia.

- Doña Eva, permítame acompañarla por favor - me dijo muy cortés.

- ¡Claro mijo! ¿A qué se debe este honor?

- Si no le molesta, quería aprovechar para hablar con usted un momento.

- ¡Para nada muchacho! Eso sí, vas a tener que acompañarme a la feria, porque los viernes tempranito es cuando se encuentra el mejor producto y no me quiero retrasar.

Caminamos derechito por Avenida 2 hasta llegar a la feria frente al Parque Central de Quepos. Entre las muchas cosas que debía conseguir, Nela me había encargado semillitas de anís para preparar sus famosos bollitos de pan brioche. Hacía una lista mental: berenjena, listo; culantro, listo; chile dulce, don Porfirio está muy caro, mejor le compro a doña Lena; cebollitas, unos dos kilos es más que suficiente – aunque debería aprovecharme de la fuerza de Gabriel y llevar tres, listo. Iba tachando en mi cabeza cada cosa que metía en las bolsas que me llevaba Gabriel con diligencia, pero no podía olvidar el anís. Frente al puestito de especias de doña Hanna Campbell y con las semillitas ya en mis manos, finalmente le pregunté: - ¿Qué era lo que querías hablar conmigo?

Aclaró su garganta, respiró profundo y me dijo: - Quería que me contara un poco más sobre Nela.

- ¡Ah! Me imaginé que por ahí andaba la cosa. Contame vos a mí – y perdoname si te parece un poco chapado a la antigua, pero vos sabés que así soy yo –, ¿cuáles son tus intenciones con ella? Y no te me vayás a hacer el loco, ¿oíste? Si he visto cómo te le quedás viendo...

- Doña Eva, para serle muy sincero, la verdad, es que no sé. ¿Me gusta? Sí. ¿Me gustaría llegar a conocerla mejor? También. ¿Hacia dónde

va esto? Ni idea. Pero créame que sean cuales sean mis intenciones, le aseguro que son buenas.

- ¿Asumo que entonces ya estás más contento?

- ¿Contento por qué?

- De haber regresado a tu tierra, muchacho de Dios.

- No, igualmente ya muero por regresar. Pero mi papá se encargó de hacerme quedar por un rato, así que... ¿Qué me queda?

Bajé mis anteojos y los reposé sobre la punta de mi nariz. Lo miré hacia arriba – la verdad es que Gabriel era bien alto. Ese día andaba una camisa de algodón blanca que reflejaba el calor húmedo de la mañana, unos pantalones de mezclilla rotos en los ruedos y unas chancletas – que si me preguntan a mí, parecía un gringullo más del montón. Lo miré fijamente. Ya no lo reconocía.

- ¿Entonces para qué carajos quieres que te cuente nada si ya tenés un pie en el avión? Oíme una cosa Gabo...

- Gabriel, doña Eva.

- ¡No me importa! Gabo, Gabriel, cómo diantres sea - la verdad es que había acabado con mi paciencia -. ¡A Nela la respetás! ¿Me entendés? Si lo que querés es pasar un buen rato con ella, de una vez te lo digo: ¡A otro perro con ese hueso!

- Doña Eva, por favor no se ponga así. Me salió mal, no lo quise decir así. No voy a esconder la verdad, en algún momento tengo que regresar. No se puede tapar el sol con un dedo. Si la idea de mi papá era que me quedara aquí, estaba muy equivocado -. Respiró profundo y se humedeció los labios -. Con Nela me siento diferente. Me siento... ¡bien! Es una sensación extraña, me cuesta mucho explicarlo. Lo único que le pido es que se ponga la mano en el corazón y me saque de esta miseria, porque realmente necesito saber más de ella. No quiero perder la oportunidad de conocerla mejor solo porque puede o no ser algo pasajero. ¿Me entiende?

Me le quedé mirando. Mi silencio hablaba por sí solo. No era mi historia para contar y no me sentía cómoda compartiéndola con Gabriel. Nela sufrió mucho en su pasado y confió en mí sus más oscuros secretos – yo no podía traicionar esa confianza. Sabía que era eso lo que buscaba Gabriel. Estaba segura de que había escuchado la habladuría en el pueblo y quería indagar más al respecto – o de lo contrario, ¿por qué tanta

curiosidad?

- Disculpame muchacho, pero no puedo contarte nada que no sepás ya - le dije finalmente mientras le pagaba a Hanna las semillitas de anís y unas astillas de canela.

Las semillitas en mi mano me traían recuerdos de cómo el aroma permeaba por todo el Café cada vez que Nela le preparaba té de anís a Gustavo, acompañado de sus deliciosos bollitos de pan brioche con semillas de la misma especia. Sus propiedades curativas ayudaban a calmar los espasmos abdominales que sufría mi querido amigo a lo largo de su enfermedad. Anuente al uso que le brindábamos a su producto, Hanna nos reservaba todas las semanas suficientes semillas para preparar el té y cuantos mejunjes se inventaba Nela para aliviar los síntomas de Gustavo.

- Doña Eva, ¿por qué tanto misterio? - me preguntó mientras cruzábamos la calle hacia el parque. Tomé asiento en una banquita para descansar la hinchazón de mis pies. Me quité los zapatos y estiré las piernas. Ya me estaba empezando a doler un poco la rodilla también y necesitaba el reposo. Mi mirada se perdió en el juego de unos chiquillos en los subibajas - se reían a carcajadas mientras uno despegaba con fuerza del suelo para quedar colgando en el aire y el otro con su peso menudo lo sostenía unos segundos para luego repetir la misma hazaña e impulsarse hacia el cielo. Pensé en ese momento cómo ningún niño merecía crecer solo y enfrentar las amenazas del mundo perverso sin nadie para defenderlo. Miré a Gabriel y reconocí en él la dulce mirada de Gustavo y me lamenté por él. Fueron tantos los años perdidos sin poder disfrutar a su papá - a causa del misterio y los secretos.

Gabriel se arrodilló y me tomó las manos. La misma mirada que Gustavo solía hacer de perrito arrepentido enternecía mi corazón. Veía en él también la determinación de Leonor - decidida a obtener lo que se propusiera -, y entendí en ese instante que rompería mi promesa.

Respiré profundo y coloqué en sus manos las semillitas de anís. Gabriel me miró confundido, pero antes de que pudiera decir algo le dije: - Cuando Nela me confesó su triste historia, se encontraba amasando los mismos bollitos de pan con anís que después le hizo en más de una ocasión a tu papá para calmar su agonía en lo peor de su enfermedad. Amasaba la masa con delicadeza mientras incorporaba las pequeñas semillas que le brindan el más delicado sabor a los dulces pancitos. Ese día, en uno de mis esfuerzos por congraciarse con la comunidad, Nela preparó los bollitos para llevarlos al rezo después de misa. Amasaba con esmero - al principio ingenuamente, al igual que yo, creíamos que así los vecinos llegarían a quererla - y la preparación de esos pancitos la hizo con todo el cariño del mundo. Ella amasaba y yo conversaba. Esa era nuestra dinámica. De tanto hablar y hablar supongo que la contagié y por primera

vez logré que ella compartiera conmigo un vestigio de su pasado. Cuando logré amarrar mi lengua, Nela me contó sobre su vida antes de llegar a Quepos. ¡Qué llorada nos pegamos ese día! Las cálidas lágrimas de Nela se derramaban sobre la masa y mi café quedó impregnado por las mías. Cuando llevé los pancitos a la iglesia sentía dentro de mí una profunda tristeza. Con un nudo en mi garganta y un hueco en el estómago repartí los bollitos recién horneados. Al terminar de digerir los panes aquella reunión parecía un velorio. El padre Joaquín lloraba amargamente y consolaba a los feligreses que inundaban el salón con sus lágrimas. Esa tarde tuvimos que acudir al cuerpo de bomberos para que nos ayudara a desaguar el gran salón de la casa cural. Después de eso pensé que me vetarían de los rezos por las tardes, pero para mi gran sorpresa, al día siguiente me llamaron para que llevara más de esos pancitos que los libraba de sus más terribles desconsuelos para dar paso a la serenidad y al tierno abrazo de paz en sus corazones. ¡Y cómo tenían razón! Al día siguiente de escuchar la historia de Nela me sentía regocijada, como si me hubiera quitado un gran peso que llevaba a cuestas. Caminaba más erguida, con la cabeza por las nubes y el dolor de mis pies no me molestó por varios días – hasta abusé poniéndome tacones para verme más coqueta. ¡Claro! Les llevé pancitos unas dos o tres veces más a los muy ingratos y después de ver el odio que albergaban en sus corazones decidí no librar más la batalla a favor de Nela y los dejé con sus angustias.

Gabriel me escuchaba atento; tenía los ojos bien abiertos y en la luz de esa mañana se le habían tornado de un color dorado como la miel.

- Por favor, prométeme que no la vas a lastimar - le dije.
- Doña Eva, puede confiar en mí.

No sé si fue mi alma de romántica empedernida o la sinceridad con la que Gabriel apretaba mis manos y sostenía mi mirada de vieja, pero fue en esa banquita en el concurrido Parque Central de Quepos donde le confié a Gabriel los secretos del pasado de Nela. Sentía en lo más profundo que ese era el inicio de un gran amor y le rogaba a Diosito no estarme equivocando.

Nela nació en San José un nueve de setiembre de 1972. Su mamá duró en labor de parto casi tres días – como si desde antes de llegar al mundo Nela supiera lo que le esperaba y se rehusara a nacer. Con la ayuda de una partera, Nela vio la luz del mundo que se permeaba por las hendiduras de una chocita de madera en una alameda en el centro de Barrio México. Poco antes de quedar embarazada, su mamá había perdido el trabajo y no contaba con seguro médico, por lo que Nela desde su primer día llegó a

vivir las incomodidades de aquellas cuatro paredes.

Nela sufrió el rechazo de su madre desde el vientre. Al quedar embarazada, lejos de cuidarse, su mamá entró en una depresión severa que casi culmina en el aborto de Nela durante el segundo trimestre de gestación; pero ella no pudo con el cargo de conciencia y no volvió a poner pie cerca de aquel consultorio de mala muerte al sentir en sus adentros las primeras pataditas de su bebé. Cuando Nela casi la mata al nacer, quedó moribunda en la cama por varios días. Había perdido mucha sangre y las vecinas que la cuidaban la revivieron a punta de compresas de agua caliente. Cuando finalmente recobró la conciencia, no pudo cargar a Nela en sus brazos. No la podía ni ver a la pobre criatura. La leche nunca le bajó a sus pechos; entonces Nela fue amamantada por su vecina Felicita que para ese entonces había parido a su quinta cría y la leche fluía libremente de sus protuberantes senos.

Nela no conoció a su papá. Si su mamá conocía la identidad del hombre que la dejó preñada ya era mucho mérito. En la época moderna de la luz eléctrica, el agua caliente y la televisión, Nela vivió la mayoría de su infancia bajo la penumbra de una triste candela porque su madre no cumplía con los pagos básicos. Cuando les cortaban el agua, desde que era una mirrusca Nela se escabullía al baño público de la estación de buses para enjuagarse con el agua del lavamanos su carita, el cuello y los brazos.

Lo único de niñez que Nela rozó era haber nacido el día del niño, pero fuera de eso la infancia de Nela se caracterizó por condiciones poco salubres, una tripa que le sonaba por las noches al dormir en un colchón raído sobre el piso y una mamá ausente que – aunque compartieran los mismos pocos metros cuadrados – distaba de Nela y su existencia.

Cuando Nela cumplió diez añitos, su mamá por fin sostenía un trabajo medianamente estable como asistente en una verdulería en el mercado central. Estaban por ajustar seis meses de vivir en el mismo lugar en un pequeño cuarto sobre un restaurante chino en el centro de San José. Las cosas parecían pintar un poco mejor para la pequeña Nela hasta el día en que su mamá se reencontró con Chupita. Su mamá y Chupita habían sido novios tiempo atrás, mucho antes de que Nela llegara a este mundo. Rápidamente su mamá acomodó a su nuevo novio en la pieza donde vivían y Nela fue relegada a un pequeño catre que don Wong les prestó para que durmiera. Lo cierto es que Chupita venía saliendo de la Reforma y no tenía dónde caer muerto. Fue sentenciado a doce años de cárcel por homicidio, pero al cumplir ocho años de su condena logró salir por buena conducta, sumado a una resolución precipitada del estado al problema de hacinamiento en los centros penales del país.

Al poco tiempo de salir de la cárcel, Chupita se puso a trabajar como taxista informal. Pero una noche que se había pasado de tragos

terminó por atropellar y matar a un indigente, lo que lo devolvió a los confines de las celdas por un año más. Chupita se refugiaba bajo la excusa de que la segunda sentencia dictada por el juez no le permitía conseguir trabajo por un periodo de cinco años luego de ser puesto en libertad, y se quedaba en la casa todo el día. También había perdido su licencia de conducir como parte de la condena, así que por más que un conocido le prestara una carcacha para andar pirateando, no podía cumplir con esa labor. A raíz de tener que alimentar ahora no a una, sino a dos bocas en la casa, la mamá de Nela se vio enfrentada a aumentar su carga laboral y adquirió un segundo trabajo en el turno de madrugada en un bar de segunda por el mercado, sirviendo guaro barato a los borrachos.

No tardó mucho tiempo para que Chupita se rindiera ante el vicio del alcohol y las drogas. Empezaba temprano en la mañana con un par de cervezas y ya para el mediodía se había pegado al pico de las botellas que conseguía de contrabando con los chinos del Wing Hop Fung a la vuelta de la esquina. El crack llegó después. Por medio de una amistad se hizo de un 'dealer' que cerraba sus negocios en un barrio recóndito del sur de San José. Nela se hacía un puñito debajo de las sábanas de su catrecito cuando escuchaba que llegaba su mamá a altas horas de la madrugada y Chupita la recibía con un manotazo en la boca.

- ¿Qué son estas horas de llegar? Fijo te andabas culeando a esos dominicanos de mierda como la turra que sos - le gritaba cuando se ponía violento.

La mamá de Nela recibía los golpes que la tumbaban al suelo, pero su mirada perdida, con el rímel corrido y su languidez eran señales de tener la cordura en otro lado. Después de descargar su furia contra el mundo en el endeble cuerpo de la mamá de Nela – que al poco rato se levantaba, se servía un vaso de agua y se metía al baño a lamentar sus malas decisiones –, Chupita caía inconsciente en el colchón bajo los efectos alucinantes de la droga y el alcohol.

En otras ocasiones, a la llegada de su mamá a casa, el recibimiento de Chupita se tornaba en una lucha cuerpo con cuerpo que comenzaba por presionar a la mamá de Nela contra la pared en donde le desgarraba la camisa y le arrancaba el sostén. Si ella trataba de apartarlo, la agarraba con más fuerza y le estrujaba los pezones hasta lograr endurecerlos. Dibujaba con su larga lengua el contorno del cuello de ella y le mordía con firmeza los lóbulos de las orejas hasta que un par de gotas tímidas de sangre se asomaban por sus poros. Cuando lograba finalmente excitarla, ella se despojaba del resto de sus prendas y en una euforia sexual lo conducía hacia el mugroso colchón a punta de empujones y trancazos cargados de furia, deseo y ardor pasional. Les valía siete puntas de pepino que a tan solo metros de distancia, en la misma habitación, una pobre criaturita se escondiera en un hueco que había fabricado entre el

catre y la pared y se cubriera con una delgada sábana para protegerse de la batalla carnal que se libraba en el colchón vecino. Nela cerraba los ojos y los apretaba con fuerza, se tapaba los oídos con sus dedos y trataba de quedarse inmóvil, sin emitir sonido alguno que delatara su presencia. En esos momentos en que llegaba su mamá a la casa Nela le rogaba a Diosito que le brindara el poder de la invisibilidad – o mejor aún, el poder de teletransportarse lejos de ese cuarto con olor a cantonés y a sexo.

En su afán por prevenir la violencia provocada por Chupita y su consumo de estupefacientes, Nela sustituía el crack por una pasta de harina, bicarbonato de sodio y azúcar cuando este se descuidaba y se perdía en los píxeles de la pantalla del televisor que le ganó a un pobre tonto en una apuesta. Asimismo, las botellas de licor Nela las diluía con agua y gotas amargas y el resto del contenido lo evacuaba por el remolino del inodoro.

El día que Chupita le recetó a la pequeña Nela su primera paliza, el olor caramelo del azúcar cocinándose recubría los rincones de la pocilga que se había convertido en su hogar. Chupita hurgaba como loco en sus escondites debajo de la cerámica del baño y detrás de la cocina, mortificado por encontrar sus piedras. Cuando se pegó a la boquilla de su botella para apaciguar la ira, expulsó una violenta aspersion de líquido por su boca y fosas nasales al entrar en contacto con el sabor amargo de las gotas; en vez de sentir el enjuague incandescente del alcohol bajar por su esófago, tenía el resabio dulce y refrescante del agua.

Con cada golpe que descargaba sobre ella – marcando irremediamente la piel y la memoria de la pequeña niña –, Nela cedía poco a poco ante el dolor en todo su cuerpo hasta terminar tumbada indefensa en el piso. Hizo un esfuerzo por levantarse, pero no logró pasar de las rodillas. Con un `crack`, escuchó el fuerte crujido de su costilla derecha quebrarse y se retorció del dolor. Nela tomó fuerzas para no dejarse vencer y abrazándose el costado se puso de pie sin quitarle la mirada a los frágiles cristales de la habitación, conjurándolos a quebrarse. `Crack`, `crack`, `crack` se escuchaba todo a su alrededor conforme se iban resquebrajando las ventanas del cuartucho. `Crack` y aparecía una fisura en las botellas que dejaban escurrir el líquido en su interior, formando un gran charco sobre la mesa; `crack` sonaba la vajilla y los vidrios que cubrían unas ventanitas en los gabinetes de la cocina; `crack`, `crack`, `crack` y la botella en la mano de Chupita derramó por todo el piso su líquido estafador disfrazado de amargura. Fúrico de ver cómo Nela se resistía con su mirada inmovilizada, no aguantó la actitud retadora de la pobre mocosa y le administró una fuerte bofetada que la volvió a tumbar. El estallido fue estridente. Al caer la niña al piso una lluvia de vidrios bañó el interior de la pieza seguido del tintineo que producía sobre todas las superficies de aquella pocilga, las cuales quedaron cubiertas por cristales como reguero de escarcha. El estruendo fue tal, que el señor Wong corrió a ver qué estaba pasando en el cuarto que alquilaba y al toparse con

aquella escena tomó a Nela en sus brazos y se la llevó al Hospital de Niños.

- ¡Me va a pagar! - le gritaba a Chupita -. ¡Esto me lo va a pagar!
¡Hacel maletas y se va!

Al día siguiente, Nela salió del hospital directo a un albergue del PANI. Su estadía no fue larga y pronto regresó con su mamá que para sorpresa de Nela había movido cielo y tierra para recuperar a su hija. Volvió a otro cuarto ubicado al costado del Parque de las Garantías Sociales, contiguo a la panadería El Buen Pan. Por unas semanas Nela disfrutó de la tranquilidad de vivir sola con su mamá, pero la paz fue efímera porque en un abrir y cerrar de ojos había vuelto Chupita a sus vidas.

Desde entonces Nela mantuvo su distancia. Cuando regresaba de la escuela se quedaba deambulando por el parque o miraba fascinada las vitrinas de la panadería que exhibían orgullosas gran variedad de panes: pan dulce, pan de canela, pan con queso crema, manitas de pan, pan baguette, cachos de hojaldre rellenos de crema pastelera, pan con queso, orejas, buñuelitos para la cena, cangrejos, tamal de elote, pan de maíz, bizcochos, enchiladas, costillitas rellenas de mermelada, entre otras delicias. Una tarde, la esposa del panadero la pescó pegada a la vitrina con la boca hecha agua. La invitó a la cocina y le ofreció un pan con mermelada y mantequilla. Nela se lo devoró en dos mordiscos – no había probado bocado desde la tortilla con queso que se preparó a escondidas de su mamá aquella mañana – y la señora, enternecida por la niña, le ofreció otro pancito. El panadero en ese momento estaba sacando del horno una nueva receta de queque navideño para las vísperas de Navidad que estaban a la vuelta de la esquina. Le ofreció a Nela un pedacito y ella, que era bien viva y prestaba mucha atención a las conversaciones de los adultos en la calle, le dijo que le faltaba macerar más las frutas en ron.

- No lleva ron - le contestó el panadero -. Solo le puse unas gotitas de esencia para darle sabor. ¡Tengo que cuidar mis costos!

- ¿De qué sirve cuidar los costos si no vende? ¿De qué sirve hacer las cosas si no se hacen con cariño? ¡Hágame caso! Deje remojando las frutas en ron y azúcar por un día y verá la delicia de quequito que le queda - le dijo bien confiada la niña.

Los dulces ojos verdes de Nela convencieron al panadero de seguir su consejo. Esa Navidad no dio abasto con los encargos de queques para las fiestas. Como era época de vacaciones, Nela se escabullía de su casa y llegaba puntualita a la panadería para ayudarlo a preparar los queques. El panadero se llamaba Virgilio, pero todo el mundo le decía Chispa porque se encanfinaba rapidito cuando algo no salía como quería. Con Nela, sin embargo, siempre fue muy dulce y le enseñó todos los

trucos del oficio. Con Chispa, Nela aprendió a hacer masa madre, aprendió sobre la fermentación del pan cuya levadura toma los nutrientes de la sal o el azúcar para convertirlos en dióxido de carbono y alcohol, aprendió cómo amasar y cómo formar y trenzar los más ricos panes de todo San José.

Por varios años Nela se mantuvo entretenida aprendiendo en la panadería con tal de no estar en su casa. Al invertir todos sus esfuerzos para estar lejos de Chupita, se fue alejando cada vez más de su madre, hasta el punto de que la veía como una completa desconocida. En las noches esperaba a que Chupita cayera inconsciente antes de entrar de puntillas y guarecerse en su cama. Su mamá nuevamente se encontraba entre trabajos y acompañaba a Chupita a beberse hasta el agua de los floreros. Era común que Nela entrara a la pieza y tuviera que hacerse camino entre la montaña de latas de cerveza de contrabando que abrigaba a su mamá. Por pura chiripa conservaron la pequeña pieza que llamaban su hogar gracias a un conocido de Chupita que le debía unos cuantos favores. Solo así fue como lograron permanecer en un solo lugar por varios años sin ser desalojados por falta de pago. Además, Nela empezó a notar que Chupita al cabo de un tiempo de no producir un cinco, esporádicamente traía a la casa un fajo de billetes producto de un menudeo de venta de crack de su propio botín.

Nela pasó los mejores años de su desolada infancia en aquella modesta panadería junto a Chispa y doña Manuelita, su esposa. Luego de aquella exitosa temporada navideña, Nela fue recibida con los brazos abiertos en aquella cocina con olor a levadura y pancito recién horneado. Al terminar las vacaciones de verano, Nela salía de la escuela apenas tocaban la campana, derecho a la panadería. A diferencia de los demás niños de su edad, Nela disfrutaba del trabajo en lugar de holgazanear por las tardes en el parque. Mientras la niña Rosita impartía un dictado durante una larga clase de Español, Nela soñaba con preparar aquellas tersas masas y formarlas con sus pequeñas y delicadas manos, las cuales con el tiempo y la práctica adquirieron mayor agilidad para bolear los deliciosos bollitos que se vendían en un abrir y cerrar de ojos a la hora del café.

A pesar de que don Chispa le hacía honor a su apodo al ser como un polvorín rabioso, Nela aprendió junto a él el arte de tener paciencia. "El levado de la masa no se puede, ni se debe apurar, Nelita", solía decirle mientras esperaban que una tanda de masa saliera del levador al cabo de inflarse imperiosa al doble de su tamaño. "Hay que dejar que solita la masa crezca. Cada tanda tiene su ritmo y hay que aprender a respetarlo. Vas a ver que así es la vida, mi chiquita: todo viene a su tiempo." Entre amasada y amasada, Nela recibió los mejores consejos de don Chispa y su amorosa esposa, quienes al poco tiempo de conocerla se habían convertido en los padres adoptivos que Nela añoraba. Y no es que no quisiera a su mamá, porque a pesar de todo era su mamá y la única

familia que tenía, pero junto a los panaderos se sentía protegida y apreciada, algo que quedaba de la puerta de la panadería para adentro todas las noches que debía irremediablemente volver a su casa.

Cuando la mamá de Nela se enteró del paradero de su hija todas las tardes después de la escuela, lejos de agradecerlo y alegrarse de la felicidad de su pequeña, montó en cólera y se empeñó en complicarle las cosas, no solo a Nela, sino a don Chispa y a doña Manuela.

Aquel día en que la mamá de Nela entró a la panadería para sacar de allí a su hija de las mechas, se armó todo un escándalo que por poco sale en el periódico. Aquella mujer entró pegando alaridos reclamando que en aquel lugar explotaban a menores de edad con trabajo forzoso, hasta altas horas de la noche y sin reconocimiento económico alguno. Los amenazó con denunciarlos al PANI, al Ministerio de Trabajo y a la Fuerza Pública si era necesario.

Nela le rogó a su mamá que por favor la dejara quedarse en la panadería. Trató de hacerla entender que para ella no era ningún trabajo y mucho menos un abuso como lo estaba planteando ella, más bien era un placer acompañar a don Chispa y a su señora en la labor de confeccionar los más ricos panes de toda la ciudad. Sin embargo, don Chispa, quien no tenía un pelo de tonto, sabía perfectamente cuál era el verdadero motivo detrás del alboroto suscitado por la frenética señora. A la madre de Nela le importaba un comino la felicidad de su hija y le valía nada si la explotaban o no. Lo que no soportaba era no ver un solo cinco fruto de su trabajo, cuando durante años la niña no hacía más que representar gastos para ella y drenarla de gran parte de sus escasos ingresos. La madre de Nela cuando se trataba de plata era muy viva, y sabía que en esta instancia si se lo proponía tenía todas las de ganar.

A pesar de que don Chispa no temía las amenazas de la señora, llegó a un acuerdo con ella por el bien de la pequeña Nela. Eso sí, le dijo que parte del salario de la niña se lo daría en especie brindándole alimentos nutritivos cuando llegara de la escuela y antes de irse a su casa en la noche, además de proveer cuidado digno de la menor. El resto del salario que devengara se lo daría directamente a Nela al final de cada quincena, ya que estaba seguro de que era una niña responsable y lo administraría de la mejor manera. La señora no quedó muy convencida e insistió en que el dinero se lo debía entregar a ella misma, siendo ella la adulta responsable por la niña y sus finanzas. Don Chispa se plantó y le dijo que si no se hacía a su manera, no habría trato. Además, le recalcó a la madre de Nela que no le convenía hacer un alboroto en el PANI dado el historial que ya de por sí tenía allí. Ante la mención de esto, la señora peló los ojos como platos y no pudo contener la cachetada que le plantó a la pobre niña en la cara delante de todos. Un silencio cortante descendió sobre el pequeño local mientras la perturbada madre miraba con ojos de loca a su alrededor. Chispa colocó sus brazos alrededor de Nela y la alejó

de su mamá, pero esta en un arrebató la tomó fuerte del brazo y se la llevó arrastrada del lugar mientras la reprimía por "ser tan sapa" y andar aireando por ahí los trapos sucios de la familia.

Esa noche don Chispa y doña Manuelita pasaron la noche en vela pensando en el bienestar de aquella dulce niña de ojos verdes y corazón de oro. No podían creer que una criatura tan buena procediera de una persona tan perturbada y egoísta.

Al no pegar ojo, ese día iniciaron sus labores en la panadería más temprano que de costumbre. Doña Manuela se amarró el delantal y se dirigió a prender las luces del local mientras su esposo se tomaba un café con leche para iniciar lo que pintaba ser un largo día. Doña Manuelita se llevó el susto de su vida cuando al elevar la cortina metálica del local se topó con una incandescente chinga de cigarrillo en medio de la oscuridad que abrazaba la madrugada y detrás de esta divisó la silueta de aquella mujer, con el pelo alborotado y los ojos pesados producto del alcohol que la intoxicaba.

- ¿Qué quiere? - le dijo doña Manuela apenas se compuso del sobresalto.

- Dígale.. a sssu esposso... que tenemoss un... trato - la mujer hablaba con dificultad. Le dio un largo jalón al cigarro antes de continuar y exhaló una gran nube de humo que descendió como una cortina entre las dos, mientras doña Manuela sacudía los brazos y tosiendo trató de disipar el denso humo -. Essso sssí... - continuó -, quiero a la güila en la chozzza... apenasss sihaga... de noche. Y no quiero bronccass. ¿Mioyó?

Doña Manuela asintió y vio a la mamá de la niña alejarse calle abajo mientras se tambaleaba y murmuraba palabras ininteligibles.

Nela no podía estar más realizada cuando llegó aquella tarde a asumir su rol en la cocina de El Buen Pan. Doña Manuela la recibió con un delicioso casado con carne mechada, ensalada de caracolitos, arroz, frijoles y platanito maduro, acompañado de un rico fresco de cas. Nela se lo devoró en dos bocados. Tenía mucho afán por empezar a trabajar con las masas y no tenía tiempo que perder, pero doña Manuela se cruzó de brazos y se empeñó en enseñarle a la niña buenos modales en la mesa.

- De aquí no te levantás hasta que te vea comer como toda una señorita - le dijo.

- Porfis, doña Manuelita. ¿No ve que don Chispa me está esperando?

- Ese viejillo cascarrabias puede esperar.

Nela no pudo evitar soltar una risilla y respondió: - No es tan cascarrabias... Me ha enseñado tantas cosas.

- Lo sé, mi vida. Ahora a comer bien, que tenés que estar fuerte para que esos panes crezcan hermosos.

Nela desarrolló una ansia por conocer más sobre el arte, no solo de la panadería sino de la cocina en general. Luego de devorarse todos los libros que conservaba don Chispa en un enclenque archivero con páginas amarillentas, hojas desprendidas y recetas de panes y pasteles fechadas en los años cincuentas, doña Manuela la sorprendió con una colección de libros nuevos con fotos a todo color y consejos prácticos explicando la ciencia detrás de los alimentos y la infinidad de creaciones con cada uno de ellos.

Con el tiempo y esmero de la bondadosa pareja de panaderos, Nela pasó de ser una pequeña niña escuálida de piel pálida y ojeras bajo aquellos grandes ojos del color de las esmeraldas, a una joven con modales refinados, una tersa piel brillante y unos cuantos kilitos de más que al cabo de los años moldearon sus incipientes formas de mujer. Nela topó con suerte al desarrollarse tarde. Pero cumplidos los dieciséis años sus caderas se ensancharon, su busto creció y le dio la bienvenida a la odiosa odisea periódica que acompaña al ciclo de la mujer – su cuerpo había dejado atrás la inocencia de una niña y para asombro de muchos se había convertido en una hermosa mujer. Chupita no tardó en percatarse. Una fatídica tarde de verano que su mamá se encontraba buscando trabajo en cuanto comercio se topaba, Nela preparaba unos bollitos rellenos de queso en la cocinita de la pieza. Estaba muy emocionada porque se había inventado una receta y quería sorprender a don Chispa con su creación. Con varios tragos adentro, Chupita se le acercó por detrás mientras ella amasaba los últimos bollitos de la tanda. Chupita tomó el movimiento que ejercía Nela sobre la masa como una invitación a lo prohibido. Nela se quedó fría al sentir su mano deslizándose como culebra venenosa por debajo de la falda del vestido que llevaba puesto. Trató de correrse y esquivarlo, pero los fuertes brazos de Chupita formaron una jaula a su alrededor y no tenía escapatoria. Se le acercó más y la subyugó contra el mueble de la cocina cuando sintió el bulto entre sus piernas endurecerse contra su cuerpo.

- ¿Verdá que te gusta? - le susurró al oído. Nela sintió su aliento que destilaba alcohol golpearla detrás de la oreja -. Apuesto a que estas tiernas carnes piden a gritos estar con un hombre de verdá. Solo basta con sentir ese mico húmedo...

Nela estaba aterrorizada y efectivamente sentía correr por sus piernas un líquido cálido que le humedecía las faldas y terminó empozado

en la cerámica de la cocina. Estaba tan sumida en el miedo que no escuchó a Chupita gritarle asqueado por haberse orinado.

Pero eso no lo detuvo, nuevamente lo sintió empujar su miembro erecto contra su espalda y ella volvió en sí. La punta de sus dedos sobre el mostrador de la cocina sintió el frío metal de un pequeño cuchillo. En un esfuerzo por quitárselo de encima y escapar, Nela tomó el cuchillo con el que estaba cortando los bollitos, se volteó para encararlo y sumergió la redondeada punta de la navaja en la barbilla de su agresor. Chupita soltó una carcajada y en un rápido forcejeo le quitó a Nela su arma. Nela aprovechó los segundos de descuido que la liberaron de la prisión de los brazos de Chupita y escapó de su agarre. Corrió hacia la puerta de la casa, pero un doloroso tirón de su pelo la detuvo. Chupita la agarró de las mechas y la empujó fuerte contra la pared. Se lanzó con toda la fuerza de su cuerpo contra ella y la aprisionó nuevamente. Nela se resistía y batallaba bajo el yugo amenazante de Chupita mientras este la tomaba con una mano y se desabrochaba el pantalón con la otra. Irritado por la constante lucha de Nela, la sentó de un solo golpe contra el suelo. Nela trató de no perder la conciencia porque sabía que así perdería la batalla. Pero otro golpe le produjo una cortada en la ceja y sintió como su sangre caliente le chorreaba por la cara; aun así se rehusó a rendirse. Chupita intentó nuevamente abalanzarse contra el frágil cuerpo de Nela quien yacía en el piso, pero ella se defendió con sus piernas y le lanzó patadas a diestra y siniestra. Ofuscado de lidiar con Nela, se retiró y la dejó tranquila. La miraba de reojo, reposando sus brazos sobre la cintura mientras calmaba su respiración agitada. Nela dejó caer su cabeza a un costado y observó la fragua del piso de cerámica con alivio antes de tomar fuerzas para levantarse. En ese momento estaba convencida de haber esquivado las garras de un destino peor que la muerte, por eso no vio venir el último golpe que la cegó por completo.

Al despertar, Nela captó la silueta de Chupita levantarse y acomodarse los pantalones. El muy canalla exhalaba profusamente mientras se apretaba el cinturón, satisfecho de su cometido. Nela gradualmente empezó a sentir las extremidades de su cuerpo. Poco a poco recuperó la sensación en la punta de sus dedos y los movió despacio hasta recobrar la movilidad en su cuerpo abatido. Un ardor intenso en su vagina emanaba espasmos a lo largo de sus temblorosas piernas. Le dolía todo, desde el dedo meñique hasta la punta del pelo. Trató de levantarse, pero el dolor en sus partes íntimas se tornaba más agudo y la inmovilizaba. Cuando una persona es abusada de la forma tan atroz como le pasó a Nela, cuesta mucho llamarlas partes 'íntimas' o 'privadas'. A la pobre le temblaban las manos y al recorrer con sus dedos las hendiduras del piso se topó con manchas de su propia sangre que teñían sus dedos de un color rojo intenso. Trató

de tragar, pero hasta su garganta reseca por los gritos que pegó resentía la saliva en su interior.

Con mucho esfuerzo, Nela se arrastró hasta la puerta del baño y se encerró bajo llave. Comenzó a llorar descontroladamente mientras veía cómo le corría sangre entre las piernas y teñía la blanca loza del baño. Por varias horas permaneció encerrada. Abrazaba sus piernas y se arrullaba. Temblaba de miedo, temblaba de frío, temblaba de dolor. En su cabeza coqueteaba con la idea de matarse y acabar con la tortura; al fin y al cabo, ¿quién la extrañaría?

Ya entrada la noche escuchó a su mamá llegar. Empezó la tomatina, cogieron como animales y se tiraron exhaustos en el sillón a ver un programa de televisión. Habían pasado más de tres horas hasta que se le ocurrió preguntarle a Chupita por el paradero de su hija. El grandísimo hijo de puta se encogió de hombros y con la mayor indiferencia del mundo le dijo que llevaba horas encerrada en el baño. - Fijo anda en sus días - agregó.

Con esa frase, algo dentro de Nela la sacudió de su trance. Más determinada que nunca tomó la decisión de marcharse y dejar todo atrás, pero no sin antes saldar cuentas.

De cuatro patas fue golpeando loza por loza esperando escuchar el sonido hueco del escondite. No tardó mucho en encontrarlo en el espacio de dos por dos que era el baño. Con gran satisfacción sacó la bolsita con las piedras de Chupita. Con la misma técnica que usaba cuando era niña, desintegró la piedra hasta obtener un fino polvo. En lugar de agregar harina y azúcar como antes, encontró las potentes pastillas con raticida que su mamá le había mandado a comprar semanas atrás para librarse de los roedores instalados en la cocina. El color de las pastillas era demasiado intenso. Al hacer la mezcla podía ver la pigmentación azul en la pasta y sabía que eso la delataría. Tomó de la repisa el bicarbonato de sodio con el que su mamá se lavaba los dientes –era más barato que la pasta dental. Diluyó aún más las pastillas en el polvo blanco y se lo agregó a la piedra. Una vez terminada la mezcla se sentó a esperar.

Como era de costumbre, cuando Chupita alcanzaba los niveles máximos de consumo de alcohol, su cuerpo le pedía a gritos saciar su adicción al crack. Los golpes en la puerta alertaron a Nela de que era hora de enfrentar a su agresor. Tardó unos minutos en abrir mientras se armaba de valor para encararlo nuevamente, pero con cada segundo crecía la fuerza de los leñazos contra la puerta. Nela abrió la puerta de un golpe antes de que esta fuera tumbada. Frente a ella Chupita se meneaba en un baile perverso ocasionado por el alcohol y lo hacía perder el equilibrio. Portaba una camiseta vieja blanca, con pequeños agujeros de polilla y transparencias que dejaban ver los pelos de su pecho. Tenía los

pantalones desabrochados y con su cara de depravado miraba a Nela de arriba abajo mientras se mojaba los labios con su lengua kilométrica.

Nela le entregó su droga letal y salió del baño. Chupita intentó propasarse de nuevo – alzando el brazo para acariciarle la cara – pero Nela lo esquivó y este rebotó contra el marco de la puerta, estaba tan ebrio que no lograba erguirse.

No hay nada más cierto que el dicho ‘si quieres algo bien hecho, hazlo tú mismo’; fue precisamente lo que Nela hizo. Aprovechándose del estado etílico de aquel hombre, decidió prepararle la droga ella misma. Quería asegurarse de que Chupita se fumara hasta el último granito de raticida. Satisfecho por la servilidad de Nela, Chupita tomó asiento. Con su risa burlona desvestía a Nela con la mirada, mientras su mamá roncaba a pocos metros de ellos.

Nela tomó una lata vacía de cerveza, perforó los agujeros necesarios, arrugó la hojalata y colocó la piedra adulterada en la parte superior. Con un encendedor el fuego tornó los pedacitos de veneno incandescentes, mientras Chupita inhalaba por el orificio principal de la lata, desesperado por sentir los efectos de la droga en su torrente sanguíneo. Inhalaba y aspiraba hasta que el humo alcanzara lo más profundo de sus pulmones y su cordura. Nela lo observaba a la expectativa y cuando se terminó su primera dosis y no pasaba nada, ella lo alentó a ingerir más.

Minutos más tarde comenzaron las convulsiones. Los ojos se le pusieron en blanco y saliva espumante bullía por su boca. El vómito vino después acompañado de sangre que supuraba por sus fosas nasales. Vomitó hasta que la bilis vino acompañada de sangre coagulada. Nela lo observó desangrarse poco a poco, pero decidió no presenciar el acto final. Salió corriendo de su casa con el canto del gallo al amanecer. No le importó que su vestido estuviera roto ni sus heridas fueran carmín en su cara y su cuerpo por el reciente ataque. Tomó su bolso de tela y unos pancitos rellenos de queso y se dirigió hacia la estación de bus. Nunca más volvió a oír de su mamá y le dolía no haber podido despedirse de don Chispa, de doña Manuela y del señor Wong – las pocas personas que a lo largo de su corta vida le habían enseñado a Nela la amabilidad. Pero tenía que cortar la mala hierba de raíz.

Capítulo 9

8.

El Confundido

- ¡Es demasiado retorcido! - Gabriel se levantó y caminó de arriba abajo con las manos enterradas en su cráneo. Trataba de procesar mejor la información que con tanto ahínco había buscado. Yo lo observaba desde la banqueta mientras hacía un esfuerzo por contener las lágrimas que se formaron en mis ojos durante el relato – es imposible no conmocionarse con la historia, más siendo la primera vez que yo misma la narraba. El sentimiento de impotencia que sentí cuando Nela me la confió me invadía nuevamente y al ver a Gabriel tan afectado, empecé a preocuparme por las implicaciones de haberle contado todo aquella mañana.

Finalmente, Gabriel tomó asiento a mi lado. Su respiración era pausada, pero cada vez que inhalaba y exhalaba podía sentir la tensión circular por su cuerpo. Apretando su labio inferior con su dedo índice y el pulgar, perdió su mirada en el infinito. La angustia me empezó a carcomer ante su silencio. Necesitaba oírlo decir algo. Cualquier cosa que me diera una señal sobre lo que pasaba por su mente convulsa.

Quise romper el silencio, pero me abstuve porque no quería inferir lo que estaba pensando y prefería que él diera el primer paso. Se levantaba, daba dos o tres pasos y se volvía a sentar. Empezó a morder la uña de su dedo índice izquierdo y me dieron ganas de pegarle un manotazo para disuadirlo del mal hábito, cuando finalmente dijo: - Estoy consciente de haber pedido la información. Pero... - respiró profundo - nunca me imaginé que algo así pudiera haberle ocurrido.

- No es una historia para el débil de corazón - le dije.

- Pero... doña Eva, ella mató a alguien.

La verdad no esperaba que ese fuera el primer comentario que diría. Me quedé perpleja al escuchar que, de toda la historia, lo que más lo afectó fue que había matado a alguien. No alguien. Algo. Porque el tal Chupita no era más que una vil basura que no conocía el respeto, la integridad ni la salud afectiva. Y ni qué hablar de la mamá de Nela que permitió no una, sino repetidas veces que la pobre sufriera maltrato físico, emocional y psicológico bajo sus propias narices.

- Si de todo lo que te conté eso es con lo que te quedás - le dije al rato -, entonces no te merecés a Nela. Solo te pido que respetés su

privacidad.

- Doña Eva, la historia se va conmigo a la tumba, pero... es demasiado. No sé. Tengo que pensar. Discúlpeme, pero me tengo que ir.

Las manos me temblaban mientras veía a Gabriel cruzar el Paseo del Mar hacia el malecón. Se me formó un nudo en la garganta y la respiración se me tornó cortante y agitada... Me había equivocado.

Gabriel caminó por varias horas. Trataba de no pensar. Trataba de poner su mente en blanco y que sus pies dirigieran su camino. Después de dar vueltas por las callecitas y las avenidas de Quepos, emprendió su camino cuesta arriba hacia Manuel Antonio.

Sus pies se detuvieron a las puertas de la galería Luna Sol. Aunque sentía el impulso de entrar, se contuvo y se instaló sereno fuera de sus ventanas viendo hacia adentro. Entre el contorno de los cuadros exhibidos en la vitrina, Gabriel divisó a Samuel conversando con una joven pareja de clientes. Samuel gesticulaba emocionado mientras les conversaba sobre uno de los cuadros de su abuela. Con sus largas manos les enseñaba los trazos elongados que dibujaban la costa costarricense en el lienzo. Formaba ondas en el aire y se movía al compás del oleaje al puntualizar los detalles en el acrílico que daban vida a un revoltoso mar en el ocaso de una tormenta. Samuel irradiaba luz en el salón de la galería. Si no lo conociera, con solo verlo, Gabriel podía notar la pasión y el amor con los que hacía su trabajo.

Gabriel se quedó perdido en los vivos colores de las obras. Samuel sintió su presencia y dirigió su mirada hacia fuera. Cuando cruzaron miradas, Gabriel se quedó inmóvil. A pesar de que su cerebro le decía que partiera, sus pies se quedaron plantados en el lastre fuera de la galería. No me puedo imaginar la tempestad que imperaba en el interior de Gabriel y el conflicto de sus más profundas emociones en ese momento. Verás, Gabriel llegó a nuestras vidas cuando era apenas un bebé en brazos. A pesar de que Leonor fue criada bajo la fe católica y era practicante de esa fe, Gustavo fue todo lo contrario. Cuando surgía el tema de religión, discutían hasta el cansancio sobre cómo iban a criar a su hijo: bajo la creencia de la existencia de algo superior a nosotros – llámese Dios, Allah, Jehová, Jah o Buda – o bajo el adoctrinamiento de la iglesia católica. La discusión culminaba en ningún tipo de compromiso; lo único que Leonor logró fue bautizarlo a escondidas de Gustavo cuando Gabriel tenía un año. ¡Cuando Gustavo se enteró se armó la de San Quintín! Pasaron semanas sin hablarse y cuando regresaron a Manuel Antonio para el verano, Gustavo bajó la cabeza y le pidió perdón con la

condición de poder escoger a su padrino. Leonor, como era un pan de Dios, no tuvo el mayor inconveniente y cuando Gustavo le pidió el honor a Samuel de fungir como padrino de Gabriel, ella no podía estar más dichosa – Samuel se había convertido en uno de sus más queridos amigos y el pequeño Gabo le tiraba brazos siempre que lo veía. Samuel cumplió con su deber al pie de la letra. No solo viajaba a San José para el cumpleaños de Gabriel y la fiesta de Navidad cuando le daba los más suntuosos regalos, sino también se mostraba disponible para acompañarlo y aconsejarlo cuando sus papás no podían.

Gotas pesadas de lluvia comenzaron a caer. A pesar del aguacero que descargaba el cielo sobre el Pacífico Central, Gabriel permanecía inerte con la ropa empapada y los chorros de agua que escurrían de sus prendas iban formando un profundo charco a su alrededor. Ambos hombres sostenían sus miradas fijamente – se había convertido en un reto ver quién aguantaba más tiempo. Samuel – en un intento por cortar la tensión entre ambos y ponerle un débil parche a su mutilada relación – levantó el brazo y con el sutil movimiento de su mano saludó. Gabriel inmediatamente quitó la mirada y rompió el contacto que los mantenía inmóviles a través de la ventana. Dio media vuelta y se marchó en dirección a Quepos, donde buscaría refugio entre las cuatro paredes de la fría habitación de su hotel.

Gabriel llegó al hotel y se encontró a Rata en posición fetal en el mismo suave colchón donde lo había dejado esa mañana antes de salir del cuarto. Parecía un bebé indefenso que abrazaba la almohada en busca del afecto de una madre y roncaba plácidamente como los suspiros de un abuelo despreocupado. Gabriel se cambió de ropa y después de descansar un poco se aventuró de nuevo a la algarabía que surgía en las calles cuando escampaba.

Salió y lo único que acaparaba sus pensamientos era Nela; su historia le daba vueltas en la cabeza. Una fuerza estrujaba su corazón al imaginarse el dolor por el que había pasado cuando apenas era una niña, pero un escalofrío recorría su espalda al imaginarse sus delicadas manos preparando la composición letal que mataría a su agresor. Antes de emprender su carrera en el mundo de imperios y monopolios petroleros, trabajó por un breve periodo como asistente de uno de los abogados penalistas más hábiles del estado de Texas, quien adicionalmente era célebre por haber participado en casos de alto perfil mediático: David Breston. Con Breston aprendió a ser imparcial. Sabía que ante un jurado se trataba de una cuestión de blanco o negro a la hora de emitir un juicio sobre un homicidio premeditado; lo que influía era el planteamiento de las circunstancias en que ocurría el crimen para dictaminar cuán extensa sería

la condena, pero no existían los culpables a medias: se era o no culpable. Cuando el cargo contenía las cinco sílabas indicando un asesinato pre-me-di-ta-do, eran contadas las veces donde se podía probar la inocencia de quien delinquía. Quedaba en las manos del habilidoso penalista hacer que el jurado simpatizara con el acusado para asignar la menor pena posible; o por el contrario, si se buscaba la mayor condena, el objetivo residía en llevarlos lejos de la empatía y romper cualquier tipo de vínculo emocional con el acusado. Pero en esta ocasión el asunto para Gabriel irremediamente tomaba tiznes de gris cuando lo invadía la furia al imaginarse a Nela quebrantada en el piso de aquella pieza, revestida de su propia sangre y enfrentando el escenario de su violación.

Después de irse a Texas con su mamá, Gabriel juró no volver a dejarse dominar por las emociones. Se volvió frío y calculador para protegerse a sí mismo y no volver a lastimarse como había ocurrido aquel día cuando salió huyendo de aquí. La estrategia le funcionó muy bien por muchos años y le dio frutos en su carrera profesional como abogado de la competencia – destazando empresas y subyugándolas a compradores con mejores ventajas competitivas, a pesar de contrariar el sueño de algún empresario que con sudor y lágrimas se había formado de la nada y enfrentaba irremediamente la bancarrota. Con las mujeres aplicaba la misma fórmula: sopesaba las ventajas que le brindaría involucrarse en la relación y cuando las cosas no resultaban en su beneficio las despachaba rapidito. Nunca se vio enredado sentimentalmente con ninguna de ellas – no merecía la pena desgastarse de esa manera, cuando al fin y al cabo se trataba de una sencilla transacción. Y no es que no hubiera tenido novias serias – una que otra había desfilado por los pasillos de la gran mansión de su madre y Hugh para cenas de Acción de Gracias – pero ninguna le movía el piso y a la hora de poner fin a eso, las únicas lágrimas que se derramaban eran las de ellas.

Gabriel se sentía frustrado. El estructurado pensamiento que conformaba su visión del mundo se resistía a dejarse manipular por los sentimientos que en corto tiempo había permitido desarrollar por culpa de Nela. No entendía por qué estaba tan afectado por todo esto cuando recién la había conocido tan solo unos cuantos días atrás. Maldecía a su papá por haber complicado las cosas y haberlo dejado varado en Quepos en contra de su voluntad, cuando para ese entonces ya debía estar de vuelta con su vida en Houston.

Se detuvo en la esquina de su hotel mientras trataba de analizar con cabeza fría la situación, pero le resultaba imposible pensar claro. No obstante, fue así como entendió lo que tenía que hacer.

Avanzó con paso firme hacia La Bruja de Arena. Como buen abogado, debía contar con todas las versiones posibles de los hechos. Con eso en mente, se enrumbó decidido a encarar a la fuente primaria; pero al

llegar, una gran conmoción lo recibió a la entrada.

Cuando llegué al Cafecito después de la feria y con mi kilo de cebolla de más auestas, me sentía falta de aliento. No le di mucha importancia, lo atribuía al haber tenido que caminar acarreando todas esas compras bajo el intenso calor y la humedad que embriagaba la mañana. Le entregué a Nela los encarguitos y la dejé en su oficio cuando me retiré a descansar al cuarto.

Dormí como un lirón, pero me desperté con una angustia existencial y empecé a sudar profusamente. Me enjuagué la cara en el baño y mientras me sostenía del lavatorio fijé mi mirada en el espejo y me repetí a mí misma - ¡Estás bien! Todo va a salir bien.

Me preocupaba el paradero de Gabriel después de dejarme hecha pedazos en el parque y no podía con la culpa de haber traicionado la confianza de Nela de esa manera. Me sentía como una vieja bruta y juré no volver a inmiscuirme en los asuntos del corazón de los demás.

Bajé al Cafecito y, a pesar del torrencial aguacero, estaba repleto de gente aquella tarde. Me adentré en el tumulto de bandejas y su ir y venir para calmar el hambre de cada uno de nuestros clientes; el bullicio de las mesas llenas de gente conversando animadamente me aturdí y el calor que emanaba de la cocina hizo que los sudores regresaran con vigor. Las piernas me comenzaron a temblar y tuve que sostenerme de la columna de madera que fungía como bastión de aquel abarrotado local. Nela estaba ocupada en la cocina, pero desde la ventanita por donde despachaba cada orden logró percatarse de mi malestar. Solo recuerdo el fuerte palpitar de mi corazón y la respiración agitada antes de que la fuerza de mis piernas cediera y cayera redonda al piso. Al hacerlo logré ver cómo Nela corría en cámara lenta a mi rescate y atajaba mi cabeza dura antes de que se nublara por completo mi visión.

Cuando logré abrir los ojos el mundo me daba vueltas. Mi mirada estaba fija en el enclenque ventilador que giraba sin cesar y trataba de apaciguar el bochorno que se sentía en el Café aquella tarde. Mi cabeza reposaba en el regazo de Nela quien con cara de angustia procuraba ventilarme con una gran bandeja. Gabriel se abría paso entre las miradas fisgonas que cuchicheaban preocupadas por mi bienestar. Alguien a lo lejos gritaba que llamaran a una ambulancia mientras otro le contestaba que venía de

camino.

- Doña Eva, ¿qué pasó? - escuché a Gabriel conforme se arrodillaba a mi lado y me tomaba de la mano. Yo quería contestarle, pero por alguna razón no lograba conectar mi cerebro con la lengua y solo logré emitir un sonido que no se traducía en palabras.

- Cuando llegó la vi mal y segundos después ya estaba en el piso
- contestó Nela con su voz quebrada.

La sirena de la ambulancia anunció su llegada y un par de paramédicos se abrió paso entre la gente. Me trasladaron a una camilla y solo recuerdo no querer soltarle la mano a Gabriel. Nela dejó todo tirado y se subió conmigo a la ambulancia. Al verla tan impactada Gabriel se ofreció a acompañarnos, pero los paramédicos solo permitían a un acompañante en la cabina. Sentí como sus dedos se escurrían al soltarme la mano y al encontrarse solitarios, mis dedos se extendieron desesperados buscando compañía. Las frías manos de Nela tomaron su lugar y me acariciaron con dulzura, aunque podía sentir cómo le temblaban a la pobre.

Gabriel no perdió el tiempo y tomó su bicicleta. A pesar de que la ambulancia se trasladaba veloz por las transitadas calles de Quepos hacia el Hospital Max Terán, ubicado a cuatro kilómetros del centro, Gabriel se puso al corte y llegó empapado en sudor para tomar de nuevo mi mano mientras rodaban mi camilla por las puertas de entrada a la sala de emergencias. Un equipo de doctores me recibió al llegar y entre su intercambio de términos médicos y toma de signos vitales perdí de vista a Nela y a Gabriel, quienes quedaron rezagados en la sala de espera.

Nela estaba muy inquieta mientras esperaba con ansias el reporte del doctor. Gabriel trataba de calmarla y le repetía que todo iba a salir bien.

- Doña Eva es una mujer muy fuerte - le decía, pero eso no cesaba la inquietud de Nela quien ya se estaba exasperando por la tardanza del doctor.

Los minutos pasaban. Vieron desfilar por esa sala de espera a doctores, enfermeras, visitantes médicos, iban y venían pacientes con sus familiares pero aún no tenían noticias sobre mi estado de salud. Finalmente, un joven médico salió por donde me habían ingresado.

- ¿Son ustedes los familiares de doña Evangelina Castillo? -

preguntó al acercárseles.

- Sí... bueno, no - contestó Nela -. Pero ella vive conmigo. Realmente no le conozco ningún pariente aquí en Quepos.

- No se preocupe. Le comento. Doña Eva ha sufrido un episodio de presión alta.

- ¿Presión alta? En los años que llevo de conocerla nunca había padecido de presión alta - le dijo Nela.

- Entiendo. Como le comento, se trata de un episodio. Ya doña Eva se encuentra estable. Estos episodios por lo general surgen producto del estrés o alguna situación puntual que lo pudo haber suscitado. ¿Sabe usted si se ha encontrado bajo altos niveles de estrés en estos días o de algo que la pudo haber alterado súbitamente?

- No, para nada. Ha estado de muy buen ánimo y hoy inició su día como de costumbre: fue a misa en la mañana y después a la feria. Llegó un poco cansada de la feria, eso sí... pero se fue a recostar un rato. Cuando bajó de su siesta fue cuando la vi mal y segundos más tarde ya estaba tirada en el piso.

- Voy a recetarle reposo estricto por unos días para que ella pueda estabilizarse en la comodidad de su casa. Es muy importante que no sea expuesta a situaciones que la puedan alterar. También voy a recomendarle una dieta blanda y saludable durante estos días y unos medicamentos que ayuden a regularle la presión, solo como precaución.

- Perfecto doctor, me aseguraré de que siga sus recomendaciones al pie de la letra. ¡Muchas gracias! ¿Puedo pasar a verla?

- ¡Sí claro! Pase por estas puertas y podrá encontrarla al fondo a la derecha.

Nela atravesó rauda las puertas y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Gabriel se quedó en compañía del doctor unos segundos más, pero al no hallar las palabras para confesar que sabía lo que había provocado mi episodio de presión alta, optó solo por estrechar la mano del médico y agradecerle por sus servicios.

Gabriel se quedó en la pequeña sala de espera mientras la culpa lo asediaba. No hallaba otra explicación para mis males, los cuales coincidentemente se manifestaron a tan solo unas horas de nuestra conversación esa mañana en el parque. Ya no sabía si debía encarar a Nela o no debido a mi frágil estado de salud. Sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros y no quería ocasionarme mayores

disgustos.

Observaba con detenimiento cómo las gotas de un dispensador de agua lagrimeaban hacia el plato recolector instalado en la parte inferior, a punto de rebalsarse. Una gota más y el agua se derramaría y provocaría un enorme charco en el piso liso de la sala de espera – lo que resultaría en un atentado para las personas que recorrían con prisa ese pasillo. Aunque, ¿qué mejor lugar para estar cuando se tiene un accidente? Estaba a punto de levantarse a informarle a una enfermera sobre el riesgo de ese dispensador de agua, cuando Nela salió y se dirigió hacia él.

- Doña Eva quiere verte - le dijo justo cuando estaba por levantarse.

- ¿A mí?

- Sí. Te está esperando.

Gabriel recorrió el largo pasillo hasta mi camilla debatiendo en silencio qué me iba a decir. Cuando llegó, le vi esos ojos de perrito arrepentido y me partió el corazón. Se veía miserable el pobre y lo primero que hizo apenas me vio fue tomar mis manos fuertemente y pedirme perdón.

- ¿Y eso por qué? - le dije entretenida por su gesto.

- Fue culpa mía. Si no hubiera sido por mí usted no estaría tendida en esta camilla.

- No digás tonterías - le dije -. Hace un tiempo que padezco de presión alta y la verdad es que tengo que tener más cuidado.

- Pero el doctor dijo que había sido un episodio provocado por el estrés.

- ¡Qué va a saber ese novato! Si de por sí no es mi médico de cabecera. Nunca le dije a Nela que padecía de presión alta porque no quería preocuparla... y heme ahora aquí - me encogí de hombros, pues no había más remedio y ahora la pobre iba a estar encima de mí cuidándome noche y día.

- De todas formas yo le debo a usted una disculpa, doña Eva. Reaccioné mal esta mañana - me dijo -. Pero tiene que entender que es un tema muy complejo.

- No tiene que serlo.

- Pero lo es. No quiero abrumarla con mis preguntas, solo tengo una que quiero hacerle.

- Decime...

- ¿Qué hay de la ley? ¿Nunca han venido en busca de ella para implicarla en el caso?

- En estos diez años nadie se ha asomado por aquí. Y en lo que a mí concierne, Nela actuó en defensa propia. Si ella no le ponía fin al asunto en ese preciso momento, estaba destinada a seguir sufriendo los ataques y los abusos atroces ... y quién sabe, probablemente la que estaría ahora a diez metros bajo tierra sería ella. ¿No te parece que eso sería una pérdida aún más trágica?

Gabriel respiró profundo y me miró perturbado. Sabía que en su cabeza no estaba de acuerdo conmigo, ya que en la suya regía el abogado guiado por la estricta terminología dictada en el código penal, si bien su corazón le pedía a gritos que lo escuchara por primera vez en tantos años.

- Mejor dejo que descanse - me dijo finalmente y me plantó un dulce beso en mis manos como todo un caballero -. Vamos a estar afuera. Apenas esté lista, ¿qué le parece si nos vamos a la casa?

No pude evitar sonreír. - Nada me haría más feliz - le dije, y se marchó. Escuché cómo el pisar de sus chancletas se alejaba por el pasillo. Con el constante pitar de los aparatos a mi alrededor me fui deslizando poco a poco en un sueño profundo, y desperté unas horas más tarde con la dulce voz de una enfermera anunciando que había llegado el momento de irme a casa.

Tomamos un taxi de vuelta a la casa. Había perdido noción del tiempo pero la oscuridad de la noche me indicaba que ya era tarde. Una hermosa luna creciente iluminaba el agua titilante en el mar. Aunque me sentía perfecta, ambos insistieron en ayudarme a subir las escaleras y no me soltaron hasta que me senté en la cama. Francamente me trataban como a una inválida y ya temía por mi recuperación en las manos preocupadas de Nela - y ahora las de Gabriel.

Nela me preparó un té de manzanilla y no se me despegó hasta asegurarse de que bajara por mi garganta hasta la última gotita. Tuve que insistirles hasta el cansancio que ya me sentía bien y que me iba a dormir para que me dejaran sola. Me metí en la cama muy obediente. Cuando

apagué la luz Nela finalmente salió del cuarto y me dejó sola con mis pensamientos. Estaba muy agradecida con sus atenciones pero era un fastidio que lo trataran a uno como a un enfermo.

- Yo mejor me voy - dijo Gabriel una vez que se encontraron los dos solos en la sala de estar de la pequeña pieza.

- No... ¿no querés quedarte un rato más? - le pidió un poco apenada -. No quiero estar sola.

- Claro... yo te acompaño.

- ¿Querés un café?

- ¿No tenés algo un poco más fuerte?

Nela sonrió. Aunque nunca tomaba – a excepción de aquella vez en La Rata Marina, cuando esparcimos las cenizas de Gustavo en el mar, pues no le gustaba perder control de su mente y su cuerpo bajo los efectos del alcohol –, siempre guardaba una botella de ron para usar en una u otra receta y en esta ocasión no iba a defraudar, porque se trataba de un muy buen ron.

- Claro que sí - le respondió y prosiguió a prepararle un trago.

Prendió el percolador para hacerse una taza de café para ella. En un vaso colocó hielo y el líquido ámbar del ron produjo un sonido refrescante al entrar en contacto con los cubos helados. Gabriel tomó asiento en el sillón cerca de la ventana y observó maravillado el brillo de la noche reflejarse en un solitario barquito que se meneaba con las olas del mar.

- Gracias por acompañarnos esta tarde - le dijo Nela mientras le entregaba su trago.

- No podía dejarlas solas. Estabas un poco alterada - le respondió.

- ¿Un poco? Nunca me había sentido tan angustiada. Doña Eva es la única familia que tengo.

Gabriel asintió pero se quedó callado. Trataba de imaginarse a la mamá de Nela y a Chupita y se preguntaba cómo era posible que frente a él se encontrara una persona tan dulce y considerada con todos a su alrededor. Recordaba la manera como había logrado calmar a las criaturitas de Rata y Marbella la noche anterior y no lograba comprender cómo era la misma persona que había preparado con sus propias manos

tersas el veneno letal para administrárselo a su padrastro.

Nela lo miraba con expresión serena conforme los nervios la iban dejando tranquila por el resto de aquella plácida noche. Gabriel no podía permitir que los pensamientos nocivos acerca del pasado de Nela invadieran su cabeza y los sacudió de inmediato para dar paso a otras cosas; pero esas otras cosas rápidamente tomaban forma y Nela permanecía plantada en el centro de ellas. Tomó un sorbo de su trago y aunque trataba de evitar la mirada de Nela, cada vez que sus ojos encontraban los de ella sentía un calor invadir su pecho y recorrer todo su cuerpo como una corriente eléctrica.

Permanecieron sentados compartiendo el silencio. A pesar de tantas dudas por aclarar Gabriel no quería arruinar ese momento de quietud, donde no podía más que dejarse estar. Estar con ella. Estar ahí. No existía otro lugar en el mundo donde prefería quedarse.

- ¿Cómo era tu papá? - le preguntó Nela, finalmente rompiendo el silencio.

- ¿Cómo? Vos lo conociste.

- Sí, pero, ¿cómo era? ¿Cómo era él cuando eras chiquito?

Gabriel reposó su brazo detrás del cuello mientras lo estiraba.

- La verdad es... que no sé. Ya no me acuerdo cómo era. Hay momentos en los que incluso se me olvida cómo lucía. Es decir... sé cómo lucía, pero en mis recuerdos la imagen se ha tornado un poco borrosa.

- ¿No lo echás de menos?

- No.

- Perdoname, pero me es difícil concebir que no se hayan visto en tanto tiempo.

- ¡Él así lo quiso! - Gabriel vació el contenido del vaso en su garganta.

- ¡Te equivocás! Él te quería muchísimo. No pasaba un solo día en que no hablara de vos. Yo, sin conocerte, al oír sus historias ya sentía que te conocía. Gustavo era un hombre maravilloso y te amaba muchísimo. Si algo le dolía a Gustavo era no poder verte.

Gabriel se levantó y llevó el vaso al fregadero. No quería seguir

escuchando.

- ¿Sabías que fue a tu graduación? - continuó Nela. Ella se puso de pie y lo siguió hasta la cocina. Gabriel se quedó frío, pero se negaba a voltearse y encararla -. Tu mamá lo invitó cuando te graduaste con el primer promedio de tu clase de leyes, pero como sabía que no lo querías ni ver, no quiso arruinar tu día ni opacar tus logros con su presencia, así que él te vio recibir tu título desde la parte más alejada de las graderías del auditorio. Estaba tan orgulloso que al regresar de su viaje no paraba de contarnos las maravillas del hombre en que se había convertido su hijo. Lo recuerdo vivamente porque fue al poco tiempo de haber llegado yo aquí, y recuerdo pensar lo afortunado que eras... al tener un padre como él.

- ¡Sí! ¡Fabuloso! ¡Mejor hablemos de eso, Nela! - se volteó Gabriel y la enfrentó. Apretaba los músculos de su mandíbula y respiraba agitado conforme iba perdiendo el control -. ¿Por qué no me contás de tu papá? ¿O de tu mamá? ¿Por qué es que vos sabés tanto de mí, pero yo no sé nada de vos? ¿Dónde está tu familia? Porque doña Eva está lejos de ser familia tuya. ¿Ah? ¿Qué es lo que escondés, que tu vida es todo un misterio incluso para aquellos que dicen conocerme? ¡Contame! - conforme Gabriel avanzaba amenazante con su interrogatorio, Nela tomaba pasos de cautela hacia atrás. Sus labios permanecían sellados mientras observaba a Gabriel horrorizada -. Ah... ¿qué? ¿Ya no vas a decir nada? Vos venís aquí con aires de grandeza y me juzgás a mí sobre cómo debí haber manejado mi relación con mi papá, pero yo no puedo juzgarte a vos, ¡cuando si a alguien hay que juzgar en esta habitación es a vos! - Gabriel la apuntaba con el dedo como si estuviera en medio de un debatido juicio -. ¿Sabés qué? Vos y yo no tenemos nada de qué hablar... Mejor me voy.

Gabriel tiró la puerta detrás de él y se escuchó el retumbo de sus pasos bajar rápidamente por la escalera. Nela se quedó impactada por el giro de acontecimientos y en una temblorina se fue a cerrar la puerta con seguro. Colocó la cadenita sobre su engranaje y se volteó para recostarse contra la puerta. Sus rodillas cedieron y poco a poco Nela se deslizó hacia el piso en un sollozo.

Esa noche la pobre no pegó el ojo. Daba vueltas y vueltas en la cama mientras las pesadillas de su pasado regresaban nuevamente a atormentarla. Al mismo tiempo pensaba en Gabriel. Le dolía el corazón al recordar su expresión mientras la acusaba por sus acciones. No entendía cómo Gabriel conocía sus secretos y se culpaba a ella misma por haberlo provocado.

Gabriel llegó a su hotel sobrellevado por la ira y estaba dispuesto a apostar su furia en el vicioso juego del casino. Cuando se dirigía hacia las luces neón que brillaban en el pasillo seduciendo a los postores, la recepcionista de turno lo detuvo con un cerro de mensajes. Entre los múltiples papeles con los nombres de todos aquellos que le seguían el rastro, había varios de su madre. Llevaba días de no hablar con ella, pero ya era muy tarde. Se dirigió hacia el basurero y botó los papelitos, pero se reservó dos o tres que guardó en su bolsillo.

El timbre del ascensor anunciando su llegada resultaba ahora una opción más tentadora que aquella del casino. Estaba tan cansado que dejó que sus pies guiaran su camino a través de las puertas brillantes del ascensor y se adentró en su cabina estrecha con luz blanca incandescente.

Llegó a su cuarto y, para su gran alivio, Rata ya se había ido. La cama donde había hibernado su amigo todo el día estaba intacta, con las sábanas firmemente talladas bajo el colchón. La soledad del cuarto lo reconfortó. Tomó una cerveza fría de la pequeña nevera del hotel, el sonido del gas escapando al abrir la lata era música para sus oídos. Se tendió sobre la cama y encendió el televisor – necesitaba un poco de estímulo en dos dimensiones para poner su mente en blanco. El sonido de los papelitos en su bolsillo al acomodarse en la cama lo invitó a sacarlos y colocarlos al lado del teléfono. Al ver los nombres de las personas junto al teléfono no pudo evitar el impulso, tomó el auricular y con sus dedos marcó un número bien memorizado.

- ¿Gabriel? - se escuchó la voz de una mujer al otro lado de la línea.

- Hey... - respondió él, cediendo al cansancio.

El sonido de alguien tocando a su puerta despertó a Gabriel a la mañana siguiente. Portando únicamente su ropa interior y con el pelo alborotado se arrastró hasta la puerta.

Abrió un poco desorientado. Con los ojos semicerrados para no encandilarse con la luz de la mañana que revestía el pasillo, divisó a Nela bajo el marco de su puerta.

- Buenos días - le dijo ella.
- ¿Qué estás haciendo aquí?
- Disculpá la intromisión...y la hora, solo quería pasar brevemente a pedirte una disculpa por lo de ayer - Nela se sinceró.
- No, yo me pasé de la raya... Disculpame vos a mí.
- Sí, a eso me refiero. Yo te empujé sobre la raya... No debí hacerlo -. Nela se sentía nerviosa con solo verlo. No sabía qué hacer con sus manos así que jugueteaba con un mechón de su pelo para mantenerlas ocupadas, pero al percatarse de lo infantil de su acto se detuvo de inmediato y se cruzó de brazos, esperando a que Gabriel agregara algo más. Él la miraba pensativo, pero Nela no sabía si algo se estaba formulando en su cabeza o si simplemente seguía adormecido.
- Está todo bien... Nos vemos más tarde, Nela - y con eso se retiró a la oscuridad de su cuarto y cerró la puerta tras de sí.

Nela no tuvo más opción que marcharse desalentada. En su cabeza – luego de batallar con sus demonios internos sobre aparecerse o no a la puerta de su cuarto sin previo aviso – había visto una escena desenvolverse de una forma completamente distinta al desinterés cortante y frío con el que la recibió Gabriel.

Nela avanzó hacia el final del largo pasillo contando los números grabados sobre las puertas a lado y lado en forma descendente – deseando con el conteo devolver el tiempo. Conforme se acercaba al último cuarto, Gabriel abrió la puerta de su habitación de forma sutil y se asomó para verla desaparecer hacia los elevadores.

Cuando el queso se funde, pierde su forma original para convertirse en una suave y sedosa masa que funge como la goma de todo buen sándwich. No todos los quesos son aptos para incorporar en un delicioso sándwich a la plancha; por eso es importante conocer la ciencia detrás de los quesos, que conformaban la especialidad en la que trabajaba Nela ese día en la cocina: un desastre pegajoso de queso fundido entre dos tajadas de pan suavecito de papa. Los tres quesos de selección esa vez consistían en queso gruyère, por su característico sabor pungente; queso cheddar, por su sabor, color intenso y su capacidad de derretirse, aunque no de forma sobresaliente como el queso mozzarella – la estrella del platillo por sus magníficas propiedades para fundir. Este maravilloso ingredientepreciado por muchos alrededor del mundo consiste en una emulsión de

agua y grasa entrelazadas en una red de proteínas de la leche. Los quesos más jóvenes, como mi amigo el mozzarella, contienen un alto contenido de humedad, por lo que tienden a ser los favoritos a la hora de desarrollar platillos donde el queso burbujea al derretirse y forma una cama elástica que envuelve y sostiene los elementos de un rico sándwich, un fondue o una pizza. Al someterse a altas temperaturas, la grasa de la leche se torna líquida y los enlaces de la proteína se rompen. Al darse esta ruptura, las proteínas sufren un cambio permanente; es por eso que una vez que el queso se derrite, este jamás vuelve a ser el mismo.

Es increíble lo mucho que llegué a aprender con Nela sobre el comportamiento de los alimentos ante diferentes estresores – y el queso siempre me pareció un tema fascinante, además de que el condenado me encanta.

Aquel día en que Nela se insertó diligentemente en los confines de la cocina a preparar el especial del día, la observé distraída. Algo acaparaba sus pensamientos y la distraía de sus funciones – provocando desastres más severos que el atollijo de los quesos en el sándwich. Confundió el azúcar con la sal cuando le pedí que me preparara un tecito; el olor a tostado invadió los aromas de la cocina cuando dejó una orden tiempo de más sobre la plancha caliente; y cuando le pidieron un juguito de piña, me tuve que hacer mandada para prevenir que le entregara al cliente una grotesca mezcla por haber confundido el agua con vinagre blanco.

Algo le pasaba a la pobre, pero cuando la enfrenté para que me contara no hizo más que regañarme por estar fuera de la cama y me mandó ligerito para el cuarto. Yo ya me sentía perfecta pero no me quedó de otra que acceder porque en esas, tanto Nela como el resto del personal del Café, se alzaron en armas para mandarme para arriba, así que con el rabo entre las piernas me retiré a mis aposentos.

Al rato, Nela llegó a revisar que me encontrara metida en la cama. Al escuchar sus pasos escalera arriba, pegué dos brincos y me metí entre las cobijas.

- Así es como me gusta verla - me dijo apenas entró por la puerta.

- ¿Muerta del aburrimiento?

- ¡No, doña Eva! Cuidándose mucho. ¡Recuerde lo que dijo el doctor! - me acomodó las almohadas y se sentó a la orilla de mi cama.

- ¡Yo me siento bien! - le dije mientras me cruzaba de brazos.

- Y me alegra oírlo, pero por el momento hay que descansar.

- ¿Y a vos qué te pasa hoy, mijita? Estás con la cabeza en las nubes. ¿Está todo bien?

- Sí, todo bien - me aseguró, aunque yo no le creía ni papa y estaba segura de que Gabriel tenía mucho que ver con su cara larga. Respiré profundo y dejé que la culpa me embargara - al fin y al cabo yo era la responsable por su miseria ante la actitud de Gabriel.

Nela me acompañó unas horitas durante la tarde antes de regresar a atender a los comensales que llegaban a hacer fila para la hora de la cena. Conversamos sobre el clima, sobre lo bonito que tenían el nuevo hospital que había abierto sus puertas tan solo cuatro años atrás y nos distrajimos en las profundidades de una sopa de letras; pero a pesar de todo, no logré sacarla de la bruma que nublaba sus pensamientos.

Un rato más tarde, ella regresó a trabajar y yo me quedé obstinada pasando los pocos canales transmitidos en la televisión que rara vez encendía.

Gabriel llegó a La Bruja de Arena pasadas las siete de la noche y el lugar estaba a reventar. Esperó por su mesa, mientras se entretenía viendo pasar los carros por el bulevar. Al tomar asiento se sintió decepcionado cuando Nela no llegó a tomar su orden como se había vuelto costumbre. Ordenó algo de tomar y despachó a la mesera antes de que tan siquiera pudiera recitarle los especiales del día. Buscaba a Nela entre la gente y, al no encontrarla, se levantó de su mesa y se dirigió hacia la cocina. Nela se hallaba inmersa en su trabajo, despachando orden tras orden como al compás de una máquina precisa y eficiente.

- Buenas noches, Nela - le dijo Gabriel desde la ventana del despacho.

Nela levantó la mirada. Sintió su estómago dar un salto al verlo, pero estaba tan ocupada que no tenía tiempo para atenderlo. Una ligera sonrisa se le dibujó en los labios mientras cantaba la orden a la línea de cocineros a sus espaldas: -¡Tres especiales, un batido de frutas, otro de piña y una limonada!

- ¿A qué hora terminás? - le preguntó.

- Hasta que quede satisfecho el último cliente - le dijo ella mientras terminaba de decorar un plato con dos tiras de crujientes

pepinillos.

- Te espero entonces, no tengo ganas de comer solo - y con eso se retiró de vuelta a su mesa.

Pasaron unas tres o cuatro horas hasta que el último comensal pagó su cuenta y emprendió su camino. Nela salió victoriosa de la cocina después de una larga jornada. Se quitó el delantal y se desempolvó las manos al dirigirse hacia Gabriel, quien la esperaba solitario en la mesa cerca de la ventana.

- ¿Buen día? - le preguntó Gabriel.

- Largo día - respondió ella.

- ¿Comemos algo? - Gabriel le cedió una silla pero ella se mantuvo de pie.

- Realmente no tengo mucha hambre, pero si querés te puedo hacer el especial.

- ¿Y me acompañás?

- ¿Por qué no? - Nela dijo y encogió sus hombros, estaba exhausta.

Gabriel la siguió hasta la cocina donde ella se puso a la tarea. Esparció una generosa dosis de mantequilla sobre cada tajada de pan, colocó la mezcla de tres quesos en el interior y lo puso sobre la plancha - con el lado de la mantequilla tocando el acero candente. El sonido de la grasa al contacto con el calor conforme el agua de la mantequilla se evaporaba, fue seguido por ese del queso fundido saliéndose entre las tajadas y cayendo sobre la plancha, indicando que estaba en su punto.

Nela colocó un par de tiritas de pepinillo en el plato y se lo entregó. Gabriel, habiendo adquirido gustos tejanos, optó por colocar el pepinillo en el interior del sándwich y tomó un mordisco. En el exterior la miga estaba dorada y crujiente, en el interior, donde antes coexistían tres quesos, una sola masa suave, pegajosa y elástica se estiraba de sus labios hacia el pan hasta que se rompió el enlace y pudo degustar su intenso sabor cremoso.

Mientras Gabriel comía, observaba cómo Nela terminaba de ordenar y limpiar la cocina. En las fajas de un pañuelo empolvado amarrado a su cabeza y un delantal que escondía su figura, Gabriel no podía evitar admirarla. Los labios se le partieron en una sonrisa cuando sintió algo en lo más profundo de su ser romperse como una pequeña rama delgada y frágil, y fue así como entendió que no volvería a ser el

mismo de antes. Como los quesos dentro de las tajadas de pan, comprendió que su vida se había enlazado con la de Nela para siempre, al aceptarse a partir de ese momento perdidamente enamorado de ella.

Capítulo 10

9.

Un Trago Amargo

El pan blanco liviano y suavcito que nos encanta nace de la harina refinada y carece del contenido de fibra y nutrientes alojados en el salvado y el germen del trigo. A pesar de sus virtudes nutricionales, el pan integral a menudo sufre el rechazo del paladar común por su característico sabor amargo y por su textura áspera – así que no es de extrañarse mi disgusto aquella mañana.

Yo, como muchos, no era amiga del pan integral. Cada vez que lo comía debía sobrellevar una sensación acartonada en mi boca, seguida por un intenso trago amargo que me hacía apretar los ojos con fuerza para no devolverlo. Esa mañana, mientras veía con recelo las tostaditas de pan que me dejó Nela para desayunar, no podía más que pensar en lo mucho que me apetecía un bollito de pan dulce embarrado en mantequilla y mermelada. Aunque trataba de ignorar la presencia de las tristes y solitarias tostadas integrales en el plato, mi estómago se retorció del hambre exigiendo que las probara.

Traté de distraerme con el televisor, pero cada vez que pasaba canales solo aparecían programas matutinos de cocina donde una elegante mujer con fino maquillaje y uñas estilizadas nos enseñaba cómo hacer un arrocito arreglado de pollo con salsa de crema de hongos, seguido de un queque de higos en almíbar que me puso a salivar. Enfurecida apagué la tele y reacia agarré el plato de tostadas. Respiré profundo, cerré los ojos y conté: uno, dos y tomé el primer mordisco. Cuando mi paladar se topó con una masa suave y esponjosa abrí los ojos sorprendida para ver si lo que había en mi boca era lo mismo del plato. Tragué ese primer bocado con gran facilidad y un dulce sabor residual de un pancito recién horneado me brindó gran satisfacción y en un santiamén las dos tostaditas habían desaparecido.

Estaba que me chupaba los dedos cuando llegó Samuel a visitarme. Me dio un gran gusto verlo. Desde la esparcida de cenizas de Gustavo no lo veía y me alegró observarlo con tan buen semblante. Se sentó al borde de mi cama y conversamos por horas. Estaba contento porque había logrado vender varios cuadros de doña Margarita – la mamá de Gustavo – a muy buen precio.

Un tímido golpe en la puerta interrumpió nuestra amena charla. Samuel, como buen caballero, me prohibió mover un dedo y se desplazó

para recibir a quien esperaba del otro lado. Cuando abrió, pude ver cómo la cara de Gabriel se desfiguró al toparse de frente con Samuel.

- Vuelvo más tarde - dijo Gabriel enseguida. Pero yo no iba a tolerar sus desplantes bajo mi propio techo y cuando Samuel ofreció que él se iría en su lugar, más brava me puse y los obligué a quedarse a ambos. Si algo he aprendido con los años es que no hay quien le diga no a una pobre vieja convaleciente; si de algo me iba a servir que me trataran como a una enferma, sería para que estos dos hablaran civilizadamente de una vez por todas.

El silencio que transcurrió fue bastante incómodo. Ambos caballeros tomaron asiento, cada uno a un costado de mi cama, y les tomé las manos. Yo estaba realizada, por supuesto, y segura de que Gabriel estaba al borde de un colapso. De seguro llegó con la ilusión de ver a Nela, y en su lugar se encontró tomado de la mano de una viejilla y a pocos metros de la persona que según él lo había traicionado. Podía sentir su tensión en mis dedos – los cuales esa mañana se adornaban con mis uñas pintadas de un color rojo escarlata que brillaba contra mi piel morena. Samuel, a pesar de que lo sentía tranquilo, estaba un poco inquieto. Se acomodaba de una y de otra forma hasta que encontró la más cómoda para posarse de lado en mi colchón y recostarse en el respaldar de mi cama.

- ¿Sabías que Samuel tiene en su taller una colección de obras muy interesantes que pueden ser de tu gran interés? - dije finalmente rompiendo el silencio.

- Hmm, las de mi abuela - contestó Gabriel.

- No, querido. No me refiero a esas.

- No tenés que ir si no querés - dijo Samuel levantándose de la cama. Me lanzó una mirada suplicándome no presionar al muchacho. Pero mi intención no era presionarlo, sencillamente quería darle un empujón.

Gabriel también se levantó. No le gustó que Samuel intercediera por él y resentía que tratara de protegerlo, entonces le contestó: - ¡Pues sí! Resulta que sí quiero ir.

- Claro, siempre serás bienvenido - Samuel asintió.

Gabriel se cruzó de brazos y se volteó impávido a observar a la gente caminando por el malecón a través de la ventana. Supe en ese momento que no lograría sacarle más palabras y cayó nuevamente el peso del silencio sobre mi pequeña habitación.

- Bueno Evita, yo mejor me voy - dijo Samuel -. Mi visita ya se ha extendido más de lo que soy bienvenido, así que emprendo mi camino - se agachó cuan alto era y me plantó un beso en la mejilla -. Espero que te sintás mejor.

- ¡Si ya yo me siento bien! - me crucé de brazos.

- Claro, pero tenés que descansar. Si necesitás cualquier cosa no dudés en pegarme una llamada y aquí estaré, ¿oíste? - se dirigió hacia Gabriel, quien le daba la espalda, y le extendió la mano. Pero el gran malcriado no tuvo la cortesía de voltearse y devolverle el gesto. Samuel se fue sin perturbarse.

- Nada te cuesta poner en evidencia la excelentísima educación que te brindaron tus papás, ¿no creés? - le dije una vez que Samuel se había ido.

- Ese señor traicionó mi confianza - contestó Gabriel señalando hacia la puerta.

- No seás tan duro con él, mi cielo.

- Él no es mi papá. Yo no soy ningún chiquito al que hay que proteger con eso de 'si quiero o no ir a la galería' - dijo gestionando una mueca y recreando comillas en el aire.

- Pues por tu actitud infantil sí parecés un güila; tenés que madurar, Gabriel.

Con eso lo dejé callado. El muy berrinchudo se cruzó nuevamente de brazos, se sentó en el borde de mi cama y no me dirigió la palabra.

- Tu mamá sabía - le dije al cabo de unos minutos.

- ¿Sabía qué?

- Vos sabés perfectamente de lo que estoy hablando.

Más silencio.

- Tu mamá sabía perfectamente los intereses de Gustavo, pero eran tan amigos, y se conocían de toda una vida, que reinó el deseo de ambos por convertirse en padres, así que decidieron casarse. Cuando vos naciste era tan grande su amor por vos que estaban convencidos de hacer funcionar esa familia... su familia. Y lo hicieron por mucho tiempo y les funcionó el tiempo que duró. ¡Como muestra un botón! Mirate a vos mismo y la persona maravillosa que sos hoy por hoy. Pero ni el amor más

grande puede reprimir que uno sea uno mismo.

- No. No, no. Eso no puede ser - me dijo con voz temblorosa y lágrimas en sus ojos -. Doña Eva, usted no tiene idea lo que fue para mí darme cuenta de todo esto... de la traición. Esa noche mi mundo se derrumbó. ¿Qué tenía yo en ese entonces? Apenas catorce años, y la vida y el mundo que creía conocer colapsaron sobre mí como un talud en pleno temporal. Todavía me aferraba a mi inocencia a pesar de estar entrando en esa época complicada donde ni uno se conoce, donde la adolescencia lo atropella a uno como un tren y uno busca consuelo en las personas que más admira, para sentir que todo va a salir bien al final. ¡Yo no tuve eso! Mi comienzo en la adolescencia fue atropellado, y por culpa de mi papá entré más confundido que el promedio. ¿Usted sabe lo que es eso?

- No estoy poniendo en duda que no te haya dolido - le dije.

- ¿Dolido? Eso es tan solo una migaja de lo que sentí en ese momento - continuó -. Lo que pasó esa noche me marcó de por vida.

Gabriel se levantó y comenzó a pasearse por la habitación reviviendo en su mente el recuento de esa noche. Se detuvo, apretó los ojos, se llevó la mano a la frente y comenzó a hablar: - Esa noche mi papá tenía invitados en la casa, como era costumbre. Usted estaba allí. Ya no recuerdo si celebrábamos algo o si era una reunión de esas así porque sí. Fue la primera vez que probé el alcohol - soltó una tímida risa ante el recuerdo -. No me gustó para nada. Era ron y recuerdo el trago amargo bajar por mi garganta y quemarme la boca. Papá estaba orgulloso y me abrazó porque ya era todo un hombre, aunque también me advirtió que si lo hacía fuera de casa y de su supervisión me iba a amarrar los huevos.

- Siempre fue muy folclórico Gustavo con sus expresiones.

- Sí... - Gabriel sonrió, pero rápidamente su dulzura dio paso al dolor -. Cuando me mandaron a dormir me puse furioso. Por un lado me decían que ya era grande y por otro me mandaban a la cama temprano como a un chiquito. Alegué un gran rato pero finalmente perdí la pelea y me fui a dormir. Supongo que era bien tarde, porque apenas mi cabeza tocó la almohada me quedé profundamente dormido.

Gabriel volvió a tomar asiento a mi lado, bajó la cabeza y la enterró en sus brazos. Se meneaba hacia delante y hacia atrás abrumado por el recuerdo. Quise decirle algo, pero no encontré las palabras adecuadas así que me acerqué a él y le sobé la espalda hasta que se sosegó. Sabía que tenía que dejarlo seguir, era importante que se desahogara.

- Un sonido en la madrugada me despertó - continuó -. No logré discernir qué era ni de dónde venía así que decidí salir de mi cama y

revisar de qué se trataba. Salí de mi cuarto y de puntillas me acerqué al cuarto de mi papá porque el sonido venía de allí -. Gabriel frunció el ceño. Antes de seguir se atragantó de sollozos, pero luego se aclaró la garganta y prosiguió -. Siempre quise mucho a Samuel; no solo era el mejor amigo de mi papá sino que era mi padrino y lo admiraba muchísimo. A esas edades uno no cuestiona si alguien es de una u otra forma; uno simplemente los acepta por lo que son. Así que jamás, jamás, jamás, jamás se me pasó por la mente que era... que era... - Gabriel apretó fuerte su mandíbula - ... Que era su amante - escupió las palabras con asco.

- Después de eso todo pasó muy rápido - Gabriel prosiguió -. La cruda imagen de los dos revolcándose en la cama se impregnó en mi memoria y me atormenta hasta la fecha en mis peores pesadillas. Regresé a mi cuarto donde agarré las primeras tres cosas que encontré en la oscuridad, me vestí y salí corriendo con la billetera de mi papá en mano - siempre la dejaba dentro de un tarro de galletas en la cocina. Al atravesar la entrada de la casa tiré la puerta con fuerza detrás de mí; por lo menos quería que se dieran cuenta de lo que se les venía encima - o al menos eso pensé en ese momento. Corrí cuesta arriba y cuando llevaba unos docientos metros de ventaja escuché los gritos de mi papá llamándome. No me quise ni voltear. Corrí y corrí hasta no sentir las piernas y el sudor me chorreaba por la frente y me empapaba la camisa. Llegué a la estación de buses de Quepos con el primer rayo del sol. Aún no salía el primer bus y me tuve que esperar sentado en la acera al borde de la calle, abrazado al triste bulto que cargaba los pocos chunches que se me ocurrió empacar.

Durante su relato se rehusó a mirarme. Gabriel se secó las lágrimas y respiró profundo antes de voltearse y sostener mi mirada. Me entristeció verlo tan conmocionado y por primera vez entendí lo que había pasado aquella noche. Siempre me lo imaginé, pero escucharlo de sus propias palabras le dio vida a aquella escena de un niño de catorce años sintiéndose traicionado por su padre y su padrino por un acto difícil de explicar a esa edad temprana. Lo que para unos era un acto de amor, para otros se reducía a traición.

- Cuando lo vi acercarse a la estación de buses me escondí - continuó Gabriel y yo lo tomé de las manos -. No quería verlo. No podía verlo. Estaba asqueado. Todo era demasiado increíble. Para mí se había convertido en una persona completamente distinta. Esa fue la última vez que lo vi.

Capítulo 11

10.

El Fresquito

Gabriel salió de mi cuarto ya más calmado. Se dirigía hacia su hotel cuando se topó de frente con Rata y su brillante sonrisa.

- Gabo, imi rey! Te estaba buscando - exclamó Rata extendiendo los brazos para pegarle un gran abrazo, pero Gabriel lo esquivó -. ¿Qué pasa mi hermano? - le preguntó poniéndose al trote detrás de él.

- No estoy de humor, hablamos más tarde - le contestó Gabriel sin detenerse.

A pesar de sus defectos, una de las virtudes de Rata era su perseverancia. Quería agradecerle a Gabriel por haberle echado el hombro el otro día y no iba a desistir hasta lograrlo, así que lo siguió hasta su hotel. Al llegar a la entrada, Gabriel se detuvo. Ya no estaba seguro si debía entrar o seguir su camino sin rumbo.

- Bro, te quería agradecer...

- ¡Ahora no Rata! ¿No ves que quiero estar solo?

- ¿Pero qué te pasa? Dejame ayudarte como vos me ayudaste a mí.

- No necesito tu ayuda, ¿no entendés?.

Rata bajó la cabeza por un breve segundo y cuando volvió a levantar la mirada ya Gabriel cruzaba la calle hacia el malecón. Corrió detrás de él y lo siguió hasta que llegaron al muelle. Al toparse con el portón cerrado – no había embarcación alguna preparándose para zarpar –, Gabriel entrelazó sus dedos con la reja y apoyó su cabeza derrotado contra el ardiente metal.

- Dejame ayudarte - insistió Rata a sus espaldas.

Gabriel suspiró, exasperado por la insistencia.

- No. Necesito. Tu. Ayuda. Quiero. Estar. Solo - Gabriel pronunció cada palabra para que quedara claro que no requería la ayuda de Rata ni

su compañía.

- Hagamos una cosa - Rata comenzó a decirle mientras tomaba unos pasos hacia él -. Dame el chance de darte las gracias y ya no te jodo más.

Gabriel dejó su cabeza colgar hacia delante resignado. Sabía que no se podría deshacer tan fácilmente de Rata así que no le quedó más remedio que complacerlo.

- ¿Siempre sos tan insistente?

- ¿Cómo creés que logré que Marbellita se casara conmigo? - le dijo Rata, rebotando sus cejillas como chiquillo travieso.

- ¿Qué querés? - le preguntó Gabriel finalmente.

- ¡Excelente mi hermanito! - saltó Rata al ver que había logrado su cometido -. Dame treinta minutos y nos topamos allá, en el Paradero Nahomi.

- ¡No voy a ir a tomar guaro con vos, mae!

- No, no, no. No es nada de eso. ¡Te lo juro! - Rata levantó su índice y su pulgar derecho en forma de cruz y se lo llevó a los labios, plantándoles un beso con sus carnosos labios - . ¡Treinta minutos! - confirmó y salió en carrera.

Gabriel esperó a Rata sentado sobre una gran roca con vista a Bahía Nahomi. En el reflejo de las aguas claras de la bahía ansiaba poder ver a Nela como aquella noche que quedó hechizado, sin saber que era ella, con su misteriosa presencia. Pero la playa estaba desértica esa tarde y lo único que lo acompañaba era el sonido del mar reventando contra las piedras que delineaban el paradero.

Rata llegó sin contratiempos. Jalaba con sus brazos un kayak color amarillo intenso diseñado para dos, con dos pares de remos balanceados en su interior. Traía a cuestas una pequeña mochila y al ver a Gabriel observarlo con curiosidad le dijo: - Provisiones para el ride - dando palmaditas sobre la tela del maletín.

Gabriel no se opuso a la iniciativa de Rata y lo ayudó a jalar el kayak hasta el agua. Rata le entregó un par de remos y partieron con el

viento en contra rumbo a Playa Biesanz, ubicada en Punta Quepos.

Remaron con esmero hasta salir del área protegida por los contornos de la bahía donde los golpeó una fuerte ráfaga de viento que entorpeció su avance; ambos sumergieron sus remos en el agua con mayor fuerza para seguir a brazada firme hacia delante.

Playa Biesanz los recibió con sus cálidas aguas cristalinas y su arena blanca coral. Rata se tiró al agua una vez que esta alcanzó su cintura y Gabriel lo siguió. Jalaron el kayak hasta la arena para prevenir que se aventurara sin pasajeros hasta las profundidades del mar y los dejara encallados en aquel lugar.

Gabriel observó maravillado a su alrededor la quietud que la playa les brindaba. Desde su llegada no se había sumergido en el mar y apreció la sensación pegajosa en su piel ofrecida por la salinidad del agua.

Al ser temporada baja, esa tarde contaban con la dicha de tener la playa solo para ellos. Rata tomó asiento y enterró sus pies en la arena. Hurgó en su mochila y sacó una bolsa con unos sandwichitos empacados en papel con el sello de La Bruja de Arena.

- El ejercicio me abrió el apetito - dijo conforme le entregaba a Gabriel la mitad de su sándwich. Gabriel reconoció en sus ingredientes una receta de infancia de la casa de su abuelita: finas tajadas de pepino marinado en jugo de limón con un poco de sal y pimienta, sobre una suntuosa cama de cremoso queso crema en pan multigrano.

- Esta Nela siempre se preocupa por mí - le dijo Rata metiéndole un gran mordisco a su mitad -, hasta que coma fresquito.

Gabriel tomó un bocado y dejó que los sabores lo transportaran de vuelta a la casa de su abuela en San José. Cuando iba con su papá a visitarla, este siempre le pedía a doña Rufina – la criada que vio a Gustavo crecer y les ayudó a sus papás hasta cumplir sus últimos días – que le preparara un delicioso sándwich de pepino. Era una receta poco convencional para chiquitos, pero Gabriel en esas visitas entrenó su paladar para apreciarla y lo trastornaba la cantidad de queso crema que la viejilla le agregaba al sándwich de él. “Especial para Gabito”, solía decir la señora cada vez al entregárselo.

Devoró su bocadillo y tomó asiento junto a Rata sintiéndose satisfecho.

- Gracias - le dijo Gabriel, aterrizando un suave puño sobre el hombro de su amigo.

- ¡A vos mi hermano! - le contestó Rata aún con la boca llena -. Ya, fuera de vara - continuó al tragar -, la otra noche me salvaste la vida. ¡Te debo una!

- ¿Puedo ser franco con vos? - le preguntó Gabriel.

- ¡Pues claro!

- ¿Qué está pasando? Esa noche te pasaste con tu mujer, ¡hombre!

Rata dejó colgar su cabeza entre las piernas.

- Sabés... Hay organizaciones que te pueden ayudar con estos temas - continuó Gabriel -. Y no me lo tomés a mal; yo aprecio un buen traguito y en una u otra ocasión se me ha ido la mano, pero tenés que tener cuidado.

- Sí, lo sé, lo sé - contestó Rata abrumado -. Marbellita no se merece esto...

- Ni tus hijos, ¡huevo! Tenés cuatro chiquitos en la casa.

- Sí, es verdad. Marbella me va a dar una última oportunidad, ¿sabés?. Le prometí que iba a reformarme. Buscar ayuda. Doña Eva me encomendó con el padre Joaquín y un grupo de la iglesia... pero es que esos religiosos son un bostezo, no tenés idea. Esta mañana fui a la primera charla y me sentí pésimo. No me sentía parte del grupo; todo lo que me rodeaba era ajeno a mí y no era más que una mosca en leche en ese salón comunal. Literal, mi hermano. ¡Era el único mulato!

Gabriel soltó una carcajada.

- Tenés que hacer un esfuerzo, Rata. No te queda de otra.

- Y lo estoy haciendo, creeme. Y lo voy a lograr. Por mi familia. Aunque me cueste el sentido del humor y me convierta en un reza rosarios - prende candelas.

- En ese caso - le dijo Gabriel -, prendete una candelita por mí.

- Hablando de prender - le dijo Rata -, ¿qué te parece si prendemos uno de estos puritos? - Rata sacó del bultito un par de puros de marihuana y Gabriel peló los ojos al ver lo que su amigo sostenía en la mano.

- ¿Qué es, que ya estás fumado huevón? ¿Cómo se te ocurre?

- Un par de jaladas, Gabo. Solo para relajarnos un poco. ¡No seas tan mojigato! Ha sido un día estresante para ambos... ¿O me equivoco?

Gabriel se quedó mirando fijamente los dos puros envueltos en papel blanco retorcido. La verdad es que ganas no le faltaban. La última vez que había probado un jalón fue en la universidad y recordaba haberse sentido muy bien.

- ¡Está bien! - le contestó finalmente -. Pero solo un par de jalones. Guardate el otro.

- ¡Buenísimo! - Rata se frotó las manos y prosiguió a encender el porro. Tomó un jalón profundo y sonrió al exhalar el humo por su boca y su nariz. Le pasó el puro a Gabriel, quien lo tomó entre sus dedos un tanto inseguro mientras el olor a monte invadía todos sus sentidos. Se armó de coraje y pensó: '¿Qué es lo peor que podría pasar?', y se animó a colocarlo entre sus labios e inhalar los compuestos volátiles que tan solo unos diez minutos más tarde le brindarían paz mental y armonía.

Fumaron y se echaron boca arriba en la arena bajo el cielo de un atardecer que no prometía mucho espectáculo al encontrarse completamente nublado. Charlaron de las cosas más insignificantes que se les ocurrían – como el cosquilleo de la espuma del mar en las plantas de sus pies al extenderse el agua playa arriba con el reventar de las olas, para luego retraerse tímida con la fuerza de la corriente – hasta temas más profundos donde el mismo Gabriel se sorprendió de la facilidad con que le fluían las palabras, al comentarle a Rata sobre su padre y el conflicto con su padrino. Gabriel admitió querer devolver el pasado cuando disfrutaba los largos días de vacaciones jugando en la playa sin preocupación alguna. Desde la terraza de la casa sus padres lo veían divertirse; Samuel también estaba allí. Se sentía seguro y protegido. Pero todo era una fachada y todos participaban de esa ilusión óptica que querían proyectar ante la gente, cuando al único que lograron engañar fue a él mismo. Rata le aconsejó regresar a la casa de su papá en Playa Playitas.

- Allí está el perdón y tenés que ir a buscarlo - le dijo. Se pegaron una llorada, pero el llanto se convirtió pronto en carcajadas entre temas de conversación. Rata le expresó tener dudas sobre el crío de la Gringa, y le confesó haberla visto en más de una ocasión en compañía de otro moreno: un francés, si mal no recordaba. Gabriel, con su claridad de pensamiento momentánea, le aconsejó llevar al niño a hacerse una prueba de paternidad y así estar completamente seguro de si él era o no el progenitor de la criatura. Rata lo meditó y le contestó que le encantaría, pero que era algo caro que no había en los servicios de la Caja. Gabriel se ofreció a pagarlo, bajo la condición de que cumpliera la promesa de no

volver a tomar alcohol y mucho menos frecuentar lugares que lo empujaran al vicio. Rata le pegó un fuerte abrazo a Gabriel y lo llenó todo de arena. Se dejaron mecer por carcajadas una vez más y esta vez no pararon hasta que les dolió el estómago de tanta risa.

Rata se levantó al rato y extrajo más sándwiches de su bulto. El hambre para ese momento había crecido y devoraron hasta la última migaja antes de caer rendidos nuevamente sobre la arena. Gabriel cerró los ojos y sin darse cuenta se quedó profundamente dormido. La brisa fresca del mar lo arrulló mientras su mente despejada se abstuvo de reproducir sueño alguno como los que con frecuencia atormentaban sus noches.

Al despertar ya era de noche y el cielo se había aclarado por completo. Había una hermosa luna llena que iluminaba la playa y se reflejaba en el ir y venir de las olas. Rata nadaba en dorso en el mar mientras cantaba 'Redemption Song', una pieza que los trastornó cuando salió a finales de 1980 y fue el himno de ese verano cuando apenas eran unos mocosos revoltosos de doce años.

Won't you help to sing

These songs of freedom?

'Cause all I ever have

Redemption songs

Redemption songs

Emancipate yourselves from mental slavery

None but ourselves can free our mindssss

Gabriel lo observó desde la orilla y sonrió. Los efectos de la marihuana ya le habían pasado pero sentía mucha paz al encontrarse en esa playa en compañía de su amigo de infancia.

- ¡Sabias palabras de Mr. Bob Marley! - gritó Rata desde el agua al ver a Gabriel allí de pie.

Gabriel asintió. - Deberíamos ir haciendo viaje, ¿no creés?

- ¡Efectivamente! Marbellita debe estar esperándome.

Tomaron el kayak y se aventuraron nuevamente mar adentro para escapar del reventar del oleaje. Remaron con mayor agilidad de vuelta a Bahía Nahomi al contar con las virtudes de la brisa a su favor y con la luz de la luna guiando su camino.

Entraron a la bahía y por ser domingo el paradero dormía. Siempre cautivado por la imagen de Nela aquella noche, Gabriel no pudo evitar voltear su mirada hacia la playa, esperando verla allí. Cuando vio la figura de una mujer pasearse por la arena no lo dudó ni un momento antes de saltar de clavado al agua. Rata se extrañó al verlo zambullirse y le gritó que regresara porque, aunque pareciera corta la distancia, había una buena nadada hasta la playa. Gabriel lo ignoró y se fue nadando. Rata por fin entendió de qué se trataba el arrebató de Gabriel y, muerto de risa, le gritó que no contaran con él como violinista.

Nela escuchó los gritos de Rata y dirigió su mirada hacia el agua donde vio a Gabriel acercándose a la orilla en dirección suya. Se quedó estática al verlo salir del mar y no pudo evitar sonreír. Gabriel estaba agitado, pero no paró hasta llegar donde ella.

- Nela - la saludó mientras trataba de apaciguar su respiración.

- Gabriel.

Gabriel le dejó ver sus dientes perfectamente delineados en una gran sonrisa. No sabía qué más decirle y ella también se había quedado muda. La luna estaba resplandeciente y podía verse el espacio entre sus sombras dibujadas en la arena. Gabriel dio dos pasos hacia delante y se acercó más a ella tratando de cerrar la brecha entre los dos. Nela se quedó sin aliento al sentir el aroma del mar de su piel mojada.

Gabriel disfrutaba ponerla nerviosa, pero Nela odiaba la congoja que se apoderaba de su cuerpo cada vez que estaba tan cerca de él, así que tomó dos pasos hacia atrás. Gabriel no se iba a dar por vencido, así que avanzó nuevamente dos pasos hacia ella. Nela tomó tres pasos hacia atrás. Gabriel volvió a acercarse y, antes de que ella pudiera alejarse de nuevo, la detuvo del brazo.

- Dejémonos de juegos - le susurró al oído.

Nela bajó su mirada y apretó los labios para suprimir la sonrisa que se dibujaba en su cara. Gabriel captó el detalle y sonrió.

- Lo que ves por fuera es muy diferente a lo que llevo por dentro ³/₄ le dijo poniéndose seria -. Puede que lo de afuera te guste ahora, pero por dentro estoy estropeada. No te conviene...

- Dejá que sea yo el que decida qué me conviene - la interrumpió. Colocó la palma de su mano sobre su mejilla -. Al final vos y yo no somos tan diferentes, ¿sabés?

- Claro que sí, Gabriel. Nuestros mundos distan mucho el uno del otro.

- ¿Y cómo es que estamos hoy aquí? Si fueran tan distintos jamás se hubieran cruzado.

Nela se libró del agarre de Gabriel y caminó hacia el mar. Necesitaba alejarse de él. Con cada minuto que pasaba cerca de él, el juicio se le nublababa y perdía el pulso con su autoconvencimiento de que ella no era para él.

Las cálidas aguas de la bahía la invitaban a sumergirse en sus profundidades – al fin y al cabo por eso frecuentaba ella la bahía en la oscuridad de la noche. Volteó hacia los árboles que enmarcaban la costa y se encontró con la penetrante mirada de Gabriel observándola.

- Date vuelta - le ordenó.

Gabriel se volteó lentamente sin protestar, pero con el rabillo del ojo trataba de echar un vistazo a lo que ella estaba haciendo. Nela subió las faldas de su vestido y las llevó por encima de sus brazos y sobre su cabeza. Gabriel contempló cómo la suave tela le acarició la piel en su recorrido, hasta despojarse completamente de su ropa. La luz de la luna se reflejaba sobre su piel blanca y pudo ver los trazos de un dibujo abrazándole el muslo izquierdo – revelación que, siendo él relativamente conservador, lo sorprendió. Cuando escuchó el chapoteo de Nela al entrar al agua, Gabriel se dio vuelta inmediatamente y corrió hacia el mar para hacerle compañía, quitándose la camisa y la pantaloneta en el trayecto – a pesar de tenerlos empapados.

Nadó hacia ella, pero nuevamente retomaron el juego del gato y el ratón y ella se alejaba cada vez que Gabriel se encontraba lo suficientemente cerca para tomarla entre sus brazos. Gabriel se rehusó a seguirle el juego esta vez y se detuvo. Entretenida por su decisión de desistir, Nela bajó la guardia y se le acercó. De repente se sintió intimidada de la proximidad

de sus cuerpos bajo el agua y recurrió a sus largos brazos para tapar sus senos. Gabriel llevó su dedo índice bajo el agua y con él recorrió el contorno del tatuaje delineado sobre el muslo de ella.

- ¿Qué es? - le preguntó, refiriéndose a la tinta marcada en su piel.

- Es un manzanillo - le dijo.

- ¿Tiene algún significado?

- ¿Creés en cuentos de hadas? - le preguntó.

- Eh, no - Gabriel contestó un tanto confundido.

- Yo tampoco - le dijo ella -. Pero creo en los símbolos. El manzanillo es un árbol hermoso; sus frutos son parecidos a manzanas, pero tienen una sustancia lechosa altamente venenosa. Lo llaman el árbol de la muerte.

- ¿Blancanieves y la manzana venenosa? - Gabriel levantó su ceja un tanto incrédulo.

- Algo así... - contestó Nela -. Pero también representa que ahí donde hay belleza también hay oscuridad y sufrimiento.

Gabriel retiró un mechón de pelo mojado que caía sobre la cara de Nela, el reflejo de la luna rebotaba sobre el verde de sus ojos. Se acercó con cautela y sin que ella pudiera rechazarlo, le tomó la barbilla con la punta de sus dedos y le plantó un suave beso sobre sus labios húmedos. Al ver que no huía Gabriel la tomó entre sus brazos, sus cuerpos se entrelazaron debajo del agua. Nela no pudo resistirse más y cayó rendida ante su encanto. Gabriel la besó nuevamente. Nela tomó su cara entre sus manos y lo besó de vuelta con la misma intensidad que él exigía al partirle los labios en dos y saborear su boca.

Bajo la claridad de esa noche, Nela descuidó las barreras que la obligaban a distanciarse de él, atraída por las suaves caricias que recorrían su piel - a pesar de que en el fondo todavía sentía temor, más aún con la proximidad de sus cuerpos desnudos bajo el agua. Con sus labios, Gabriel delineó las suaves facciones de ella - desde la frente hasta el mentón -, hasta besarle el cuello. Su aroma lo intoxicaba y no podía separarse de ella. Nela lo estrechaba con todo su ser; sus brazos recorrían su espalda fuerte y cuadrada mientras sus piernas cobraron vida propia y lo abrazaron con fervor debajo del agua. Por primera vez sentía lo que era ser tocada con dulzura y con pasión, y a pesar de ser una sensación extraña y nueva para ella, disfrutaba de cada momento entre sus brazos. El suave tacto de las manos de Gabriel recorriendo su piel hacía que sus extremidades reaccionaran con un fuerte cosquilleo que viajaba hasta la punta de los dedos de sus pies. Enredó sus manos en los mechones

alborotados de él y lo besó con más ganas.

Como si se encontraran bajo las profundidades de la bahía, ambos se detuvieron para tomar aire. Ella sentía el aliento cálido de Gabriel sobre su cuerpo conforme recobraban la respiración. Luego él la besó con ternura, trazando sus labios y recorriendo desde la base de la clavícula hasta el hombro que se asomaba tímido sobre el agua. Nela agradeció las gotas de agua que se deslizaban sobre su rostro para esconder las suaves lágrimas que sus ojos dejaban escapar. No sabía hacia dónde la llevarían todas esas emociones que de repente hacían temblar todo su cuerpo, pero quería creer con todo su ser que eso era sentirse amada.

Más tarde caminaron bajo las luces amarillas del alumbrado eléctrico de Quepos hasta llegar a la entrada del Best Western donde se alojaba Gabriel. Los dedos entrelazados de sus manos rehusaban soltarse al caer en cuenta que habían llegado al vestíbulo – lo que marcaba el fin de su velada.

- Subí - Gabriel le suplicó a Nela mientras jugueteaba con los dedos de su mano.

La mirada inquisidora de la recepcionista de turno desalentó a Nela quien rechazó la oferta de Gabriel. - Además - agregó ella -, debo ir a ver cómo sigue doña Eva. No quiero dejarla sola por la noche.

- Por lo menos dejame acompañarte - le dijo él saliendo nuevamente por las puertas del hotel.

Nela soltó su mano y le dijo que ella sabía llegar sola a su casa. Le plantó un suave beso en la mejilla y se retiró acera abajo hacia el Café. Gabriel se quedó inmóvil. Colocó sus manos sobre el corazón y cuando Nela volteó para verlo una última vez antes de desaparecer en la oscuridad de la noche, simuló un corazón roto a causa de su negativa. Nela se sintió halagada y sonrió.

Llegó campante hasta nuestra pieza al final de la calle. Nunca la había visto tan contenta. Me encontró leyendo uno de mis libros de la mesa de noche, de Danielle Steele, y se recostó a mi lado – la sonrisa no le cabía en la cara. No me hizo falta preguntarle qué le pasaba, supuse que no me contaría siendo ella tan reservada. Pero yo sabía que llevaba el nombre de Gabriel tatuado por todo lado, y me alivió saber que mi daño no había resultado irreparable.

Capítulo 12

11.

Enredo de Piña y Coco

Al día siguiente al fin logré convencer a Nela de que me dejara acompañarla al Café, bajo la condición de no levantar un solo dedo mientras me encontrara allí. ¡Qué alivio! Ya no estaría postrada en la cama un día más y al menos podía entretenerme con el ir y venir de nuestros clientes – tanto los regulares como los esporádicos turistas. Me emperifollé para bajar – porque ¡antes muerta que sencilla! – y me encaminé escaleras abajo portando mi mejor collar. Cuando entré a la cocina, el olor a piña me dio la bienvenida. Ese era otro de los aromas que me recordaban con dulzura a Gustavo. Cuando Nela compraba piñas en la feria para su famoso trenzado de piña y coco, aprovechaba zamparle cuanta piña podía a Gustavo antes de poner a cocinarlas, por las virtudes que ofrecía la bromelaína – una enzima digestiva que además de actuar como antiinflamatorio tiene también propiedades inmunoestimulantes, entre otras funciones beneficiosas. Recuerdo escuchar cómo Nela regañaba a Gustavo por no haber comido más piña de chiquito. - ¿No ves que la enzima esa inhibe la proliferación de células tumorales? Quién sabe, hasta te hubiera prevenido sufrir de esta enfermedad - le decía.

- Al que le toca, toca... porque la suerte es loca, mi Nelita - le contestaba Gustavo mientras masticaba un jugoso pedazo de piña que le chorreaba por los labios.

Ya para entonces había perdido bastante peso y el gordo de sus cachetes se le había escurrido y parecía otra persona. Pero el buen humor lo acompañó hasta la tumba. En ningún momento lo vimos desistir de brindarnos una sonrisa, incluso cuando Samuel lo jalaba en una silla de ruedas en sus últimos días.

Recuerdo ese día que me reincorporé nuevamente a la vida del Cafecito y de la preparación del trenzado de piña y coco – que con cánticos Nela preparaba en la cocina –, porque fue cuando llegó a complicarnos la existencia Roy Ramírez.

Antes de entrar en detalles sobre esa mañana voy a ahondar un poco sobre Roy Ramírez y cómo llegó a parar a nuestro Café. Roy Ramírez era oriundo de Turrialba, hijo de Roy Ramírez padre y Estercita Delgado. Cuando era apenas un adolescente su familia se aventuró a mudarse a la capital y abrieron una carnicería. La carnicería prosperaba y don Roy se había hecho famoso en el barrio por vender el mejor chicharrón. Nunca se

imaginaron que el negocito que les brindaba tanta ilusión y ayudó a que su único hijo cursara la universidad para convertirse en profesor de ciencias, también sentenciaría el destino de su familia. Una tarde de fin de semana de quincena, cuando don Roy se encontraba sacando el chicharrón de la paila, un par de pillos entraron al local y amenazaron con matarlo si no les daba todo el dinero de la caja. Habiéndose criado campesino, don Roy no le temía a nada y estaba dispuesto a defender su negocio a como diera lugar. Los encaró con la vara de metal que utilizaba para enganchar la canasta del chicharrón y se interpuso entre sus agresores y la caja registradora. El más débil de los dos se asustó al ver que su víctima no le temía y salió huyendo. El otro, una vil basura que calculó poder desarmar al pobre viejillo, lo enfrentó y se le abalanzó para quitarle la herramienta. Forcejearon y el tipo terminó lanzando a don Roy a la paila llena de aceite hirviendo. Cuando el ladrón logró apoderarse de la caja registradora, sintió el cuerpo burbujeante de su víctima abalanzarse sobre él, evitándole el acceso a sus ganancias. Exasperado con la tenacidad de don Roy, se lo sacudió de encima y terminó pegándole dos balazos en el pecho. Tomó todo el dinero que pudo y salió corriendo del local. En la puerta se topó por breves segundos con la mirada asustada de Roy hijo, quien llegaba corriendo al rescate de su padre después de escuchar los disparos, pero no tuvo chance de asimilar lo ocurrido y lo dejó escapar.

La muerte de su papá lo marcó para siempre. Atormentado por los recuerdos, Roy Ramírez cerró la carnicería y regresó a Turrialba con doña Estercita, pero la vida de campesino no le sentó bien y al poco tiempo regresó a San José. Al cabo de un par de años lo llamaron a declarar como testigo en el juicio del ratero asqueroso que mató a su papá. Escuchar la condena que lo sentenciaba a doce años en la Reforma no le brindó consuelo a Roy Ramírez, así que decidió tomar cartas en el asunto y se unió a la fuerza policial del Organismo de Investigación Judicial en 1973, a pocos meses de haberse fundado como una dependencia de la Corte Suprema de Justicia. Su mayor deseo era evitar crímenes como el de su padre y prevenir que familias quedaran marcadas por el dolor de una trágica muerte.

Al contar con amplio conocimiento en las ciencias, Roy Ramírez rápidamente fue promovido como investigador del cuerpo policial del OIJ. Con los años desarrolló una gruesa coraza que le permitía investigar a cabalidad los más atroces crímenes que personas comunes solo conocían por las películas – en cambio Roy Ramírez los vio todos con sus propios ojos. Participó en muchos casos relacionados con el tráfico de drogas, incluyendo varios ajusticiamientos ocurridos en el sur de la capital; los crímenes pasionales llegaban a su despacho como pan caliente en las mañanas y le aburrían. Pero cuando a finales de los años ochenta lo llamaron para que fuera a ver un cuerpo en una pieza cerca del Parque de las Garantías Sociales, Roy Ramírez sonrió al reconocer el cadáver – finalmente encontró un poco de paz y satisfacción al ver al hombre que

había matado a su papá tantos años atrás, asesinado como la rata inmunda que era.

Pues resulta que entre todos los casos en que había trabajado, este último terminó obsesionándolo. Su vínculo con la víctima, por más retorcido que resultara, lo llevó a recorrer todo el territorio nacional en busca del homicida, después de descartar el involucramiento de su pareja afectiva, quien se encontraba en la habitación con la víctima a la hora del deceso.

- ¿Quién más vive aquí en la pieza? - le había preguntado Roy Ramírez con su voz de policía duro y seco a la triste mujer que apenas se recobraba de una fuerte resaca.

- Solo hija y yo... La güila estaba en el baño cuando llegué, pero la verdá es que no la he vuelto a ver.

- ¿Cómo se llama su hija?

- Cristina. Cristina Solano.

- ¿Usted sabe dónde pudo haber ido?

- Fijo áhi anda metida en la panadería frente al parque. Siempre se pasa las tardes jodiendo a don Chispa y a su esposa, doña Manuela, dizque trabajando.

Con esa información se fue Roy Ramírez a investigar el paradero de la principal sospechosa, pero ni el panadero ni su esposa la habían visto desde antes de ese día y no tenían idea de dónde podía haberse ido.

Recorrió de arriba abajo la capital y luego trasladó su búsqueda hasta los lugares más recónditos del país, dirigido por pistas endebles que terminaban en un callejón sin salida. Estaba obstinado de comer comida grasosa de cantina y ya no podía con la gastritis. Añoraba poder probar un delicioso pastelito de los que hacía su esposa antes de que lo dejara por su primo. "¡La gran perra!", solía referirse ante la mención de ella. Cuando se casó con ella ya entrado en sus cuarenta y tantos, solía decirle que quería cumplir su sueño de pensionarse temprano para comprarse un barquito y hacer su vida junto al mar. Pero ella lo miraba incrédula, le soltaba una carcajada y le decía que ella ni loca lo iba a acompañar. Así pasó alrededor de una década, inmerso en la investigación pero sin resultados concretos, hasta que llegó unos meses atrás a Parrita. Pasó varias noches en vela hospedado en el hotel Wilson sobre la calle principal, después de haber hurgado por todo el cantón de Aguirre, cuando una noche en el restaurante escuchó a un salonero comentarle a un cliente que los mejores panes del Pacífico Central los podía encontrar

en un café en Quepos, llamado La Bruja de Arena. Al momento no le pareció gran cosa, pero por alguna razón la frase quedó dando vueltas en su cabeza y recordó a don Chispa el panadero decirle: "Algo tenía en las manos esa muchachita, cuando empezó a ayudarme en la cocina salieron de esos hornos los mejores panes de San José", así que decidió aventurarse pasado el río Paquita y llegó a Quepos.

Conoció Quepos de esquina en esquina, parqueaba su Honda Civic modelo 92 y se detenía a observar a los transeúntes. Yo ya lo había visto cerquita del Café en más de una ocasión y me pareció extraño ver cómo se achicharraba bajo el calor del mediodía en su carrito para luego salir manejando sin interactuar con un alma.

Esa mañana lo vi parquear frente al Café, al costado del malecón. Antes de bajar de su carro me llamó la atención ver que tomaba un líquido espeso color rosado de una pequeña botella. Abrió la puerta del vehículo y salió, se colocó un periódico debajo del brazo, se ajustó los pantalones que se le escurrían por sus lisas caderas y echó a andar. Cruzó la calle y se dirigió con propósito hacia el Cafecito.

Entró al local y tomó asiento en la mesa más cercana a la cocina. Nela flotó a atenderlo – puesto que ese día la pobre andaba dichosa por las nubes. Roy Ramírez se le quedó mirando con sus pequeños pero intensos ojos azules y vi cómo una sutil sonrisa se le dibujó en los labios. Cuando Nela le preguntó qué se le ofrecía, este se rascó los cuatro pelos blancos de su cabeza y le dijo: - Un café negro, por favor.

- ¿Y para acompañar? - le preguntó Nela, ya un poco de vuelta a la tierra.

- ¿Qué es eso que huele?

- Trenzado de piña y coco para acompañar su café, o también le puedo ofrecer un agua e´ sapo - le contestó.

- ¡Qué rico! - Roy Ramírez no pudo evitar su alegría ante la posibilidad de degustar el pan calentito con el dulce sabor del coco y la piña hecha jaleíta -. Traeme uno de esos - le dijo - pero ahorrate el agua e´ sapo, con el yodito estoy más que bien.

Nela se retiró a traer la orden mientras Roy Ramírez no le quitaba los ojos de encima. Ella se percató de la intensidad con que la observaba y se acercó a decirme: - Doña Eva, ese viejillo es un poco extraño... No más con verlo husmear por todo Quepos en estos días... Algo se trae entre manos.

- ¿Quieres que llame a la policía? - le pregunté.

- ¡No! Si usted me lo permite yo me encargo de él.

Me pareció extraña su respuesta, pero la presencia de Roy Ramírez también estaba poniéndome incómoda y algo me decía que no venía a traernos nada bueno, así que asentí – de todos modos, no parecía ser uno de esos clientes que llegaban para quedarse.

Nela regresó con el café y el trenzado de piña y coco de Roy Ramírez recién horneadito.

- Entonces, señorita... cuénteme una cosa - le dijo Roy Ramírez mientras se servía toneladas de azúcar para endulzar el café -. ¿Hace cuánto que trabaja usted en este lugar? Escuché la voz correr por todo el cantón de que aquí se comen los mejores panes de la zona.

- ¡Así es! - le contestó Nela -. ¡Pruebe usted y verá! Ahora si me disculpa, tengo mucho trabajo por hacer y los demás clientes esperan que los atienda - se excusó de su mesa, evadiendo por completo su pregunta.

Roy Ramírez no se sintió desalentado; al contrario, estaba seguro de haber dado con lo que tanto había buscado todos esos años y tomó un gran mordisco de su trenzado, embarrándose las comisuras de su boca con un atol de piña y trocitos de coco, con el pecho a reventar de satisfacción. Al sentir su boca el perfecto balance entre el dulce y el acidito de la piña y ese sabor único que aportaba la cascarita de limón que se rallaba finamente para incorporarse en la masa, topó también con el sabor tostado de las almendras. Dudó un segundo antes de continuar comiendo, pero el delicioso sabor del trenzado lo sedujo a seguir saboreando la dulce miga, y en un santiamén se lo había terminado. Tan solo unos minutos después empezaron a manifestarse los síntomas de la alergia a las almendras que sufría desde chiquito. Empezó a sudar frío y a sentir un cosquilleo en su garganta. Horrorizado al imaginarse lo peor, tomó dos tragos grandes de su café para calmar la picazón. Nela, al notar su cara de angustia, le ofreció un vaso de agua de sapo que había hervido con tapa de dulce y jengibre aquella mañana – receta que hacía muchos años le logré sacar a regañadientes a nuestra vecina de toda la vida en Limón, doña Lucilda Ferguson. La refrescante bebida era un éxito en las tardes de calor de Quepos y representaba el brebaje perfecto para amarrarle la lengua a cualquier sapo. Roy Ramírez lo aceptó desesperado y al sentir el agua fresca con ese sabor intenso al ácido del limón y la pungencia del jengibre, una extraña sensación lo abrazó y lo hizo olvidarse del mal que lo asediaba. Tomó más agua de sapo, aliviado de no asfixiarse más, pero al rato ya no se acordaba ni cómo se llamaba.

Se levantó de la mesa atolondrado; ya no sabía ni de dónde venía ni hacia dónde se dirigía. Agobiado por el estado de amnesia, salió del Café para enredarse toditico al pisar la calle transitada de la mañana. Daba vueltas por el malecón y chocaba con la gente como abejón de mayo cada vez que perdía su camino y se acordaba de que debía colocar un pie delante del otro para poder avanzar.

La cosa es que por varios días no regresó a molestarnos y su Honda Civic empezó a echar raíces al lado del malecón, junto a la carcacha de alquiler que había traído a Gabriel días atrás. Después me enteré que se había dirigido hacia el muelle en busca de un barquito pesquero, pero por su estado amnésico nadie quiso cerrar negocios con él.

Capítulo 13

Capítulo 14

12.

El Muffaletta

Gustavo celebraba su cumpleaños todos los febreros al mejor estilo de Mardi Gras – un famoso carnaval en la folclórica ciudad de Nueva Orleans que precedía al tiempo de cuaresma como la gran mayoría de los carnavales del mundo, a excepción de mi querido carnaval de Limón, que celebra a la raza y a la cultura en el mes de octubre.

Después de disfrutar de su luna de miel con Leonor en esta ciudad al sur de los Estados Unidos, Gustavo se enamoró del blues, el jazz, la comida cajún y el estilo créole de su linda gente. El segundo fin de semana de febrero organizaba una gran fiesta en su casa donde nos obligaba a vestirnos de gala y adornarnos con máscaras, collares y bastones, rodeados del multicolor morado, verde y dorado que vestía con banderines todos los rincones de su casa en Playa Playitas.

A excepción del año 1972, no faltó un solo febrero en que no diera su famosa fiesta. Incluso para su último cumpleaños – a pesar de estar muy débil –, se vistió de gala y portó la más majestuosa máscara veneciana, que había sido un regalo de Samuel en su último viaje por Italia. Esa noche no paró de sonreír, aunque en sus ojos se observaba la resignación de estar celebrando su último cumpleaños.

El segundo fin de semana de febrero de 1972 teníamos otro motivo por celebrar – aunque las cosas se hubieran salido un poco de control.

Antes de convertirse Manuel Antonio en Parque Nacional, la propiedad era una finca que había pasado en manos de un extranjero llamado Noel Thomas Langham. A finales de los sesentas, el señor Langham estuvo involucrado en varios conflictos con los vecinos al construir un portón que obstaculizaba el ingreso a las playas.

Como buen hombre de negocios y desanimado por las protestas contra su nombre, Langham vendió parte de su propiedad al franco-canadiense conocido como Arthur Aimè Bergeron, quien intensificó el conflicto con los locales, ya que buscaba privatizar las playas al proclamar que se encontraban en propiedad privada; además de iniciar la construcción de una casa justo sobre la servidumbre pública que daba a

las playas.

Un grupo de jóvenes del Liceo de Quepos y conocidos de la comunidad, preocupados por la situación, se reunieron para ver cómo darle solución y reclamar el derecho del goce de las playas que les pertenecían a todos los costarricenses y a todos aquellos que quisiesen ingresar. En varias ocasiones llegaban al Café a discutir estrategias de ataque mientras se tomaban un juguito. Ese domingo de febrero de 1972, decididos a enfrentarlo, llegaron hasta la propiedad de Bergeron y destrozaron el portón. Cuando avanzaron a través de este, llenos de euforia se lanzaron a destruir también parte de la construcción que había iniciado el canadiense sobre la servidumbre, razón por la cual algunos de ellos terminaron en la cárcel esa noche – incluyendo al mismísimo Efraín y al revoltoso de Gustavo, quienes entusiasmados por el tema se habían animado a acompañarlos.

Posterior a ese evento, consolidamos un grupo pro-parque junto con los jóvenes del liceo y varios adultos de la comunidad, incluyendo al padre Joaquín. Mediante las influencias del grupo, logramos movilizar no solo a los estudiantes, a los residentes de la comunidad y a miembros de la Municipalidad de Aguirre sino también conseguimos un alcance que llegó hasta un grupo de diputados en la Asamblea Legislativa, quienes apoyaron nuestra petición.

Ese año significó un momento determinante en nuestras vidas y el futuro para el desarrollo de nuestro querido Quepos. En agosto organizamos un cabildo abierto en donde participamos diferentes entes importantes de la comunidad y, para setiembre, un grupo de diputados visitó las playas que tanto alboroto estaban ocasionando. Recuerdo cómo quedaron maravillados los señores con la belleza que ofrecían. En aquel entonces, ni siquiera la carretera costanera estaba construida y para llegar había que tomar una de dos trochas que conectaban o Puriscal o San Ignacio de Acosta con los llanos del Pacífico Central, terminando su abatido trayecto entre los sembradíos de palma de Parrita. Así que reconocíamos la importancia de su visita al haber recorrido tan largo viaje hasta nuestras tierras.

El proceso culminó favorablemente el 23 de noviembre de 1972, cuando se promulgó la ley número 5100 que establecía a la propiedad como "Parque Recreativo Nacional Playas de Manuel Antonio" para que, cinco años más tarde, fuese nombrado como le conocemos hoy en día, "Parque Nacional Manuel Antonio". Posterior a eso, el gobierno trabajó en un largo proceso de expropiaciones donde debieron emitir bonos del Estado para tal fin, pero los locales nos sentíamos dichosos por haber logrado el cometido y todos los domingos bajábamos a las playas a pasar el día y a disfrutar de su naturaleza. Costaba un poco llegar al inicio, pero en ese entonces Samuel tenía un jeepcito doble tracción y nos

encaramaba a todos para pasar por la servidumbre batiendo barro.

Fue un año intenso para la comunidad, así que era de esperar que para febrero de 1973 la fiesta de cumpleaños de Gustavo fuera más suntuosa que nunca. Jamás pensamos que los esfuerzos de unos cuantos, con los años, pondrían a nuestro país en el mapa por su atractivo no solo turístico, sino también por los recursos que el parque ofrecía a la ciencia y a la investigación. En esa fiesta de 1973 conocimos a nuestros nuevos vecinos: una pareja de extranjeros que habían adquirido un terreno en Punta Quepos y estaban a punto de inaugurar su hotelito llamado La Mariposa, el primero en Manuel Antonio. A pesar de ser una persona relativamente liberal, tomando en cuenta la época en que fue criado mi querido marido, recuerdo cómo Efraín se les quedaba viendo y me decía: - Qué curioso cómo está de moda que a los hombres les gusten los hombres. ¿No te parece? ¿Será que eso se pega? - abrió los ojos preocupado, me agarró fuerte de la cintura y se aferró a mí como un mozote. Yo no pude contener la risa y le planté un besote en la mejilla. - Mi vida, desde el inicio de la historia eso ha existido... solo que muchos de ustedes no lo sabían por estar metidos en una cueva - le dije.

Gabriel pasó esa tarde por el Café a buscar a Nela, pero gracias a Dios el sitio estaba a reventar. En la cocina Nela estaba hasta los codos de harina y no paraba de amasar y de meter más panes al horno para poder alimentar a la muchedumbre que con ansias esperaba en sus mesas o haciendo una larga fila que llegaba hasta la siguiente cuadra.

Desanimado por no poder pasar tiempo con ella, la saludó desde la ventanilla de despacho y le aseguró pasar más tarde. Cuando iba de camino hacia la salida, sintió la fría palma de la mano de Nela detenerlo del brazo y cuando volteó, ella le entregó un paquete y le dijo: - Un tentempié para la tarde. Le dio un suave beso en los labios y regresó corriendo al trajín de la cocina.

Salió del Café con una nueva convicción al poder sentir aún los dulces labios de Nela sobre los suyos. Decidido a honrar la promesa que le había hecho a su amigo el día anterior bajo una nube de cannabis, tomó su bicicleta y pedaleó cuesta arriba - era tiempo de regresar a lo que había sido su casa.

La casa en Playa Playitas estaba intacta, como la había conservado en su memoria. El gran corredor que abrazaba el perímetro de la casa lucía solitario a falta de las coloridas hamacas que colgaban de sus columnas de madera. Su mamá se tiraba por las tardes a descansar meneándose con la brisa del mar, acompañada de un buen libro de suspenso que la obligaba a voltear las páginas con tal rapidez que lograba devorarse la historia en una sola sentada.

En su interior, unas fuertes vigas levantaban los altos techos y permitían que el aire circulara de forma natural. Las paredes blancas de madera alojaban fotos de su infancia – su amplia sonrisa con dientes torcidos previo a someterse a un extenso trabajo dental se mostraba debajo de una gorra más grande que su cabeza, mientras sujetaba en su mano con orgullo la pesca de ese día. Las paredes contaban la historia de su infancia y lo feliz que en su momento fue. A pesar de que todas las fotos que recordaba estaban intactas, aquellas superficies ahora carecían de las obras de su abuela. De alguna forma, la vida que por mucho tiempo alojó en su interior se había esfumado al trasladar los cuadros a la galería, y las paredes vacías lo encaraban tristes en el reflejo del sol que se permeaba por las persianas entreabiertas esa tarde.

Avanzó por el pasillo hasta que encontró su antiguo cuarto. Las cuatro paredes de su habitación permanecían congeladas en el tiempo. El poster de The Clash seguía pegado sobre su cama, aunque había perdido color y las orillas se habían tostado con el calor; sus casetes de Michael Jackson permanecían secretamente camuflados entre las tablas y el colchón de su cama, en esa época era su placer culposo y debía prevenir que Rata los encontrara para evitar sus burlas; su walkman estaba tirado en el piso debajo de su escritorio y su guardarropas lastimosamente nadie se había encomendado a la caridad de quemarlo. Encontró que desde esa noche que huyó, su papá se rehusó a mover sus cosas de lugar. El cuarto estaba impecable, eso sí. De modo que se podía imaginar a Carmelita la empleada limpiando alrededor de su desorden y dejándolo intacto como él lo había dejado.

Al final del pasillo lo esperaba el cuarto de su papá. Avanzó lentamente y sintió de repente un temblor recorrerle el cuerpo. Cuando entró se le formó un nudo en la garganta y tuvo que salir de inmediato. En la cocina tomó asiento y se sirvió un vaso de agua.

Se quedó ido por varios minutos escuchando el reventar de las olas del mar en la playa. Reposó su mirada en el antiguo teléfono negro con el dial giratorio y recordó que debía llamar a su madre.

Se levantó y se dirigió hacia aquella antigualla. Levantó el auricular y al escuchar el tono comenzó a marcar número por número, esperando con paciencia a que el dial girara y retornara al punto de

partida antes de marcar el siguiente número.

Escuchó el primer repique, luego el segundo. Su mamá contestó rápidamente antes del tercero – estaba ansiosa esperando desde hacía tiempo su llamada.

- Gabriel, hijo, ya me estaba preocupando por vos. Llevo días tratando de localizarte - le dijo - . ¿Cómo has estado?

Gabriel no pudo contener el llanto y cayó rendido ante el tono suave y melodioso de la voz de su madre al otro lado de la línea.

- Mi vida - Leonor lo consolaba desde más de cuatro mil kilómetros de distancia -. Contame qué ha pasado. He estado muy preocupada por vos. Me imagino que este viaje no ha sido nada fácil... Más aún cuando me enteré de que debías extender tu estadía por asuntos no resueltos.

Gabriel permaneció callado por varios minutos, solo el tímido sonido de sus sollozos le indicaba a su mamá que seguía escuchándola. Sus ojos reposaron sobre una foto de sus padres junto a Samuel por ahí del año 1975, cuando apenas tenía ocho años. Estaban en la playa, Gustavo en el medio de los tres. Gustavo y Samuel reían a carcajadas, pero Leonor portaba una sonrisa calculada y serena. Gabriel restregó sus ojos empapados y alcanzó una servilleta para sonarse la nariz. Había llegado el momento de escupir lo que traía en la punta de la lengua.

- ¿Por qué no me lo dijiste? - dijo finalmente con la voz quebrada -. Y no me refiero cuando era chiquito... eso digamos que lo puedo entender - continuó Gabriel evitándole a Leonor la excusa que sabía tenía bien ensayada -. ¿Por qué en todos estos años no me dijiste la verdad?

- Estabas tan enojado con toda la situación que no quería perderte yo también... - admitió Leonor luego de procesar por un momento su respuesta.

- ¿Entonces asumiste el rol de víctima? ¿Por miedo?

- Tenés que entender que para mí tampoco fue fácil, mi vida.

- ¡Ahá! - Gabriel soltó una risa cargada de ironía -. Me imagino que te atormentaba todas las noches ver tu vida y darte cuenta de que nada de lo que creías conocer era lo que parecía.

- No seás injusto, Gabriel.

- Ma, ime lo tenías que haber dicho! Después de sobrellevar el shock inicial, el sentimiento que me invadía era el de ira al pensar en vos

y la razón por la que se divorciaron. No solo me sentía traicionado yo, sino que pensaba en protegerte para que nada ni nadie te volviera a lastimar como lo había hecho mi papá. Y hasta ahora no me llego a enterar de que siempre lo supiste – es más, hasta fuiste partícipe de la decepción...

- Mi amor, entendeme, lo único que temía era perderte. Si yo te confesaba la verdad, no me lo ibas a perdonar y correría la misma suerte que Gustavo. Eso jamás me lo perdonaría, mi cielo.

Un silencio pesado se asentó y los separó aún más que los cuatro mil kilómetros acortados por la línea telefónica.

- Hace unos meses acudí a tu papá - continuó Leonor -, sabía que estaba muy enfermo y no le quedaba mucho tiempo. Le pedí perdón por no haber podido ayudarlo más a acercarse a vos. Por mi egoísmo terminé por aplastar como a una cucaracha la última esperanza que tenía de reencontrarse con vos. Me lo pidió hasta el cansancio, que te contara todo, pero simplemente me rehusaba a perderte como él te había perdido... - Leonor lloraba arrepentida -. Siempre fue un buen hombre tu papá.

- Ya es muy tarde para que me digás lo bueno que era... Ya no viene al caso.

- Perdoname mijito, no era mi intención lastimarte.

- Pues lo lograste, con bombos y platillos - dijo Gabriel mientras sorbía con la nariz -. ¿Y la graduación? ¿Por qué me ocultaste eso también?

- No quería que te alteraras. Era el día más importante de tu vida y estabas tan contento con tus amigos, no quería arruinar esa felicidad.

- ¿Sabés qué pasaba por mi cabeza con cada paso que daba sobre ese escenario para recibir mi título? Pensaba que no le importaba a mi papá. Que a pesar de todo lo que había pasado no daba un cinco por mí. Por varios días guardé la esperanza de que llegaría a verme alcanzar mis metas... Imaginate mi desilusión cuando no lo vi entrar por las puertas del auditorio a darme aunque sea un abrazo e irse.

- No tenía idea, Gabriel. ¿Por qué nunca me dijiste cómo te sentías en realidad?

- No venía al caso.

- ¡Claro que sí!

- ¿Sabés por qué no? - dijo Gabriel alzando la voz -. Porque por culpa de ustedes tuve que crear una coraza de este vuelo - extendió su pulgar y su índice para indicar gráficamente el grosor, aunque sabía que Leonor no lo podía ver, pero ella entendía perfectamente lo que su hijo le quería decir -, y me acostumbré por muchos años a no expresar lo que sentía para no encontrarme vulnerable y salir lastimado. ¡Por eso no venía al caso, mamá! ¿Qué importaba lo que yo sintiera?

- Perdoname, hijo - le suplicó Leonor.

- ¿Él te perdonó?

- Sí... Realmente no tenía nada que perdonarme... Nunca me culpó por no habértelo contado.

Gabriel permaneció callado un largo rato. Leonor sabía que seguía en la línea porque lo escuchaba inhalando y exhalando con fuerza, tratando de oxigenar su cerebro para lograr calmarse. Unos minutos más tarde un silencio profundo navegó por la línea de teléfono y Leonor juró que lo había perdido. Cuando estuvo a punto de colgar, lo escuchó finalmente decir: - Entonces yo también te perdono, mamá.

Conversó largo y tendido con su madre después de superar el enojo que acarrearaba contra ella desde que se enteró de todo entre las cuatro paredes de mi habitación. Gabriel le pidió que le contara historias de su papá – ansiaba conocer al verdadero Gustavo vivaz y jovial que muchos recordaban, y no a aquella persona que portaba una máscara y escondía sus verdaderos sentimientos con tal de proteger a su pequeño hijo. Pequeñas partículas de sal se cristalizaron en sus mejillas cuando se secó la última lágrima derramada aquella tarde en la casa que albergaba los recuerdos más hermosos de su infancia.

Luego de colgar con Leonor, Gabriel se dirigió hacia el bar de su papá. Sintió un gran alivio al encontrarlo abastecido de una gama de licores dignos de una de sus espectaculares fiestas. Colocó hielo en un vaso y se sirvió un trago con el mejor ron que guardaba Gustavo para las ocasiones especiales.

Gabriel se encaminó nuevamente hacia el cuarto que solía ser de su padre. Contagiado por una inmensa paz interior escuchó el rechinar de la madera bajo sus pies al entrar a la habitación – recordaba a su mamá insistirle a Gustavo que debían cambiar la madera al piso, pero él se negaba porque el sonido le brindaba una cálida bienvenida a su recámara y era como música para sus oídos. Gabriel tomó asiento en el suave

colchón de su cama. Todo a su alrededor estaba impecable – sin duda podía ver la mano de Samuel en el orden del amplio cuarto. El olor a tabaco mentolado impregnado en las sábanas le recordó al olor de su padre cuando fumaba – se limitaba a un cigarro al amanecer y otro al atardecer. Gabriel se recostó sobre la cama y abrazado a la almohada de su papá se quedó dormido.

Despertó y se encontró en la oscuridad de la habitación. El trago que se había servido reposaba en un charco de agua sobre la mesa de noche. Gabriel había perdido noción del tiempo y no sabía cuán tarde era, pero afuera ya era de noche y la luz de la luna se permeaba por las ventanas de la casa brindando la única fuente de luz al lugar.

Se levantó un poco desorbitado. Tomó el trago y lo vertió por el lavamanos del baño. Se dirigió a la cocina donde encendió las luces para encontrar su camino entre los muebles del mostrador y los electrodomésticos. Abrió el refrigerador pero a pesar de estar encendido estaba completamente vacío. Ya sentía un hueco en el estómago cuando recordó el pequeño paquete que le había entregado Nela esa tarde en el Café. Se sirvió otro trago de ron – esta vez se disponía a terminarlo y no dejarlo aguar en un montón de hielo. Desvistió la bolsa de papel y Gabriel sonrió al reconocer uno de los sándwiches que su papá a menudo preparaba para recordar las viejas calles del barrio francés, mejor conocido como el French Quarter, con sus balcones enmarcados por diseños de hierro forjado, con canastas de helechos guindando de los repujes del armazón; la calle Bourbon y su incesante actividad nocturna con sus transeúntes que pasaban de bar en bar sin recordar cómo habían llegado de un lugar a otro; la gama de colores en sus edificios de enchape antiguo; Café du Monde y sus azucarados beignets y la catedral de St. Louis con su emblemática estatua de Andrew Jackson en armas sobre su glorioso corcel. A pesar de ser un platillo con raíces italianas, el Muffaletta era popularmente conocido en Nueva Orleans, donde Gustavo lo probó por primera vez y cayó rendido ante un delicioso pan cubierto por semillas de ajonjolí y su contenido de ensalada de aceitunas y morrones, combinada con jamón ahumado, salami y queso provolone. Pudo notar que Nela le había dado un giro a la receta con un delicioso alioli de chiles morrones en vez de combinarlos con las aceitunas, y el pan no solo tenía semillas de ajonjolí sino un característico sabor tostado a las semillas dentro de su masa.

Al terminar de saborear el sándwich, escuchó un suave golpe en la puerta. Abrió y le brillaron los ojos al encontrar a Nela parada en la luz plateada de la luna que iluminaba la terraza de la casa. Sin decirle nada,

Gabriel tomó su dulce rostro entre sus manos y la besó en los labios.

Con ese beso suave y tierno, Nela sintió a Gabriel más liviano – como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Gabriel la tomó en sus brazos con fuerza. Nela podía sentir su respiración calmada sobre la piel de su cuello. La abrazó por un largo rato – era como si se rehusara a soltarla. Gabriel no quería que ese momento cesara. Quería que el tiempo se detuviera en ese preciso instante. El sentimiento de paz que sintió al entrar al cuarto de Gustavo luego de terminar de hablar con su madre aún lo acompañaba, y temía perder esa sensación que por mucho tiempo olvidó sentir.

- ¿Cómo supiste que me encontrarías aquí? - le preguntó sin soltarla.

- Un pajarito... Mejor dicho, una ratita me contó que aquí estarías.

Gabriel sonrió. - No te creo - le dijo él, desenlazando finalmente sus brazos. Se retiró a la cocina y le enseñó la bolsa vacía del sándwich que tan solo minutos antes había disfrutado.

En los labios de Nela se dibujó una sonrisa maliciosa. - La presencia de Gustavo está en muchas de mis recetas. Su espíritu vive en cada platillo que elaboro porque fue él quien, con su creatividad, terminó de desarrollar en mí la cocinera que soy hoy en día – o al menos eso quiero creer.

- ¡A la artista que sos! - Gabriel avanzó nuevamente hacia ella y la besó, esta vez con mayor fervor. Nela lo besó de vuelta – había pasado el día entero entre las nubes y con el tacto de los húmedos labios de Gabriel en los suyos podía sentirse ascender hasta el firmamento. Los brazos de Gabriel se entrelazaban en su espalda baja y la jalaban hacia él. Nela entretejió sus dedos detrás de su cabeza y lo inclinó hacia ella para sentirlo aún más cerca. Gabriel la tomó por los glúteos y Nela respondió arrojando sus piernas a su alrededor permitiendo que la alzara y se encaminara con ella hacia lo oscuro de su habitación de adolescente. Nela no podía dejar de besarle los labios, el cuello, la barbilla, intoxicada con su crudo aroma a sudor y ron – tanto que ni cuenta se dio cuando Gabriel la postró sobre su pequeña cama y avanzó lentamente sobre ella, presionando su fuerte torso contra el débil marco de su cuerpo mientras su boca experta la acariciaba con su lengua y guiaba a Nela a hacer lo mismo. Gabriel resbaló suavemente sus dedos trazando el rostro de Nela, pasando con un cosquilleo por su cuello que provocaba que retorciera los dedos de los pies, hasta llegar a su hombro donde comenzó a deslizar el tirante de su camisa. Al darse cuenta del camino por donde se dirigían las sensuales acciones de Gabriel tratando de desnudarla, Nela trató de empujarlo suavemente lejos de ella, pero Gabriel, extasiado con el

perfume de Nela con un dulce aroma a coco, insistió con más fuerza y presionó sus manos contra sus suaves senos.

- ¡No! - Nela saltó de repente dejando a Gabriel confundido y a medio vestir sobre la íngrima cama.

- ¿Estás bien? ¿Qué hice? - le preguntó Gabriel tratando de calmar su respiración agitada.

- Perdón, pero... no puedo - le contestó Nela temblando.

Gabriel se rascó la cabeza confundido y se dirigió hacia ella. Nela tomó dos pasos hacia atrás para alejarse pero Gabriel levantó las palmas de sus manos y le dijo: - Nela, tranquila. No vamos a hacer nada que vos no querás - Gabriel se acercó un poco más, cauteloso de no espantarla -. Esto puede esperar - le dijo.

- Perdón - Nela dejó derramar una lágrima y se mordió el labio nerviosa.

- ¿Puedo? - Gabriel hizo un gesto como para abrazarla y Nela asintió tímida con su cabeza. Gabriel la tomó en sus brazos y le besó la frente. Podía sentir el tembloroso cuerpo de Nela calmarse poco a poco. - Shhh, tranquila - le susurró al oído.

Nela se sintió muy apenada con Gabriel y le insistió en irse, pero Gabriel la convenció de quedarse un rato más con él. Para distraerla, Gabriel le enseñó a Nela los tesoros más preciados de su juventud – incluyendo los camuflados casetes de Michael Jackson que escondía bajo su cama. En el aparatoso equipo de sonido que había sido un regalo de Samuel, colocó uno de los casetes y empezó a sonar la música provocando que Gabriel meneara su cabeza al ritmo de Beat it. Nela sonrió al verlo transformarse en el adolescente que una vez había habitado en los confines de esa habitación. A pesar de que se sentía como una tonta, Gabriel había encontrado la manera de reconfortarla con su manera despreocupada y alegre – una faceta nueva que descubría ahora en él.

Capítulo 15

13.

El Club del Artista

El padre de Samuel se murió de vergüenza por ahí del año 1992, cuando Petunia Porras – también conocida como doña Chismín –, cometió el error garrafal de vacacionar en las concurridas playas de Manuel Antonio. Escandalizada por la inmoralidad que presenció al ver tantos hoteles ondeando banderas de arco iris multicolor, regó la voz por los pasillos del ampuloso Country Club sobre su infortunio, agregando con énfasis cómo el hijo del prestigioso empresario Manuel Luna formaba parte de tan escandalosa comunidad. Samuel acudió a su funeral, pero las miradas curiosas de los dolientes lo seguían con escrutinio y se escuchaba el murmullo entre las bancas de la iglesia de que había muerto a causa de un gran disgusto provocado por su único hijo.

Poco después su mamá, agobiada por la congoja, perdió la cabeza. Samuel no tuvo más remedio que internarla en un hogar para que la cuidaran día y noche y evitar así cualquier atentado contra su bienestar. Ahora que no contaba con su padre para impedirlo, Samuel viajaba a San José y la visitaba con frecuencia. Al principio viajaba todas las semanas, pero conforme transcurrió el tiempo y se llevó la cordura y las memorias de su madre, Samuel espació sus viajes hasta una o dos veces por mes.

Samuel regresaba ese día de visitar a su madre en la capital y pasó al Café por municiones. Se le veía cansado y un poco triste. Cuando le pregunté cómo le había ido, me comentó que esta vez su mamá no lo había reconocido y cerca del final se había puesto como loca y lo había llamado 'viejo pervertido' y 'engendro del demonio'. Terminó el relato con gesto abatido y partió enseguida hacia su casa. Me dio mucha pena ver a Samuel salir del Café cabizbajo, tomar su carro y dirigirse montaña arriba para recluirse en los confines de su taller.

Por varios días no lo vi y supe que había entrado en uno de sus episodios de melancolía donde ponía a flor de piel los más puros de sus sentimientos para crear bellas obras con sus delicadas manos de artista. Todo artista sigue un proceso de creación. Este era el de Samuel. Cuando algo lo perturbaba o afligía, Samuel se sumergía en una burbuja de acero donde se aislaba del resto del mundo. Afilaba su concentración para lanzar en su lienzo la agonía que lo carcomía, disfrazada de los más vivaces paisajes que maravillaban a todo aquel que los contemplaba.

En ese estado lo encontró Gabriel dos días después de la visita a su madre: inmerso en una nube de cigarrillo, con olor a añejo y con las sobras del club sándwich que había pasado a recoger al Café a su llegada. Era uno de sus favoritos: finas lonjas de jamón de pavo acompañadas de tocineta crocante y queso suizo, maridado con la frescura de lechuga, tomate y alfalfa, tres rebanadas de aguacate suave como la mantequilla, entre dos tajadas de un robusto pan blanco embarradas con una generosa dosis de mayonesa de hierbas frescas de la huertita. A pesar de la delicia, era tal la concentración de Samuel que el sándwich llevaba ese tiempo reposando junto a su obra a medio comer.

Gabriel atravesó la galería y se adentró en el taller.

- Debo admitir que es un alivio no encontrarme un desnudo en medio del taller - dijo Gabriel desde el marco de la puerta con un ligero tono de burla.

- ¿Hombre o mujer? - preguntó Samuel sin despegar su mirada del lienzo. Se acomodó los anteojos para apreciar más de cerca el detalle rocoso de los farallones de Puerto Escondido y con un fino pincel dio vida al relieve.

- ¡Hombre! - contestó Gabriel rápidamente -. No me quejaría tener que observar a una mujer desnuda con detenimiento por horas.

- El cuerpo humano es de las cosas más bellas que Dios creó - hombre o mujer -, pero jamás se puede comparar con un paisaje natural en toda su riqueza. Además, los desnudos nunca han sido mi especialidad - Samuel finalmente bajó la mirada y colocó el pincel en agua. Se dio media vuelta en su banco y al ver a Gabriel se quedó perplejo, no esperaba verlo a la entrada de su taller. Estaba tan inmerso en su obra y en sus pensamientos que las palabras le salían por inercia y realmente no se había dado cuenta de a quién le pertenecía la voz con la que conversaba.

El ambiente a su alrededor se tornó pesado conforme una nube densa de silencio descendió y se instaló en el taller. A diferencia de ocasiones anteriores, ya no había esa tensión que los mantenía distantes. Gabriel estaba más relajado, sin embargo se sentía inseguro y no sabía cómo proceder. Se quedó vacilando a la entrada del taller y dudaba si dar un paso más. Samuel por su parte se sentía parecido, desconfiando sobre lo que se avecinaba con la presencia de Gabriel en su taller. Apagó la chinga de cigarro que reposaba en su boca entreabierta y tomó un paso hacia delante con cautela. Estaba en su naturaleza ser cortés y se acercó a Gabriel a estrecharle la mano. Gabriel la tomó con desinterés y la soltó rápidamente - sentir el tacto de Samuel no era algo que quería experimentar pero tampoco hacerle un desplante, ya que al fin y al cabo

había sido él quien había venido a buscarlo.

- Vengo a ver la colección que mencionó doña Eva el otro día - rompió Gabriel el silencio tornando el ambiente más ligero.

A Samuel le brillaron los ojos y se le dibujó una pequeña sonrisa en los labios. - ¡Claro! - expresó con entusiasmo -. Solo dame un momento para arreglar un poco aquí - dijo mientras con torpeza recogía los materiales con los que trabajaba; se lavó efusivamente las manos, asegurándose de eliminar hasta el menor rastro de pintura e hizo espacio en una larga mesa iluminada por un gran tragaluz. Samuel estaba muy emocionado y sorprendido y se movía por el taller con gran premura para luego perderse en un pequeño cuarto – más como un amplio armario – al fondo del taller. Gabriel lo siguió con curiosidad y se asomó desde la puerta del cuartito. Samuel estaba de cuclillas y sus manos expertas giraban la manecilla de una enorme caja fuerte mientras articulaban una extensa combinación. Gabriel no estaba seguro sobre qué clase de obras estaba por ver, pero debían ser de gran valor para resguardarse entre las blindadas paredes de una caja fuerte.

Samuel terminó de ingresar la combinación y con un melodioso clic! la pesada caja fuerte se abrió. Samuel empezó a retirar lienzos de diferentes tamaños, cada uno protegido por un fino papel cebolla y envuelto firmemente por varias capas de plástico adhesivo. Samuel viajaba del armario a la larga mesa e iba colocando allí las obras boca arriba. Gabriel lo observaba pasmado al verlo desplazarse diligentemente de un lado al otro, llevando una a una las piezas de su preciada colección.

A pesar de ser una larga mesa, eran tantas las obras que no cabían todas sobre su vasta superficie. Gabriel logró contar al menos unas cien en el ir y venir de Samuel. Había de todos los tamaños – desde las más diminutas hasta majestuosos lienzos que dejaba reposando sobre el piso.

Samuel comenzó a desvestir cada obra, pelando una a una las capas de plástico adhesivo que las cubría. Gabriel se dio a la tarea de ayudarlo. Tomó una de las más pequeñas que reposaba en la mesa y se extrañó al descubrir una simple pintura de un pez cuyo contorno parecía hecho por la mano de un niño. Prosiguió a revelar la siguiente obra un poco más elaborada que la anterior, pero definitivamente también carecía de la mano de un artista consumado. Samuel lo volteaba a mirar con una amplia sonrisa mientras eliminaba las múltiples capas de plástico en un fluido movimiento, lo que extrañaba e incomodaba rotundamente a Gabriel.

Gabriel continuó con la tarea de develar obra tras obra, pero la paciencia se le colmó al caer en cuenta de que todos los cuadros eran

creación de un pequeño niño con escaso talento. Cuando estaba a punto de rendirse y decirle a Samuel que no le interesaba más la dizque colección, se encontró con una pieza que lo dejó frío.

En sus manos observó el contorno de un robusto pez con enormes colmillos. Los trazos sobre el lienzo eran más expertos en esta creación y la luz resaltaba los detalles del enorme pez. Samuel se detuvo al verlo atónito con la mirada perdida en el azul del mar en que nadaba el majestuoso pez. Empezó a decir: - Ese es el...

- ¡Pez con blindaje! - completó Gabriel la frase. Samuel sonrió complacido. Gabriel empezó a reconocer su propia mano en los torpes trazos de toda la colección que estaban develando sobre la gran mesa.

- Aquellos son de tus primeras creaciones - le dijo Samuel refiriéndose a los primeros cuadros que Gabriel había descubierto -. Tal vez por eso no los reconocés. Pero estos - tomó una de las grandes obras que reposaba sobre el piso y la giró para que Gabriel la pudiera apreciar - son de tus últimos.

A Gabriel se le abrieron grandes los ojos al ver frente a él un bello paisaje marino cargado de los más extraños animales nadando en sus profundidades. Trazos expertos de pintura recreaban la luz a través del agua. Un enorme pulpo abrazaba unas prominentes rocas en el costado derecho del cuadro y entre los orificios de las formaciones rocosas se asomaban con sigilo dos enormes anguilas; el pez con blindaje nadaba majestuoso y solitario; al costado opuesto del amenazante pulpo había dibujado un colorido coral donde jugueteaban con las corrientes hermosos caballitos de mar, dragones marinos, cangrejos y pequeños pececitos; el pez de la luz merodeaba en las profundidades oscuras donde no alcanzaban los rayos del sol, pero su pequeña lucecilla iluminaba su escalofriante contorno y sus filosos dientes; el pez lucio, el tiburón carcharis, el pez tigre Goliat y el tiburón martillo también hacían su aparición nadando en las concurridas aguas del lienzo.

Con extrema curiosidad, Gabriel continuó descubriendo obra por obra para encontrarse con sus creaciones del pasado. Topó con cuadros que enmarcaban coloridas jaibas, calamares, tiburones duende, pirañas negras, trucha arcoíris con sus brillantes escamas tornasol. Gabriel perplejo se llevó su mano a la boca al ver la extensa colección frente sus ojos. En todos estos años se había olvidado completamente de su existencia - es más, jamás volvió a tomar un pincel entre sus manos con tal de enterrar el recuerdo en lo más profundo de su memoria.

- Desde muy chiquito te fascinaba agarrar todos los colores y hacer desastres con ellos - dijo Samuel soltando una pequeña risa ante el

recuerdo.

Gabriel sonrió tratando de recordar aquellos momentos.

- A tus cinco años empecé a enseñarte a combinar diferentes colores y en un abrir y cerrar de ojos ya estabas pintando solito. Me pedías que te enseñara imágenes de los peces más extraños en las revistas del National Geographic y los copiabas con mucha destreza. Entre más extraño el animal, más cautivaba tu interés y nos decías que algún día te ibas a convertir en un famoso biólogo marino.

- Ya sabemos cómo resultó eso al final - dijo Gabriel dejando salir una apenada risa -. De biólogo no tengo nada. Supongo que esas fantasías las dejé enterradas con estas pinturas en el fondo de mi memoria - resopló.

- A menudo los adultos no seguimos nuestros sueños de niño. Estoy seguro de que sos un magnífico abogado y que eso te hace muy feliz.

- Supongo... - contestó Gabriel con un tono de melancolía.

- En todo caso - continuó Samuel -, siempre fuiste una parte elemental de nuestro Club de Artistas...Y en esas manos guardás insuperable talento.

- Sí... - Gabriel sonrió y miró sus manos de arriba abajo como si las estuviera viendo por primera vez -. ¿Samuel?

- ¿Sí?

- Perdón... - se le quebró la voz -. Por todo...

Samuel agitó las manos descartando su disculpa -. No hay nada que perdonar Gabriel. En todo caso sería yo el que te tiene que pedir perdón -. Samuel extendió su brazo y Gabriel le estrechó la mano, esta vez con fuerza y resolución.

Al dejar el contacto entre sus manos ambos hombres se miraron en silencio un poco incómodos. Gabriel se puso de cuclillas para terminar de apreciar sus obras. Estaba fascinado nadando entre los trazos de un pasado donde conoció la felicidad en el taller de Samuel durante las tardes lluviosas de las vacaciones de medio año y su vida junto al mar en la casa de su papá. Sus ojos viajaban de un lienzo a otro estudiando efectivamente la evolución de su talento, desde las manos torpes de un pequeño niño a los diestros trazos que daban vida a los animales más extraños de la naturaleza. Comenzó a reír al recordar a Samuel perder la paciencia cuando quería enseñarle una nueva técnica, pero Gabriel

voluntarioso insistía en aplicar lo contrario a sus creaciones, las cuales pertenecían también a dicha colección y reposaban inmóviles sobre la mesa, sin rastro de vida alguno y con bichos raros deformes dignos de una película de terror. Gabriel tomó la peor de ellas entre sus manos y rió a carcajadas. Sobre el lienzo, un cocodrilo mesozoico unicolor lucía plano y poco feroz, tenía los ojos asimétricos y parecía que se estaba recuperando de un derrame cerebral, y por dientes parecía portar dos pastillas blancas de chicles. Samuel al principio dudó en unírsele, pero al ver la luz que despertaban esas pinturas en los ojos de Gabriel – incluso la más fea –, no lo pudo evitar y soltó una carcajada.

- ¿Hasta este adefesio tiene el privilegio de formar parte de esta colección? - preguntó Gabriel con lágrimas en los ojos.

- ¡Por supuesto hombre! - contestó Samuel -. Ese es mi favorito - le dijo -. Ese día por poco me empujás al borde de la locura y hasta consideré abandonar la docencia en las artes.

- Estabas furioso - rió Gabriel -, pero solo te estaba tomando el pelo.

- Lo sé... - contestó Samuel recobrando la compostura -. Por eso es que la conservé. Eras la viva imagen de tu papá.

Gabriel paró de reír al momento. Desde que visitó la casa de su padre en Playa Playitas, cada vez que lo oía mencionar se le estrujaba el corazón y lo invadía la culpa. Desperdió muchos años embargado por el enojo y nunca se dio la oportunidad de perdonar – hasta que ya fue muy tarde.

- Esta es mi más preciada colección - Samuel continuó -. Aunque en realidad la tomé prestada y la estaba custodiando hasta poder entregársela a su verdadero dueño.

- Gracias Samuel - dijo Gabriel muy emotivo; exhaló con fuerza y se pasó la mano por la cabeza despeinando su pelo castaño -. ¿Celebramos con un trago? - le preguntó al cabo de unos minutos contemplando su colección. Samuel accedió feliz y se retiró para regresar con una botella de Macallan 1824 Reserva que guardaba para una ocasión especial; consideró que el momento lo ameritaba.

Brindaron y tomaron los dos caballeros. Conversaron hasta largas horas de la noche poniéndose al día con sus vidas, forjando así una nueva amistad.

Capítulo 16

14.

El Picnic

Después de varios días desde mi episodio de salud, finalmente el doctor me dio de alta para reintegrarme a mi vida habitual – a pesar de que yo había hecho trampa y llevaba días infiltrándome en el Cafecito, bajo el estricto cuidado de Nela por supuesto, quien no me quitaba los ojos de encima y me escarmentaba si me ponía a limpiar una mísera mesa. Me sentía tan bien y estaba ansiosa por meter los pies en el mar, que inventé celebrar mi recuperación con un delicioso picnic en la playa. Organizamos todo sin tropiezos; Rata propuso su lancha para trasladarnos hasta Puerto Escondido donde llevaba tiempos de no ir, y Nela como siempre se encargó de la comida y preparó unos ricos sándwiches a la plancha dignos de un picnic: pollo rostizado en pan de papa suavcito, acompañado de una rica ensalada de repollo aderezada con vinagre de sidra y yogurt, mayonesa de pesto de culantro con almendras y queso mozzarella derretido entre ambas tajadas de pan, conjugando todos los sabores entre sus tejidos. Samuel accedió a acompañarnos – se encontraba de muy buen ánimo, lo cual me alegró mucho después de haberlo visto tan triste tras la visita a su madre. Marbellita por otro lado optó por no ir al paseo ya que, a pesar de haberlo perdonado nuevamente, su relación con Rata andaba en alitas de cucaracha. Decidió en su lugar enchufarle los chiquitos a Rata para que disfrutaran del paseo junto a su papá y ella se dio el día libre – bien que lo merecía.

Al salir del Cafecito con todos los chunches auestas, Nela nos indicó que nos topaba en el muelle y se fue a buscar muy entusiasmada a Gabriel.

Al entrar al hotel Nela se llevó la sorpresa de toparse a Gabriel en el lobby, pero no estaba solo. En una pequeña mesa cerca de la recepción Gabriel conversaba de forma intensa con Juan Jiménez. Nela se detuvo y los observó a la distancia, no quería interrumpir la reunión. Sobre la mesa Juan Jiménez deslizó un sobre. Gabriel lo tomó para revelar su contenido y luego de revisar las páginas del documento con detenimiento, procedió a firmar cada una de las hojas que requerían formalización. Nela no entendía muy bien de qué se trataba y se acercó un poco, empujada por su curiosidad.

- Espero que con esto quede formalizado el traspaso de la propiedad y no tenga que enfrentarme con más tapujos dignos de la burocracia y la ineficiencia de este país - le dijo Gabriel con severidad -,

por no mencionar la ineptitud de algunos... profesionales - escupió la última palabra mientras clavaba sus ojos en el pobre Juan Jiménez que se iba encogiéndose en la silla.

- Hola - Nela los interrumpió, estaba a escasos centímetros y no le quedó más remedio que hacerse notar luego de escuchar a Gabriel reprimir al pobre Juan Jiménez.

- ¡Nela! - Gabriel se levantó de inmediato un poco sorprendido de verla allí. La saludó con un beso en la mejilla, a pesar de no quitarle la mirada de encima al indefenso Juan Jiménez.

- ¿Interrumpo? - preguntó Nela.

- No - le aseguró Gabriel -, el señor ya se iba.

Juan Jiménez se levantó que le temblaban las piernas de la nervia y un tanto apenado se despidió de ambos, le deseó a Gabriel un buen viaje, agarró los papeles que reposaban sobre la mesa y salió raudo del hotel.

- ¿Qué fue eso? - preguntó Nela extrañada.

Gabriel bajó la mirada y mordió su labio inferior, tratando de formular la mejor forma de darle a Nela la noticia.

- Es una larga historia - empezó a decir. Se pasó la mano por el pelo y la reposó detrás de su cuello -. No tengo más que hacer por aquí. Se ha completado el traspaso de la propiedad de mi papá a mis manos y debo regresar.

Nela no podía creer lo que escuchaba. Miró a Gabriel con los ojos bien abiertos.

- Pero... ¿Y la carta?

- ¿Cuál carta? - preguntó Gabriel asombrado, no recordaba haberle comentado nada de la carta de su padre a Nela.

- Nada... - contestó Nela arrepintiéndose de inmediato de su desliz.

- ¿Cuál carta? - insistió Gabriel.

Nela no dijo nada. Guió su mirada hacia el piso y la detuvo allí.

Gabriel respiró profundo, apretó los labios y finalmente dijo: - Ya veo... Bueno, como estás muy enterada de las intenciones de mi padre te cuento que la carta no es un documento legal y por ende no puede condicionar la

herencia que establece el testamento -. Sacó la carta de su bolsillo y la desdobló ante Nela -. ¿Ves? No está firmada - le dijo señalando la parte inferior del papel -. Para mi beneficio, mi querido Juan Jiménez, siendo un abogadito de cuarta, no previó todo esto y debió haber formalizado el documento antes de la muerte de mi papá, pero no lo hizo.

- Entonces... ya te vas - dijo Nela tratando de reprimir las lágrimas que sentía formándose detrás de sus ojos.

- Pues... sí - dijo Gabriel -. Debo coordinar con el camión de mudanza para terminar de desalojar la casa en Playitas, pero fuera de eso mis asuntos están resueltos aquí.

Nela permaneció callada. Fijó su mirada en las ventanas del lobby sin ver nada en particular, simplemente no quería enfrentar los ojos de Gabriel.

- Nela - Gabriel continuó -, mi vida está en Houston, no aquí - le dijo al verla alterada -. He trabajado muy duro para construir mi vida allá, no puedo sencillamente dejarlo todo botado.

- ¿Y qué pasa con lo que has construido aquí?

Gabriel apretó los labios y la miró descolocado. No era su intención herirla y podía ver cómo, con cada palabra, Nela luchaba con más fuerza para suprimir las emociones que la estaban alterando. Nela respiró profundo y tratando de rescatar su dignidad ante Gabriel le dijo: - Doña Eva está organizando un picnic en la playa... Me pidió que te invitara.

- Nela... no puedo, tengo mucho por hacer antes de irme.

- Claro... - contestó ella. No quería pasar ni un segundo más en ese hotel. Con cada minuto que pasaba sentía cómo iba perdiendo el control de la tormenta de emociones en su interior. Sin agregar nada más dio media vuelta y salió furiosa del hotel con sus ojos empapados en lágrimas. Escuchó a Gabriel llamarla, pero lo ignoró y este tampoco hizo por dónde para seguirla. Se rehusaba a que la viera tan perturbada y con dignidad y la cabeza en alto se dirigió en carrera hacia el muelle.

Nela llegó al muelle que bufaba. Al verla llegar sin Gabriel supimos que su enojo estaba directamente relacionado con él, por lo que decidimos no hacerle preguntas. Nos embarcamos poco antes del mediodía en la pequeña lanchita salvavidas de Rata y el día no daba señales de lluvia.

Avanzamos a lo largo de la costa donde podíamos ver su relieve frondoso, aunque hacía ya varios años que los terrenos de Manuel Antonio habían perdido su virginidad para dar paso a construcciones de heterogéneas arquitecturas que amurallaban los paredones de las montañas. No obstante, mi corazón permanecía completamente enamorado del lugar que se había convertido en mi hogar; a pesar de sus miles de defectos yo lo observaba con mirada de madre afectiva desde el oleaje producido por la lancha.

Bordeamos Punta Quepos y vimos a la distancia el hormiguero que pululaba en la explanada de Playa Espadilla. Al fondo, un espectáculo de pareos de colores ondeaba en el viento, saludándonos al pasar. Atravesamos la distancia que separaba Punta Catedral de Isla Olocuita donde pudimos ver a lo lejos a Punta Serrucho entrando cortante en el mar. Viramos hacia la izquierda para apenas rozar los límites del parque y comenzamos a adentrarnos en los confines de la bahía que ocultaba a Puerto Escondido.

Conforme avanzábamos hacia nuestro destino final, nubes negras empezaron a aglomerarse en el cielo trayendo consigo fuertes vientos que provocaron abruptos saltos de la mísera lanchita en medio del oleaje del mar. Yo miraba a Nela de reojo y podría jurar que con su furia estaba conspirando con las fuerzas de la naturaleza para atraer un vendaval sobre aquel lugar. Iba sentada en la lancha, apartada de los demás, abrazando sus piernas con fuerza y con su mirada perdida en el infinito. Llevaba la mandíbula tensa, reprimiendo así sus ganas de llorar.

A lo lejos las palmeras nos miraban cabizbajas desde la costa y el color del agua había tomado un tono azul oscuro que me recordaba la melodía de un triste blues. Al acercarnos al islote de Puerto Escondido podíamos escuchar un silbido ensordecedor provocado por la fuerza del mar; el celebrado hoyo soplador avisaba el porvenir de una gran tormenta.

Nela le daba vueltas en la cabeza a lo que había sucedido. Estaba devastada por la actitud de Gabriel y debatía en su interior si contarnos o no sobre la firma de papeles. Los últimos deseos de Gustavo constaban en la carta que le había dejado a Gabriel con la esperanza de compensar, incluso después de su muerte, el dolor que le había causado a su adorado hijo. Cuando nos reunió en su lecho de muerte acudiendo a nuestra ayuda, no dudamos por un momento en llevar a cabo la tarea que nos pedía – por más imposible que resultara. Así que nos arremangamos y nos pusimos a trabajar para concretar un plan que nos guiara en cómo abordar a Gabriel en cada uno de los puntos. ¡Claro! Algunas cosas no salieron como lo habíamos planeado en un principio, pero eso no le restaba mérito al esfuerzo. Nunca nos imaginamos que entre Gabriel y Nela surgirían sentimientos fuera de su control. Al menos Nela no lo vio venir. Por eso es que el desenlace del asunto la había tomado

desprevenida como un baldazo de agua helada.

Fuertes gotas de lluvia empezaron a caer como piedras sobre nosotros. Con mucha desilusión tuvimos que dar vuelta ante la amenaza del clima. La lanchita se desplazó con dificultad hasta el muelle, amenazando en más de una ocasión con voltearse ante el fuerte oleaje.

Al llegar nos persignamos del alivio por haber logrado alcanzar tierra firme ilesos. Rata le dio besos a la lanchita agradeciéndole por su proeza ante la furia del mar. Los chiquillos no se percataron del peligro al que nos habíamos expuesto e imitaron a su papá dichosos, colmando las tablas húmedas del bote con pequeños besitos. Agarré la canasta en la que llevábamos los sandwichitos y para mi sorpresa los encontré todos desbaratados por el menear de las olas. Suspiré decepcionada y extendí mi mano para tomar la de Samuel quien procedió a ayudarme a poner pie sobre el muelle, cuando vimos a Nela salir huyendo a paso firme hacia el pueblo sin dirigirnos una sola palabra. Samuel y yo nos miramos uno al otro atónitos – realmente no entendíamos lo que pasaba y Samuel se dio a la tarea de averiguar.

Una vez secos y mudados, Samuel fue a buscar a Gabriel al hotel. Golpeó a la puerta y Gabriel le abrió con un paño arrollado a la cintura y con su cabello mojado y alborotado – venía saliendo de la ducha.

- ¡Samuel! - lo recibió un poco sorprendido.

- ¿Te molesta si hablamos un momento? - le preguntó.

- ¡Claro que no! ¡Pasá! - le dijo -. Solo dame un momento para ponerme algo encima. Es más, qué dicha que te veo. Tengo algo que preguntarte - le dijo mientras ingresaba al baño para cambiarse.

Samuel observaba desde el balcón el aguacero que inundaba las callecitas de Quepos. Era usual ver el agua correr por las calles debido a la obstrucción del alcantarillado – desgraciadamente en todo lado se encuentra gente cochina que se atreve a tirar basura a la calle.

- ¿Sabés qué es esto? - lo sobresaltó Gabriel apuntando a un documento sobre la mesa.

Samuel se ajustó los anteojos y reconoció sobre la mesa la carta de Gustavo.

- Sí - contestó sereno.

Gabriel tragó saliva antes de continuar: - Entonces todos están detrás de este asunto, me imagino - evidenció Gabriel.

- Sí - contestó Samuel sin inmutarse.

- O sea que todo esto ha sido orquestado por mi papá..., y ustedes le han seguido el juego para... ¿Qué exactamente? - Gabriel se encogió de hombros.

Samuel colocó su mano sobre el hombro de Gabriel y le dijo: - Sentate... tenemos que hablar.

Samuel tenía el don de hacer entrar a la gente en razón. Cada vez que a Gustavo se le ocurrían algunas de sus loqueras, Samuel lograba sosegarlo y hacerlo reevaluar las alternativas antes de actuar – en varias ocasiones le salvó el pellejo de enredarse en más de un lío.

No me queda claro qué fue lo que le dijo esa tarde lluviosa en su cuarto de hotel, pero el caso es que Gabriel no nos reprochó el haber interferido en sus asuntos y alargado su estadía por más tiempo en nuestro querido pueblo quepeño. En lugar de enfadarse, Gabriel estaba sorprendido. Es verdad que su viaje distaba de lo que había imaginado en un principio, pero estaba agradecido porque finalmente había logrado librarse del gran peso que traía a cuestas. Lo cierto es que nunca se había sentido tan querido por tantos – al menos no durante su vida adulta –, y apreciaba formar parte de nuestra querida familia, por más disfuncional que resultáramos.

Sí le dejó claro a Samuel que, por más que le doliera, debía regresar, y aunque nos costara aceptarlo, ya no era el mismo niño de antes y debía pensar en su futuro. Samuel no intentó abordar el tema de Nela – ya contaba con la respuesta sobre su disgusto, así que decidió no interferir y así dejarlos resolver a ellos sus asuntos.

Temprano esa misma noche Gabriel llegó al Café buscando a Nela. Como el clima se había encargado de arruinar mi celebración, decidimos juntar unas mesas en el Cafecito y compartir manjares en una linda velada – hasta Marbellita para ese entonces se nos había unido, tomando lugar

lejos de su marido. A Nela no la veíamos desde la tarde cuando salió escupida de la lancha sin musitar palabra, y ya estaba empezando a preocuparme. Al comunicarle a Gabriel que no sabíamos nada de ella, resopló con fuerza y se enterró ofuscado los dedos en el cráneo.

- Doña Eva, ¿cómo que no saben nada? - me dijo indignado -. ¿Y si le pasó algo?

- ¡Ay no mijito! Dios nos libre - le contesté -. La vimos muy mal y no quisimos molestarla, así que le dimos su espacio. Pero tenés razón, ya son las horas en que me estoy empezando a acongojar. ¿Dónde estará metida esta muchachita?

- ¡Voy a ir a buscarla! - dijo Gabriel decidido.

- Yo voy con vos, bro - se levantó Rata de la mesa con medio trozo de comida entre los dientes -. Esto no me huele nada bien - agregó, poniéndome los nervios más de punta.

Gabriel y Rata recorrieron todo Quepos. Cuando estaban a punto de encaminarse montaña arriba hacia Manuel Antonio toparon con Iris, una reconocida mujer de la calle que capturaba sus presas a la salida del casino. Al ver a Rata alzó los brazos regocijada y lo apercolló ahogándolo entre sus protuberantes senos artificiales.

- Ratica querido, contame en qué andás - le dijo cuando Rata logró zafarse de su agarre -. ¿No vas a presentarme a tu amiguito?

- Iris hola - Rata peló sus brillantes dientes -, este es Gabo, mi hermano del alma - Iris parecía querer comerse a Gabriel de un solo bocado -. Estamos buscando a Nela, ¿de casualidad la has visto? - continuó, obligándola a apartar la mirada de Gabriel quien tomaba dos pasos hacia atrás alejándose de la insinuante mujer.

- ¿Nelita?... Vos sabés que me pareció haberla visto allá por el Paradero - señaló en dirección al muelle -. Me extrañó verla, ay, pero podría apostar un par de rojitos a que era ella - agregó.

Rata no había terminado de agradecerle a Iris cuando Gabriel salió volado en su bicicleta rumbo a Paradero Nahomi.

Nela reposaba un vaso a medio llenar sobre la barra del lugar. A pesar de que había llegado con intenciones de apaciguar el dolor que sentía estrujarle el pecho - de la misma forma como lo hacían los borrachos a su

alrededor -, apenas se había tomado un solo sorbo y se encontraba en perfecto estado mental, abrazando entre sus manos la segunda Coca-Cola que ingería. El enojo la abrumaba y se encorvaba sobre la triste barra, maldiciendo el momento en que había bajado la guardia y se había dejado engatusar por los encantos de Gabriel. Había pasado la mayor parte de su vida evitando a los hombres, atormentada por su pasado y la capacidad de su especie de doblegar a una mujer para satisfacer sus deseos sexuales como si fueran neandertales. Daba gracias en silencio por haberse negado a que la llevara a la cama.

- Preciosaaaa... - sintió el aliento a guaro de un borracho el doble de su edad y de su tamaño pegarle contra la nuca.

Nela hizo su mayor esfuerzo por ignorarlo y se trasladó de campo en la barra, pero el tipo insistió y se le volvió a pegar como una tachuela.

- Dejame y te invito a trrrrigo, preciosaaa - le susurró al oído y Nela se volteó para darle la espalda.

El borracho no tenía intenciones de rendirse y se colocó junto a ella, posando su sudoroso brazo peludo sobre los hombros de Nela.

- Le voy a pedir el favor de que no me toque - le indicó ella mientras se retorció para librarse de su tacto.

- Vamos preciosaaaa, un trrrraguito conmigo.

- Muchas gracias, pero estoy esperando a alguien - le indicó Nela con voz firme.

- Vamos corazón - estiró su mano, pero Nela no le dio oportunidad ni de imaginarse en qué parte de su cuerpo la iba a posar cuando le plantó un manotazo.

El golpe alertó al borracho y le bajó los humos del alcohol - o mejor dicho, se los subió a la cabeza -, porque tomó a Nela por el brazo y estrujó sus callosos dedos contra su piel mientras escupía con ira las siguientes palabras: -¿Qué te crees mamacita? No me vengás con resentimientos de una dama cuando no sos más que una turra. Sos una cualquiera, una puta de cuarta...

El borracho no terminaba de destilar insultos hacia Nela cuando sintió algo que lo agarró con fuerza por los hombros y lo tumbó al suelo.

Gabriel se acercó a Nela para verificar que estaba bien, pero el borracho no perdió un segundo en levantarse y abalanzarse contra él. A pesar de ser más entrado en años, el borracho tenía un porte alto y pesado. Gabriel

sintió como el peso de su puño se clavó en su barbilla, pero la torpeza imperaba en sus movimientos dominados por el alcohol y no logró hacerle mucho daño. Gabriel se cuadró y logró bloquear el siguiente manotazo y aprovechó verlo perder el balance para sembrarle su puño en el ojo derecho. El borracho cayó como un zapote al piso y para cuando se volvió a levantar, Rata se coló entre los dos y recibió un trancazo en la nariz. A esta altura varios hombres en el sitio lograron interferir y poner fin a la pelea; no obstante, el borracho no paró de lanzar insultos hacia Nela mientras lo sacaban arrastrado hasta la calle.

Gabriel volteó a mirar a Nela mientras se sobaba la barbilla y respiraba con agitación.

- ¿Estás bien? - le preguntó.

- ¡No necesito a un hombre para que me defienda! - le contestó Nela y salió enfadada del bar.

- ¿Qué putas...? - maldijo Gabriel perplejo ante la reacción de Nela.

- Bro, de verdad que no entiendo nada a las viejas - exclamó Rata meneando la cabeza, mientras colocaba dos servilletas en su nariz para controlar el sangrado.

Gabriel lo ignoró y salió corriendo detrás de ella.

Logró alcanzarla pasado el muelle, justo a la entrada de Paseo del Mar.

- ¡Nela! - gritó, pero ella lo ignoró y siguió caminando con paso firme. Gabriel aceleró el paso a toda carrera para alcanzarla, dejando el rastro de sus huellas en la arena.

Al encontrarse con ella la tomó del brazo donde todavía llevaba marcados los dedos del borracho y la soltó de inmediato, pero fue suficiente para hacer que se detuviera.

- ¿Qué putas Nela? - le reclamó cuando ya la tenía enfrente - . ¿Qué fue eso?

Nela se cruzó de brazos y apretó sus labios con fuerza.

- No entiendo nada... - continuó Gabriel mientras colocaba sus manos detrás de la nuca y dejaba colgar su cabeza hacia atrás exasperado. El ambiente estaba cargado de humedad después del

aguacero de esa tarde y se sentía denso a su alrededor.

- ¿Qué querés de mí? - terminó por decir Gabriel, frustrado ante la situación.

- ¿Qué querés vos de mí? - lo enfrentó Nela.

- Nelita, ¿estás bien? - Rata llegó con la lengua afuera.

- Sí Rata, gracias - contestó ella con desgano.

Al notar la tensión entre los dos, Rata se excusó para no convertirse en un mal tercio. - Además... - agregó - este olorcito a cagona ajena no me va para nada bien en mi camino hacia la santidad -. Se despidió de ambos y siguió camino hacia su casa.

Nela posó su intensa mirada nuevamente sobre Gabriel, exigiendo una respuesta. Gabriel no le quitó los ojos de encima desafiante y se mordió el labio, pero no ofreció respuesta alguna.

- ¡No sé! - admitió luego de un largo silencio, interrumpido únicamente por el eco del mar en lo oscuro de la noche -. Quiero que las cosas estén bien entre los dos - continuó -, y no me perdonaría lastimarte bajo ninguna circunstancia. El tema es que...

- Tenés que regresar - Nela completó la frase.

Gabriel asintió. Tomó un paso hacia ella para tenerla más cerca, no soportaba esa distancia que los dividía. Nela se tensó un poco al sentir el suave roce de los dedos de Gabriel sobre su brazo lastimado por el borracho. - Podría haber matado a ese hijueputa - dijo él al ver manchas rojas sobre la tersa piel donde la había aprisionado hacía apenas unos minutos el agresor.

Nela cubrió con su mano el brazo lastimado, cohibida. Lo que pasó instantes atrás en el bar quería borrarlo de su memoria. Gabriel colocó su mano debajo del mentón de Nela y levantó su cara ligeramente para verla directo a los ojos. - ¿Estás bien? - le volvió a preguntar.

- Sí - Nela suspiró. Anhelaba la cercanía de Gabriel, pero al mismo tiempo le daba pavor sufrir por él cuando tuviera que marcharse al cabo de unos días. Tragó para humedecer su garganta seca. Tomó un poco de distancia de Gabriel y se atrevió a preguntarle: - ¿Y ahora?

- Y ahora... - contestó él, pero no tenía idea qué seguía después de ese momento.

Nela inhaló profundo y tomó fuerzas para decir lo siguiente – aunque no era en realidad lo que quería: -¿Amigos? - y levantó sus cejas esperando la respuesta de Gabriel.

Gabriel dudó por un momento mientras pateaba el lastre debajo de sus pies. Sabía que no tenía opción y no le quedó más remedio que aceptar.

Nela exhaló y dejó aparecer una sutil sonrisa que levantó las comisuras de sus labios. Aunque aún faltaban unos días para verlo partir, sentía que se estaba despidiendo de Gabriel y la atenazó un fuerte nudo en la garganta. Gabriel ladeó su cabeza y le devolvió una sonrisa plagada de nostalgia – sabía que era lo mejor, pero a pesar de eso el dolor lo mataba por dentro.

En un intento por alivianar el ambiente, Nela presionó su puño sobre el hombro de Gabriel y lo empujó con suavidad – un dulce gesto entre amigos. Gabriel no pudo evitar sonreír y la correspondió de igual forma. Nela volteó para seguir caminando hacia el pueblo e invitó a Gabriel a que la acompañara.

- Tengo que regresar para recoger mi bicicleta - dijo un tanto apenado -. Después de todo lo que hemos pasado juntos no se vale que la deje tirada cerca del final de nuestra travesía.

Nela dejó salir una melodiosa risa que se clavó como una daga directo en el corazón de Gabriel.

- Vení conmigo - no pudo resistir decirle.

- ¿Adónde? - le preguntó ella un poco extrañada.

- Por la bici - Gabriel señaló con la cabeza en dirección al Paradero.

- Ah, claro. ¡Sí, vamos! - y se encaminaron unos cuantos metros de vuelta en busca de la bicicleta.

La bicicleta yacía tendida sobre el piso a la entrada del Paradero Nahomi donde Gabriel la había dejado. La música retumbaba en el interior del bar y Nela confundió la sensación de las ondas sonoras con el bombeo acelerado de su corazón. Se sentía extraña caminando al lado de Gabriel y de tenerlo tan cerca sabiendo que no lo volvería a tocar. Gabriel estaba aturdido y no era por la música. Con el pasar de los minutos sentía caer como un fuerte golpe la comprensión de que no volvería a sentir los dulces labios de Nela sobre los suyos y le quemaban las manos por volver

a sentir el frío tacto de las de ella.

En un esfuerzo por relajarse, Gabriel se montó en la bicicleta e invitó a Nela a subir sobre la barra. Aunque dudó al principio, Nela aceptó y subió al vehículo donde sintió el olor de la colonia de Gabriel abrazarla de golpe. Gabriel colocó sus manos sobre la manivela, rodeando a Nela con sus brazos. Se sentía muy nervioso y las piernas le temblaban cuando empezó a pedalear. Nela no pudo evitar reír al notar la torpeza con la que iban avanzando, Gabriel maniobraba la bicicleta en zigzag mientras encontraba su balance.

- Pensé que a estas alturas ya ibas a tener dominado el arte de andar en bici - Nela se atrevió a molestarlo.

Gabriel sonrió ampliamente: - Esto solo me pasa cuando estoy nervioso... y usted, señorita, me pone muy nervioso - le susurró al oído.

Nela se sintió halagada y dio saltos de la emoción para sus adentros.

Una leve bajada de la calle les permitió tomar velocidad. Gabriel aprovechó el impulso y pedaleó con más fuerza. El olor a tierra mojada los golpeó en la cara y avanzaron sobre el Paseo del Mar como dos chiquillos en plena noche de verano, esquivando torpemente miles de charcos en su trayecto. Entre carcajadas y con el corazón latiendo a mil por hora llegaron hasta la entrada del hotel donde se hospedaba Gabriel.

Gabriel plantó ambos pies firmemente sobre el pavimento para permitir a Nela descender del vehículo. Nela bajó y se acomodó el pelo alborotado por el viento. Gabriel permaneció con los pies clavados al piso y los brazos tensados sobre la manivela. Su mirada perdida indicaba que estaba batallando con algo en su interior.

Nela estaba por despedirse cuando él tiró la bicicleta a un lado. - ¡Al carajo la amistad! - dijo y tomó su cara entre sus manos para partirla la boca con un beso cargado de urgencia y anhelo. Nela se sobresaltó al momento y tardó unos segundos en entender. Al caer en cuenta de que lo ocurrido no era producto de su imaginación, separó sus labios aceptándolo con fervor.

Se besaron en plena acera sin importar las miradas curiosas de la gente. Gabriel la jaló contra su pecho para sentirla más cerca y Nela le correspondió cada uno de sus reclamos. Al separarse para recobrar el aliento, Gabriel la tomó en sus brazos y le susurró al oído: - Vení conmigo.

- ¿Adónde? - ella le preguntó falta de aire.

- Arriba...

Nela sintió escalofríos en todo su cuerpo, pero era mayor el deseo de sumergirse entre los brazos de Gabriel y aferrarse a él que cualquier miedo o duda que la perturbara y la hiciera titubear. Le angustiaba más el prospecto de perderlo que los nervios que hacían sus piernas temblar; así que mordió levemente su labio inferior y asintió con timidez.

Para no ser indiscreta no voy a entrar en detalles, pero esa fue la primera vez en diez años de conocerla que la cama de Nela amaneció vacía. Abrí el ojo al alba con el escándalo de miles de loros en plena algarabía y supe que la naturaleza había hecho de las suyas.

Capítulo 17

15.

El Corazón del Tómbolo

Diez años atrás, Nela pasó su primera noche en Quepos entre la oscuridad del Parque Nacional y el sonido de los animales que en él se albergan. El corazón del tómbolo la llamó a sus confines desde el momento en que ella puso pie en el pueblo al bajarse del bus y caer en cuenta de que no tenía adónde ir al ocultarse el sol. Junto con su pequeño bolso de tela y los bollitos de pan que llevaba dentro, sus pies se encaminaron cuesta arriba. Iba como en piloto automático atraída por la exuberancia del lugar y sentía su corazón latir cada vez más fuerte conforme se iba acercando a ese pequeño estrecho de tierra conocido como el tómbolo de Manuel Antonio.

El viaje en bus desde San José había sido largo y a pesar de las miradas curiosas de los pasajeros clavadas en aquella muchacha desaliñada, sucia y con temor en los ojos, Nela no podía evitar sentir alivio con cada kilómetro recorrido lejos de la ciudad. El bus se detuvo en Atenas, en Esparza y luego llegó a Puntarenas cerca del mediodía. Allí, Nela tomó unas cuantas moneditas que llevaba consigo y le compró un mango cele a un viejillo vendedor de pipas, copos, platanitos y lotería al lado de la calle. Llevaba horas sin comer y podía sentir su estómago rugir.

Exprimió un jugoso limón mandarina dentro de la bolsita de los mangos, los roció con una pizca de sal aglomerada por aquella humedad del Pacífico en pleno mediodía y procedió a dar ese primer mordisco a un trozo crujiente de mango verdecito con ligeros tintes delicados de amarillo pintón. Cuando terminó de saborear el último bocado de fruta, Nela se chupó los dedos con gusto para terminar de regodearse con el acidito del limón y los últimos granitos de sal que los impregnaban.

El siguiente bus con rumbo al Pacífico Sur partía en veinte minutos así que aprovechó para ir al baño donde se enjuagó las manos. El sonido de las pocas gotas que caían del tubo invitaron a Nela a clavarse debajo de este para refrescarse un poco en aquel calor infernal donde ni una mísera brisa se atrevía a asomarse. Con la ayuda de su mano empozando el débil chorrillo, Nela pegó la boca al tubo, tomó agua y a pesar de estar más tibia que fría le apaciguó la sed. Luego con sus manos mojadas se restregó los brazos, la cara y el cuello, haciendo un esfuerzo por arrancar la sangre endurecida contra su piel magullada. El costado de su torso le dolía y al sentir una punzada por su costilla fracturada, debió

sujetarse con fuerza del lavamanos para no desplomarse.

Nela cerró los ojos y respiró profundo. A pesar del dolor que sentía en su cuerpo, el daño en su alma fracturada era más fuerte. Desde niña empezó a sentir las fisuras con la indiferencia de su madre y las agresiones de Chupita, pero nunca imaginó que llegaría el día cuando, tan solo horas antes, experimentaría el quiebre final.

El estruendo de la puerta del baño abriéndose de golpe la alteró y la obligó a abrir los ojos. Una señora con tres carajillos a punto de orinarse hacía malabares para abrir la puerta del baño, con tal afán que ni se percató de la presencia de Nela. Esta cerró la llave del tubo rápidamente, tomó sus cosas y salió del baño ligerito.

Finalmente, en el bus con rumbo a Jacó, Nela sucumbió al cansancio y se quedó dormida con el meneo arrullador del vehículo. Cayó en un sueño profundo donde logró poner su mente en blanco y no se dejó perturbar por las ráfagas desoladoras de la noche anterior. Fue así como no se percató cuando llegaron a Jacó para luego dirigirse hacia Esterillos, pasar por Parrita, hasta finalmente arribar a Quepos.

En la estación de buses del centro el chofer la meneó suavemente para despertarla e informarle que estaban en su última parada y debía descender. Nela miró a su alrededor desorbitada hasta topar con la mirada amable del conductor de bus que la había traído hasta allí.

- ¿Dónde estamos? - preguntó con voz ronca.

- Quepos centro, mita - le contestó el chofer -. Aquí se tiene que bajar porque tengo que subir a la gente que va de vuelta pa Puntarenas.

Nela miró por la ventana y se topó con el verde de aquella montaña en la luz de un radiante atardecer y supo que había llegado a su nuevo hogar. Agarró su bolsito de tela, agradeció al conductor y bajó del autobús para encaminarse montaña arriba.

Se adentró en el parque pasada la hora del cierre – a lo largo de su vida había tenido la cualidad de pasar desapercibida, así que cruzar a plena vista y paciencia de los guardaparques no fue la excepción. El oleaje estaba calmado y el sonido del agua la invitó a refrescarse. Se quitó la ropa y se adentró en el mar donde la sal del agua se hizo cargo de aliviar sus heridas y el dolor de su cuerpo. Por primera vez experimentaba las suaves caricias de las olas, y con una sonrisa en su cara sintió paz. Nadó como si siempre lo hubiera hecho, hasta caer la noche. Al salir del agua la oscuridad la abrazó, pero Nela no temía. Tampoco le daba miedo el sonido de los animales nocturnos desplazándose de un lado a otro. Lo que la paralizaba era ser descubierta por alguien, de modo que sabía que no podía permanecer al descubierto en la playa y decidió adentrarse en la

selva.

Conforme sus pasos avanzaban más allá de los trillos marcados dentro del parque, Nela sintió el latir de su corazón cada vez con más fuerza. Sabía que no era producto de los nervios ni mucho menos, sino que se trataba de una brújula guiándola por el camino correcto – aquella sensación que había sentido esa misma tarde cuando se encaminó hacia el parque. El corazón del tómbolo la llamaba a adentrarse en sus confines y Nela se dejó guiar por su palpitar.

Tiempo atrás, Punta Catedral no era más que una isla separada por un cuerpo de agua de la costa. La isla creaba una barrera para las mareas y poco a poco el oleaje fue descubriendo un puente de arena que finalmente llegó a unir el islote con el área continental. Bajo la luz de una tímida luna esa noche, Nela encontró un espejo de agua en medio del estrecho de tierra. La quietud de la pequeña laguna brindaba al lugar una serenidad que instó a Nela a acurrucarse entre un matorral donde podría pasar la noche. Se arropó con unas hojas de palma que encontró tumbadas en el suelo, cerró los ojos y sin más se quedó dormida.

Fue a eso de las cinco de la mañana, justo antes de los primeros rayos del sol, cuando Nela escuchó pasos acercándose. Avanzaban con determinación entre la frondosa selva y se detenían súbitamente a la expectativa. Su avance continuaba una vez más y Nela podía sentirlos aproximarse a su escondite donde sentía que el corazón se le iba a salir del pecho y en su retumbo dar a conocer su paradero. Entonces sintió un serpenteo que subía desde sus pies y se enroscaba en sus piernas hasta abrazarle las caderas. Nela quedó paralizada y sintió nuevamente un cosquilleo enroscarse esta vez alrededor de sus muñecas sujetándola contra el suelo. Evitando a todo costa moverse para no llamar la atención de quien se avecinaba, con el rabillo del ojo vio cómo una extraña hierba avanzaba sobre su cuerpo, brindándole el perfecto camuflaje entre la maleza para no ser descubierta. Confiando plenamente en los procedimientos de la naturaleza, Nela cerró los ojos y sintió el abrazo de las matas recubrirle hasta la punta del pelo.

Escondida bajo las lianas de la maleza, Nela sintió la presencia del guardaparques a tan solo centímetros de ella. Escuchó una voz entrecortada provenir del radio que sujetaba y este le respondió: -
Negativo, el corazón del tómbolo se encuentra desolado -. Los pasos comenzaron a alejarse y conforme aumentaba la distancia entre el crujir de las ramas bajo sus suelas y el escondite de Nela, la extraña hierba comenzó a aflojar su agarre liberándola poco a poco.

A partir de ese momento Nela decidió que el corazón del tómbolo sería su refugio y su lugar favorito de todo Manuel Antonio. No había día que no se adentrara en él para sentirse protegida. Pasaba horas con los pies sumergidos en aquella pequeña laguna sintiendo su frescura. De vez

en cuando se aventuraba a nadar en sus dulces aguas, pero prefería mantenerse al lado de aquellas plantas trepadoras que se habían convertido en sus cómplices ante cualquier amenaza de ser descubierta. Jugeteaba con su serpenteo y se dejaba arropar por ellas, entretejiéndose en su pelo largo y sus esbeltas piernas. Era su santuario y no lo compartía con nadie; disfrutaba de la paz y de la privacidad que en él encontraba.

Ese lunes por la mañana Nela me había pedido el día libre. Yo estaba en el Cafecito arreglando el salón después del servicio del desayuno cuando sonó el teléfono. Me desplazé a la oficinita del fondo para contestar.

- ¿Doña Eva? - preguntó una voz que me sonaba familiar al otro lado de la línea.

- Sí, ¿con quién hablo?

- Soy el oficial Gómez de la policía turística de Quepos. ¿Cómo le va?

- ¿Pedrito? ¿Ese sos vos?

- ¡Sí señora!

- ¡Ay que alegría oírte, mijito! Contame, ¿en qué te puedo servir?.

- La llamo por un asunto que me resultó un tanto extraño y se lo quería comentar.

- ¿Ah sí? ¿Qué será? - le pregunté.

- Temprano esta mañana estuvo por aquí un tal Roy Ramírez del OIJ - de inmediato saqué la cabeza por la puerta de la oficina y miré hacia la acera que bordeaba el malecón. Efectivamente el Honda Civic ya no se encontraba donde lo había dejado el individuo días atrás y sentí cómo se me fue de un sopetón el rubor de las mejillas. - ... Él portaba una foto de una muchacha igualitita a Nela, la muchacha que le ayuda a usted allí en el Café - escuché que decía Pedro a través del auricular -, lo que me pareció extraño es que preguntó por una tal Cristina Solano pero yo no tengo idea de quién es esa. Lo que sí le aseguro, doña Eva, es que la de la foto era sin dudarle Nela, o que me parta un rayo ahoritica - terminó de decir.

- ¿Y vos qué le dijiste?

- Yo la verdad es que no me la quise jugar y le dije que no conocía a ninguna Cristina Solano. Pero lo de la foto sí me dejó desconcertado... Por eso decidí llamarla a usted a ver si logra sacarme de la duda.

Era la primera vez que yo escuchaba tal nombre también y me tomó unos segundos contestarle. Ahí mismo caí en cuenta que después de todo lo que había sufrido la pobre en el pasado, resultaba lógico que quisiera emprender una nueva vida con un nuevo nombre.

- Ni idea mijito, eso está muy raro. Nelita se llama Manuela Sáenz y en mi vida he escuchado de ninguna Cristina Solano.

- ¿Pero entonces cómo explica la foto, doña Eva?

- Eso sí no te lo puedo explicar. Sí te digo que en estas épocas hacerse de una foto de cualquiera es muy fácil, ¿no te parece?. A lo mejor y está confundido ese señor.

- Sí, sí tiene razón - contestó -. Y la verdad es que no me generó mucha confianza ese señor. Me pareció bastante extraño y fíjese que creo que hasta llevaba varios días sin bañarse y olía a puro mar.

- Yo no le daría muchas vueltas al asunto, mi vida - le dije -. Hace tiempo que no te veo por el Cafecito, querido. Date una vuelta esta semana y yo te invito a un café y a una manita de pan.

- Uyyy qué riiico, doña Eva. No me haga la boca agua. Hoy me queda difícil pero sepa que en estos días le caigo por allá.

Yo sé que puede parecer que estaba sobornando al pobre Pedrito con mi oferta, pero lo cierto es que no hay nadie que pueda resistirse a una invitación a comer pancito fresco, en especial del que horneaba Nela, y estaba dispuesta a utilizar ese as bajo mi manga con tal de enterrar de una vez por todas el tema de Roy Ramírez.

Los lunes por lo general el Parque Nacional permanece cerrado, así que Nela aprovechó ese día para infiltrarse con Gabriel y poder disfrutar del parque solos ellos dos. Se adueñaron de la playa y de los senderos – toda la belleza que el parque ofrece estaba rendida a sus pies. Gabriel en su vida había visto esas playas desérticas, como si se tratara de una isla perdida. A excepción de su breve estadía con Gustavo después del

divorcio de sus papás, la costumbre era visitar durante la época de vacaciones cuando no había ni un alfiler en las populares playas, especialmente luego de la construcción de la carretera que trajo consigo mayor auge a la zona. Recorrió con su mirada la extensión de la solitaria playa de punta a punta y no pudo evitar sonreír. Era un privilegio disfrutar de ese momento y estaba decidido a inmortalizarlo en su memoria. Por un largo rato se detuvo con los pies enterrados en la arena blanca, dejándose hipnotizar por el arrullador sonido del mar y el cántico de los pájaros albergados en la vegetación del bosque tropical. Nela lo observaba con ternura, contagiada con un rastro de tristeza al caer en cuenta de que en tan solo unos días tendría que verlo marcharse. Tragó fuerte para deshacer el nudo que amenazaba con formarse en su garganta y se dirigió hacia él. Gabriel la tomó en sus brazos; no estaba dispuesto a pasar por alto ningún elemento que conformara aquel espacio en el momento perfecto, y Nela era la razón principal por la que quería detener el paso firme de las manecillas del reloj dando cuenta regresiva a su estadía en Costa Rica.

Los ojos curiosos de los monos y los mapaches que merodeaban por los trillos cerca del mar reposaban únicamente sobre ellos, a la expectativa de ver si traían consigo algo para ofrecerles; pero al cabo de un rato, al evidenciar que venían con las manos vacías, perdieron el interés y siguieron su camino en busca de alternativas para comer – esta vez no contaban con las municiones de hieleras y canastas de picnic que los seducían al hurto en un día común.

Disfrutaron del agua templada del mar y se sumergieron en lo profundo para ser testigos de la vida marina que jugueteaba con las corrientes que se filtraban entre las rocas. Descansaron en la playa, acariciados por los rayos de sol que poco a poco tornaban la piel de Gabriel color caramelo, mientras Nela adquiría un rubor en las mejillas que la hacía retirarse bajo la refrescante sombra de un manzanillo.

Como chiquillos hicieron guerra con arena hasta quedar embarrados de pies a cabeza de una masa exfoliante que se colaba hasta por las orejas. Gabriel agarró a Nela por la cintura y la arrastró hasta el mar. Para compensar su infantil comportamiento con delicadeza lavó cada partícula de arena que se había prendido a su piel, deslizándose sus dedos desde la frente, acariciando su mejilla, bajando por el cuello, los hombros, hasta reposar tímidamente sobre el elástico del calzón de su vestido de baño, asegurándose de que su piel adquiría nuevamente su tersa complexión. Nela sentía mariposas revolotear desde su estómago hasta las extremidades de los dedos de sus pies con el suave tacto de Gabriel sobre ella. Al sentir que el último granito de arena se perdía en el agua, Nela colocó sus labios sobre los de Gabriel y le plantó un tímido y mojado beso, para luego apartarse y lanzarle andanadas de agua con sus manos, cegándolo entre chapoteos. Gabriel no pensaba quedarse en desventaja en la guerra de agua que Nela le había declarado y empujó con fuerza el

agua hacia ella mientras los dos se ahogaban en carcajadas.

En esta oportunidad, Nela se animó a enseñarle a Gabriel su lugar favorito de todo Manuel Antonio. Tomó un desvío y se alejó del trillo que bordea Playa Manuel Antonio para llegar a su destino. Gabriel – esta vez sin cuestionar a su guía – la siguió, observando con cuidado a su alrededor para no ir a pararse sobre algún animal camuflado entre el follaje que cubría el suelo. Recorrieron escasos cien metros atravesando una pequeña barrera de árboles, hasta llegar a los confines de la pequeña laguna.

El día estaba particularmente soleado y el agua se reflejaba en un color celeste opaco, rodeada cerca de los bordes de una materia frondosa color verde musgo.

- Puede no parecer gran cosa - le dijo Nela al llegar - pero la forma en que este lugar ha evolucionado a través del tiempo me recuerda cómo era mi vida antes: aislada - Nela se encogió de hombros y frunció el ceño ante el recuerdo. Tomó un pequeño palo tendido en el suelo y con él se abrió paso entre la vegetación -. Y al igual como sucedió aquí - continuó -, surgió un puente que me arraigó a tierra firme -. Suspiró y una pequeña sonrisa se le dibujó en los labios.

Gabriel la observaba con la misma fascinación con la que Nela miraba aquel espejo de agua frente a ellos, y no pudo evitar sonreír.

- A pesar de su cercanía con el mar, el agua dulce brota de los humedales de los suelos del parque y alberga mucha vida en su ecosistema - dijo volteando a mirar a Gabriel -, es una lástima que esté en peligro de desaparecer.

Gabriel alzó las cejas extrañado. - ¿Por qué decís eso? - le preguntó.

- ¿Ves estas matas? - señaló a una especie de mala hierba rastrera en el piso -. Son sumamente invasoras las condenadas y si no se controla su crecimiento, poco a poco va a terminar por ahogar al corazón del tómbolo. Incluso podés ver en el borde de la laguna cómo van avanzando desde la orilla hacia su interior - apuntó hacia la materia verde acechando los bordes -. Aún así, su presencia es necesaria para la simbiosis del ecosistema. Sin ellas, este lugar perdería su encanto.

- ¡Mirá qué tenemos por acá! - se escuchó una voz burlona detrás

de ellos.

Nela y Gabriel voltearon y se toparon con un guardaparques de porte alto y robusto. Nela peló los ojos como platos y tomó la mano de Gabriel con urgencia para advertirle de quién se trataba. Al notar lo nerviosa que estaba Nela, le tomó a Gabriel unos segundos caer en cuenta de que, quien los observaba a unos metros de distancia con un rastro de venganza en sus ojos, era el mismísimo borracho que les había causado problemas en Paradero Nahomi tan solo la noche anterior.

- Anoche no tuvimos el placer de presentarnos formalmente - soltó la frase cargada de burla -. Delio Domínguez pa servirles, ilustre cuidador de este maravilloso parque.

Era poco común topar con guardaparques nuevos - a esta altura Nela conocía a la mayoría y le permitían hacer de las suyas sin causar ningún problema -, pero a Delio Domínguez lo habían mandado a llamar del Parque Nacional Volcán Poás por su destreza para dirigir establecimientos de alta concurrencia turística, y recién había llegado a Quepos hacía apenas un par de noches. En la ronda por el parque esa tarde, lo acompañaban tres subordinados que se trajo con él desde el Poás.

Gabriel entrelazó sus dedos con los de Nela. Trató de aparentar tranquilidad, pero por dentro temía por Nela al encontrarse íngrimos en pleno parque, enfrentando a un matón que tenía cuentas por saldar con ellos dos y venía flanqueado lado a lado por fieles compañeros.

- A mi entender el parque hoy está cerrado - les dijo formando una mueca con su cara -, así que no me queda más remedio que tomarlos bajo custodia y entregarlos a las autoridades por traspasar los límites sin autorización previa.

- Ya nos íbamos - contestó Nela -. No queremos ocasionarles ninguna molestia.

Delio Domínguez movía la cabeza conforme se acercaba más a ellos y no le quitaba la mirada de encima a Nela, prácticamente desvistiéndola con sus ojos morbosos. - Ya la molestia está hecha, mi reina... O ¿es que no se acuerdan de nuestra linda velada anoche? Ustedes tuvieron un problema conmigo, ahora el que tiene la bronca con ustedes soy yo - se frotó las manos y soltó una carcajada.

Gabriel se interpuso entre Nela y el avance amenazante de Delio Domínguez, quien repasaba su lengua sobre sus amarillentos dientes y producía un asqueroso sonido de chasqueo.

- Esta reinita se viene conmigo - dijo conforme extendía su brazo para agarrar a Nela.

Nela dio tres pasos hacia atrás y Gabriel se abalanzó sobre él y lo empujó con fuerza. Delio Domínguez perdió su balance, pero no cayó al suelo. La ira en su mirada indicaba que había perdido la paciencia y ya no iba a perder más tiempo en el jueguito que tan solo segundos antes le provocaba muchísima satisfacción.

Gabriel se cuadró. En su vida había estado involucrado en tantas broncas que requirieran de sus puños como en los últimos dos días y, a pesar de carecer de dotes en las artes marciales, estaba dispuesto a volar riendazos a diestra y siniestra si fuera necesario. Los enfrentamientos a los que estaba acostumbrado, por lo contrario, implicaban el conocimiento detallado de las leyes, su capacidad de interpretación de estas y dominar el arte del lenguaje escrito – la mayoría de ellos influidos por el poder del dinero y no por un personaje resentido porque una mujer lo había puesto en su lugar.

Delio Domínguez no perdió el tiempo en lanzarse encima de Gabriel y sembrarle un puñetazo en la cara, pero Gabriel, haciendo uso de sus agudos reflejos, logró esquivar el golpe. Furioso ante la humillación, Delio Domínguez acudió al apoyo de sus fieles seguidores con tan solo una señal de su mirada. Gabriel sintió como cuatro fuertes brazos lo tomaron por la espalda para aprisionarlo en una rígida llave. A Delio Domínguez se le volvió a dibujar una mueca en la boca, satisfecho de ver a Gabriel en desventaja ante él. Inmovilizado por dos guardaparques, Gabriel recibió un fuerte golpe en el estómago que lo dejó sin aire. La fuerza de sus rodillas cedió ante el golpe, pero el agarre de los dos matones impidió que tocara el suelo y lo levantaron para recibir otro porrazo en la cara que le cerró de inmediato el ojo.

Nela rehusó quedarse parada viendo cómo un cobarde lanzaba golpe tras golpe a su amado sin que este tuviera el mínimo chance de defenderse. Se lanzó sobre Delio Domínguez y tiró fuerte de su pelo para evitar que propinara otro leñazo a Gabriel, quien no dejaba de forcejear para librarse de los brazos que lo amarraban. Tiró con toda la fuerza de sus delicados brazos – estaba dispuesta a dejarlo sin los cuatro pelos que le cubrían la cabeza. Delio Domínguez pegó un grito, se sacudió a Nela de encima y la tiró con fuerza para abajo. Nela cayó al suelo acolchonado de hojas secas que amortiguaron su caída. Abrió el puño y soltó el mechón de pelo que le había arrancado a Delio Domínguez, se puso de pie rápidamente y sintió como el tercer cómplice pasaba un brazo alrededor de su cuello y la detenía a punto de estrangularla, inmovilizándole los brazos detrás de la espalda con su mano libre.

Delio Domínguez se sobó la cabeza en el punto donde Nela le había arrancado el pelo. - No me pongan las cosas más difíciles - les dijo

con la respiración entrecortada -. Ustedes tienen todas las de perder. Al fin y al cabo les doblamos en número, así que no tiene punto que se resistan. Es más... - se detuvo. Llevó su mano a la barbilla mientras le brillaban los ojos conforme se le ocurría una nueva idea. Se acercó a Gabriel, a quien un gran chorro de sangre le resbalaba por el costado de la cara. Uno de los guardaparques lo tomó por el pelo y tiró su cabeza hacia atrás, forzándolo a ver como Delio Domínguez clavaba su mirada en él. Delio Domínguez entrecerró los ojos y lentamente descubrió uno a uno sus retorcidos dientes en una mueca que se extendió en su grotesca cara. Ladeó la cabeza y terminó la frase: - ...Ya perdieron - y con eso levantó el brazo para tomar impulso, aterrizó su puño nuevamente sobre la cara de Gabriel y lo noqueó enseguida. Al colgar su cabeza hacia delante, los dos hombres que lo sujetaban lo dejaron caer como plomo sobre el suelo.

Nela no pudo contener el grito al ver la brutalidad con la que Delio Domínguez había acabado con Gabriel. El corazón le golpeaba fuerte contra el pecho amenazando con salirse tras cada latido.

Delio Domínguez volteó hacia ella y se regodeó al verla tan alterada.

- ¿Ya no somos tan valientitas, verdad? - le dijo a carcajadas.

Nela cerró los ojos y respiró profundo tratando de calmarse mientras pensaba cómo salir de esa. Los dientes en su boca no cesaban de rebotar unos contra otros sin poder contener el temblor extendido a todo su cuerpo.

Delio Domínguez se le acercó y con sus callosos dedos comenzó a delinear la piel de Nela; empezó por su brazo, recorrió el marco de su cuello hasta bajar a sus muslos haciendo una parada por sus pechos. Nela se tensó y un escalofrío recorrió su espina dorsal ante el tacto de aquella bestia. Intentó forcejear para librarse del agarre del hombre que la sujetaba, pero resultó imposible y solo logró que cerrara más el brazo alrededor de su cuello acortándole el aire.

El silencio los envolvió y solo se escuchaba la respiración agitada de todos los presentes – aquellos hombres motivados por la adrenalina del momento y Nela por el susto que la paralizaba y la conminaba a mirar con intensidad hacia la maleza incitándola de repente y provocando un serpenteo que comenzó por rozarles los pies y ponerles los pelos de punta.

- ¡¿Qué fue eso?! - preguntó uno de ellos con cara de susto.

- ¿Qué fue qué? - inquirió Delio Domínguez sin quitarle la mirada

de encima a Nela.

- Ese sonido... - dijo otro.

- Yo qué sé, seguro algún animalejo por ahí - exclamó Delio Domínguez, exasperado ante la falta de hombría de sus secuaces.

El sonido se intensificó arrastrándose sobre el suelo con paso hostigador. Delio Domínguez esta vez lo escuchó y buscó urgido en el suelo, a la expectativa de ver una culebra arrastrarse entre sus pies.

La extraña hierba se enrolló con fuerza alrededor del talón de aquel que sujetaba a Nela y lo hizo pegar un solo brinco y lo lanzó como un cachiflín en dirección al trillo. Los otros dos lo vieron salir corriendo y se voltearon a mirar con cara de susto. Delio Domínguez no quitaba su mirada del suelo mientras escuchaba cómo el siseo de las matas avisaba sobre la presencia de algo más que un animal entre ellos. Otro serpenteo perseguidor avanzó hasta los pies de los hombres situados al lado de Gabriel. Una fuerza se enrolló a sus pies y tiró fuerte haciéndolos caer al suelo y los arrastró entre la maleza. Entre gritos de angustia y maldiciones los dos hombres cayeron en la laguna. Al sentir que la mala hierba aflojaba su agarre, saltaron del agua y salieron huyendo en una pura congoja.

- ¿Adónde van? - les gritó Delio Domínguez -. ¡Regresen maricones!

El siseante sonido iba en aumento alrededor de Nela y de Delio Domínguez conforme la hiedra los rodeaba en un remolino de maleza. Delio Domínguez peló los ojos y procuró un machete que llevaba amarrado al cinturón del pantalón y comenzó a volar machetazos a su alrededor, tratando de eliminar las garras de la planta que amenazaban con capturarlo y arrastrarlo lejos de allí.

Con el último rechine del machete, se detuvo finalmente el serpenteo. Una quietud reemplazó el fuerte latir del corazón del tómbolo y nuevamente se escuchó el trinar de los pájaros y el susurro de las chicharras entre la vegetación.

- Unas pinches matillas no me van a intimidar - se dirigió Delio Domínguez a Nela entre jadeos.

La tomó del brazo y la obligó a seguirlo hasta el trillo donde se toparon con los otros tres hombres hechos un solo puño de nervios.

- ¡Recojan al muchacho! - les ordenó Delio Domínguez -. ¡Salgamos de aquí! - arrastró a Nela con fuerza trillo abajo mientras los otros guardaparques se encaramaban a cuestras a Gabriel inconsciente

para salir del parque.

Gabriel recobró la consciencia al cabo de un rato y sintió un fuerte dolor martillarle la cabeza. Cuando abrió los ojos se encandiló con las luces fluorescentes de las instalaciones de la policía turística de Manuel Antonio, ubicada a unos cuantos metros de la entrada del parque. Cuando por fin parpadeó, Nela soltó un gran suspiro de alivio que venía aguantando desde el momento en que Gabriel cayó al suelo. El sonido de una sirena se percibió cada vez más cerca y sabía que pronto lo estarían trasladando al hospital donde un médico lo podría evaluar y cerrarle la herida de la ceja que no paraba de sangrar. Nela sujetaba una compresa con agua contra la herida tratando de parar el sangrado, mientras Gabriel reposaba la cabeza en su regazo. Recién había colgado el teléfono con Samuel y ya este venía en camino. Los ilustres guardaparques los habían depositado ante las autoridades y les inventaron el cuento chino de que los habían encontrado así en el parque, a pesar de estar prevenidos de que el parque estaba cerrado y no debían traspasar. Nela puso los ojos en blanco al escuchar tal falacia, pero sabía que no tenía punto contrariarlos ante las autoridades – ya después tendría oportunidad de contar su versión de la historia, pero en ese momento su mayor preocupación era Gabriel y su bienestar.

Los paramédicos trasladaron a Gabriel sobre una camilla hasta la ambulancia. Nela sujetó su mano mientras este gemía del dolor. Samuel llegó justo antes de que la ambulancia partiera montaña arriba abriéndose paso con su sirena ensordecedora entre el tráfico de hora pico. Nela estaba a punto de subir a la cabina cuando uno de los oficiales la detuvo y le indicó que ella no estaba en libertad de irse hasta tener un informe detallado sobre los hechos de la tarde que los habían rendido ante tal desventura. Nela resopló enfadada pero no tuvo más remedio que aceptar y cederle su campo a otro oficial quien viajaría hasta el Max Terán con Gabriel – quien a pesar de todo estaba también bajo custodia de la policía.

- No te preocupés - la reconfortó Samuel -, arreglamos todo por acá y nos vamos de inmediato para el hospital.

Nela se quedó en la delegación con Samuel y le brindó al oficial un recuento detallado sobre lo ocurrido esa tarde. Admitió haber cometido un error al entrar al parque sin autorización, pero acusó a Delio Domínguez y a sus hombres de haber abusado de su autoridad. Desmintió la historia que ellos brindaron en un principio y testificó que entre los cuatro hombres los muy cobardes habían sujetado a Gabriel y le habían recetado una paliza sin justificación. El oficial asintió y admitió que,

evidentemente, las heridas en la cara de Gabriel correspondían a golpes de puño cerrado, y pudo verle los nudillos irritados a Delio Domínguez al momento de arrastrar a Gabriel por la puerta de la delegación. No obstante, el oficial reprendió a Nela por traspasar los límites de la propiedad y le indicó que por ello debía corroborar con su supervisor el imponerle una multa. Samuel intervino indicando que bajo la ley de Parques Nacionales no hay ningún punto que indique una penalización por ingresar al parque fuera de horario, y lo único que se debe sancionar son las acciones referidas en el artículo ocho de dicho documento – las cuales concretamente indican actividades de caza, tala de árboles, extracción de productos autóctonos del parque, inserción de plantas o animales exóticos, entre otras, ninguna que Gabriel y Nela hubieran cometido.

El oficial guardó silencio por un momento mientras procesaba la información. Sabía que Samuel tenía razón, pero no estaba dispuesto a ser contrariado.

- Aún así, señor - indicó el oficial -, incumplieron dos reglas básicas del parque: no solo ingresaron fuera de horario, sino que lo hicieron sin cancelar la cuota de admisión y eso debe ser penalizado.

- ¡Esto es ridículo! - pegó Samuel el grito al aire -. Más grave me parece lo que hicieron esos matones de guardaparques. Sépalo que voy a hacer una denuncia formal con el SINAC y con las autoridades porque esos criminales no deberían estar velando por la seguridad del parque y de sus visitantes... Y si usted no nos deja ir en este momento, lo voy a meter en la colada también por complicidad. Usted mismo lo admitió, las heridas del muchacho corresponden a golpes de puño cerrado. Le recomiendo que deje que esto muera aquí y deje libre a la muchacha y al joven que va camino al hospital, o yo mismo me voy a asegurar de que usted pague las consecuencias como esos criminales.

El oficial quedó como nuevo con el escarmiento de Samuel. Para no doblegarse por completo, indicó que iba a emitir el reporte como un llamado de atención formal a Nela y a Gabriel, lo que condicionaba su entrada al parque si volvían a ingresar fuera de horario o sin pagar. Samuel resopló exasperado pero acordó que esa era la vía más sensata, con tal de salir de una vez por todas de la delegación y encaminarse hacia el hospital.

Cuando llegaron al Hospital Max Terán ya eran pasadas las seis de la tarde y había oscurecido. Encontraron a Gabriel sentado en una camilla en la sala de emergencias y con mejor semblante. La herida había parado de sangrarle y no fue necesario recurrir a puntadas; simplemente le

colocaron una sutura adhesiva. Gabriel sujetaba una compresa de gel frío sobre su pómulo mientras el médico revisaba sus signos vitales.

- ¿Cómo estás campeón? - le preguntó Samuel al verlo.

- Definitivamente he estado mejor - admitió señalando sus heridas.

- ¡Son unos malparidos! - Nela vociferó, sorprendiendo tanto a Gabriel como a Samuel con la palabrota -. Perdón, no suelo decir estas cosas, pero es que sí lo son - dijo un poco apenada.

- Mañana hacemos la denuncia - indicó Samuel -, por ahora ya no nos preocupemos por eso.

- ¿Cómo estás? - Gabriel le preguntó a Nela tomándola de la mano. Hasta ahora no asimilaba lo que había sucedido y recordó la angustia de ella en el momento -. ¿Te hicieron algo? - tensó la mandíbula.

- No - Nela le aseguró -. Yo estoy bien.

- Y este paciente también va a estar bien - intervino el médico al terminar de examinarlo -. Le metieron una buena paliza, pero los signos vitales están bien y las heridas... pues no hay más que pueda hacer por el momento. Estará un poco adolorido por unos días pero le recetaré algo para eso. Quisiera retenerlo unas horas más para mantenerlo bajo observación, eso sí. Fue una contusión importante así que debemos pecar de precavidos. Si siente alguna sensación extraña como cosquilleo en las extremidades, adormecimiento de la lengua o alguna otra parte del cuerpo o dolores fuertes de cabeza, nos lo indica inmediatamente. Regresaré en un rato... no dejen que se duerma - les indicó a Nela y a Samuel y se retiró.

Samuel les dijo que debía hacer unas llamadas y los dejó solos. Con unas palmaditas sobre la colchoneta, Gabriel le indicó a Nela que tomara asiento a su lado. Se las ingenieron para caber los dos en la estrecha y algo enclenque camilla. Nela finalmente sintió que se podía relajar y dejó resbalar unas cuantas lágrimas por sus mejillas.

- Ey, ¿qué pasa? - le preguntó Gabriel.

- Nada... - le dijo secándose las manos con el revés de las manos -. Estaba muy asustada. Nada de eso debió haber pasado. Te pudieron haber matado.

Gabriel frunció el ceño y le dijo: - Ya pasó. Solo me alegra que después de que acabaron conmigo no te tocaron un solo pelo. Si algo te

hubiera pasado no lo podría soportar.

Nela apretó con fuerza la mano de Gabriel y reposó la cabeza sobre su hombro. Escuchar su respiración pausada le brindó una gran sensación de calma y en silencio le dio las gracias a Dios por haber cuidado de él.

- Ahora el problema lo tenés vos, Nela - le dijo y una sonrisa a medias se coló en sus facciones adoloridas -. Llamate a doña Eva y le decís que estos días no vas a poder ayudarla en el Café... Por motivos de fuerza mayor estás obligada a quedarte conmigo las 24 horas del día. Ya oíste al doctor... la contusión fue importante y alguien tiene que cuidarme noche y día. Estás embarcada conmigo hasta que me vaya.

Nela no pudo evitar reírse – aunque las palabras “hasta que me vaya” calaron como dos fuertes punzadas en su corazón.

Los vi llegar al Café un poco antes del cierre. Casi me muero cuando miré a Gabriel. Tenía la cara hecha pistola, el pobre.

Les preparé una mesa y los hice sentados a los tres. Me contaron todo con lujo de detalles y yo los escuché horrorizada. Adelita, quien nos ayudaba en la cocina, nos trajo unos bocadillos para calmar las ansias. Antes de partir en la mañana Nela había dejado listos los panes del día y nada mejor para compartir que un rico pan de capas. Conforme Gabriel me contaba sobre la bronca que se había comido esa tarde, yo me aturuzaba capa tras capa del pan de ajo y hierbas. Estaba tan indignada con lo sucedido que no me percaté haberle manoteado la mano a Samuel cuando intentó adueñarse de una de las últimas rebanadas del delicioso pan. Muy educadamente me tomó de las manos y me aseguró que gracias a Dios no había pasado a más y que Gabriel, a pesar de los golpes, se encontraba en perfecto estado de salud. Mientras me tomaba de las manos, aprovechó estirarse y tomar una capa del pan de chocolate, caramelo y nueces que venía saliendo del horno y Adelita recién había colocado sobre la mesa – Samuel no se iba a arriesgar a sufrir otro de mis manotazos y, cuando había asegurado en su mano una rebanada de pan calentito con el dulce aroma a chocolate y nueces tostadas acarameladas, soltó mis manos y las colocó con suavidad sobre mis regazos.

Le sonreí a mi amigo del alma con dulzura y le agradecí la rebanada de pancito que había tomado para mí como buen caballero que era. Se la quité de las manos justo antes de que le metiera un gran mordisco y me comí el pedacito en un solo bocado. Samuel me miró asombrado y se cruzó de brazos resignado. Con la boca llena y el corazón

contento de tenerlos con bien en el Cafecito después de haber sufrido tan atropellada jornada, le froté la mano a Gabriel, le di un besito a Nela en la frente y me retiré a mis aposentos para descansar mientras tragaba lo último del pancito atollado de caramelo.